

A. DUMAS  
—  
HIJA  
DEL  
REGENTE

BIBLIOTECA  
DE LOS  
NOVELISTAS  
—  
VS CH. BOURET

17  
CIÓN



THE HISTORY OF

THE

REIGN OF

CHARLES

THE SECOND

BY

J. H. BURTON

ESQ.

LONDON

PRINTED BY

R. CLAY AND COMPANY

BUNGAY, SUFFOLK

1881

BY

W. B. ELDON

ESQ.

LONDON

PRINTED BY

R. CLAY AND COMPANY

BUNGAY, SUFFOLK

1881

BY

W. B. ELDON

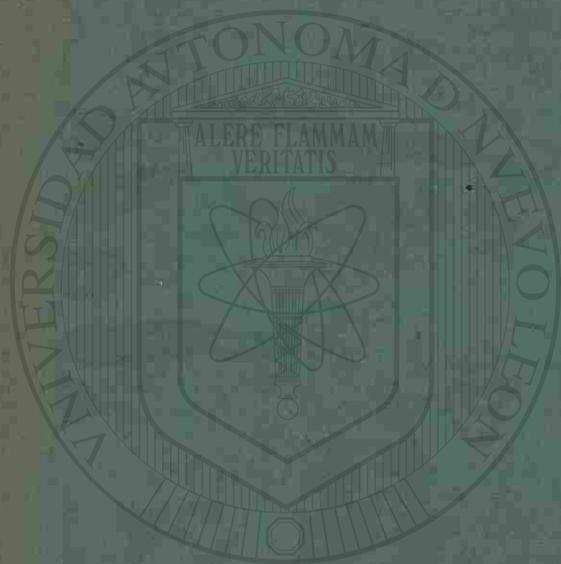
ESQ.

PQ 2227  
F3  
S6  
v. 1

DABBAH



1020026292



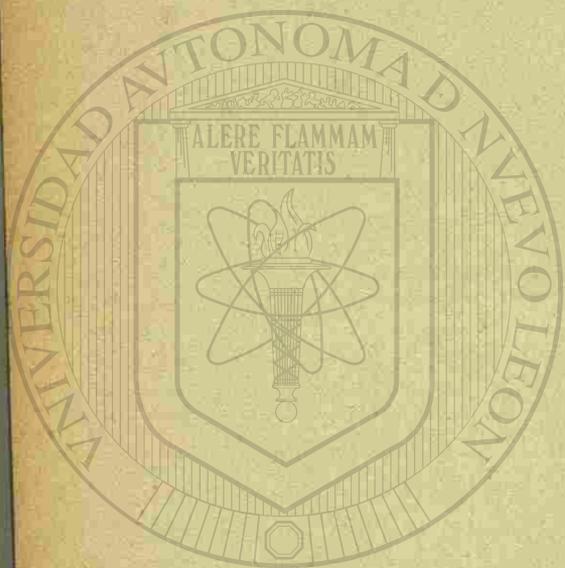
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
FONDO ECAS  
RICARDO COVARRUBIAS



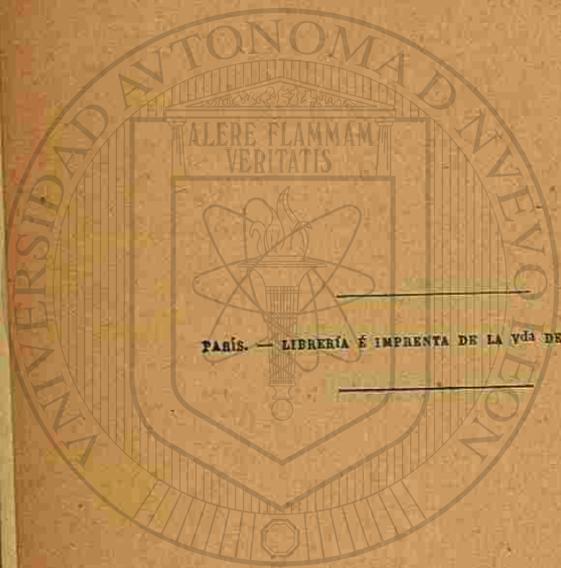
®



LA

HIJA DEL REGENTE

Núm. Clas. N  
Núm. Autor D8862h  
Núm. Adg. 29998  
Procedencia -8-(R)  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha 20/10/71  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_



LA  
**HIJA DEL REGENTE**

POR  
**ALEJANDRO DUMAS**

—  
Nueva edición  
—

**TOMO PRIMERO**



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET  
PARÍS MÉXICO

23, Rue Visconti, 23.

14, Cinco de Mayo, 14

1908

098698

29998

843  
9,

PQ 2227

F3

S6

v.1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## INTRODUCCION

I

Una abadesa en el siglo XVIII

En la noche del 8 de febrero de 1749, una silla de posta blasonada con las tres flores de lis de Francia, ostentando además el escudo de la casa de Orleans, atravesaba, precedida de dos palafreneros y un paje, el pórtico romano de la Abadía de Chelles, en el momento mismo en que el reloj de su torre dejaba oír diez sonoras y acompasadas vibraciones.

Al llegar la silla bajo el peristilo, paró: y habiéndose apeado el paje apresuradamente, abrió una de las portezuelas, por la que salieron dos individuos que iban dentro de aquella.

El primero que bajó era un hombre de cuarenta

á cuarenta y seis años, de poca estatura, bastante grueso, colorado, muy suelto en sus movimientos, descubriéndose además en sus maneras cierto aire de superioridad y de mando.

El segundo, que descendió lentamente y uno á uno los tres escalones del estribo, era también de pequeña talla, pero sumamente delgado; su semblante, sin ser del todo feo, tenía un cierto no sé qué desagradable, á pesar de la viveza que brillaba en sus ojos y la expresión maliciosa que se notaba en la extremidad de sus labios; manifestaba ser muy sensible al frío, que en efecto era intenso, y seguía á su compañero firitando, sin embargo de ir envuelto en una gran capa.

Acto continuo, el hombre grueso y colorado se lanzó con paso rápido hacia la escalera, subiéndola como persona que conocía muy bien el terreno que pisaba; atravesó en seguida una vasta antesala, devolviendo el saludo á varias religiosas que á su paso se inclinaban profundamente, y se dirigió, ó por mejor decir, entró precipitadamente en una sala de recepción, situada en el entresuelo, y en la cual no se veía la más mínima huella de esa austeridad que por lo común distingue el interior de un claustro.

El otro que, según hemos dicho, había subido muy despacio, atravesó las mismas piezas, saludó á las mismas religiosas, las que se inclinaron casi tanto como cuando pasó su compañero, con quien

se reunió por último en el salón de recibo, aunque sin apresurarse demasiado.

« Ahora, dijo el primero de los dos individuos que hemos descrito, podéis calentaros y esperarme aquí, interin tengo mi entrevista con ella, asegurándoos que en el corto espacio de diez minutos concluiré con todos los abusos que me habéis manifestado; si niega y necesito pruebas, os llamaré.

— ¡ Diez minutos! monseñor, repuso el hombre de la capa; creo que trasecurrirán más de dos horas antes que vuestra alteza llegue á abordar tan sólo el objeto de la visita en cuestión. ¡ Oh! la señora abadesa de Chelles es una gran notabilidad en su género; ¿ por ventura lo ignoráis? » Al decir esto, se tiró negligentemente y sin la menor ceremonia en un sitial que había arrastrado junto al hogar, y extendió sobre el caballete de hierro que sostenía la leña, sus secas y descarnadas piernas.

« No, no, replicó con impaciencia aquel á quien se le daba el título de alteza; y si yo pudiese olvidarlo, vos os encargaríais de hacérmelo recordar, lo que á Dios gracias ejecutáis con bastante frecuencia. ¿ Por vida del hombre! ¿ por qué me habréis hecho venir aquí hoy con un tiempo tan crudo? »

— Monseñor, porque no quisisteis venir ayer.

— Ayer era imposible; tenía una cita con mi lord Staer á las cinco en punto.

— Ya sé; en una casita de la calle de Bons-

Enfants: ¿luego pues no habita ya milord en el palacio de la embajada inglesa?

— Señor abate, os tengo prohibido que espiéis mis pasos.

— Monseñor, mi obligación es desobedeceros.

— ¡Pues bien! desobedecedme, pero dejadme mentir según me plazca, sin tener la impertinencia, con el fin de probarme lo excelente de vuestra policía, de advertirme que apercibís que falto á la verdad.

— Monseñor, tranquilizaos; de hoy más creeré todo lo que me digáis.

— No pienso pagaros en la misma moneda, señor abate, porque justamente en el asunto de que nos ocupamos en la actualidad, juzgo que hay algún error.

— Monseñor, estoy seguro de lo que he dicho, y no sólo lo repito, sino que me afirmo en ello.

— Pero, mirad, ningún ruido, ninguna luz, en una palabra, el silencio de un claustro: vaya, vaya, amigo mio; vuestras noticias son muy atrasadas, ó por lo menos carecen del don de la oportunidad.

— Ayer, monseñor, en el mismo sitio en que ahora os encontráis, había una orquesta de cincuenta músicos: allá abajo, donde se hinca de rodillas aquella joven religiosa, se ostentaba una magnífica mesa suntuosamente alhajada y provista de riquísimas viandas; y por último, al lado opuesto, en donde en este momento se está preparando para

las benditas hijas del Señor una frugal colación, reducida á un potaje de lentejas y queso, se bailaba, se bebía y se hacía....

— ¡Y bien! ¿qué se hacía?

— Á fe mia, monseñor, se hacía el amor á doscientas personas.

— ¡Diablo! ¿estáis bien seguro de lo que acabáis de decir?

— Tanto ó más que si lo hubiera presenciado; he ahí la razón porque habéis hecho bien en venir hoy, y mejor si lo hubieseis verificado ayer. Verdaderamente, monseñor, semejante género de vida no es propio de las abadesas.

— En efecto, señor abate, conviene más á los abates.

— Yo soy un hombre político, monseñor.

— Pues bien, mi hija es una abadesa política; he aquí todo.

— Bueno, bueno, monseñor; dejémoslo correr si os place: cabalmente vos sabéis mejor que nadie, que respecto á moral soy muy poco escrupuloso. Mañana me compondrán unas coplas, y las cantarán; ¿qué importa? ya lo han hecho ayer y lo harán pasado mañana; para mí esto no tiene otra significación que una canción más. Por lo tanto, cuando oigamos cantar: ¿*De dónde venis, hermosa abadesa?* formando una perfecta simetría con: ¿*señor abate, á dónde vais?* será....

— Vamos, vamos, está bien; esperadme aquí, voy á reñirla.

— Creedme, monseñor; si queréis acertarlo, reñidla aquí mismo, á mi presencia, es lo más seguro; si os falta la memoria ó palabras, hacedme una seña y al momento acudiré á vuestro auxilio.

— Si, tenéis razón, dijo el personaje que se habia encargado de hacer el papel de enderezador de entuertos, y en el cual creemos que el lector habrá reconocido al regente Felipe de Orleans; si, es de todo punto indispensable que cese el escándalo... á lo menos un poco; de aquí en adelante es preciso que la abadesa de Chelles no reciba más que dos veces á la semana; en una palabra, conviene no permitir tales fiestas y barahunda, y restablecer la clausura, á fin de que el primer recién venido no penetre en el convento como el montero en un bosque. Ya que Mlle. de Orleans ha cambiado la disipación por las ideas religiosas; ya que á mi pesar, y sin que yo haya podido evitarlo, ha abandonado el Palacio Real para trasladarse á Chelles... ¡ Pues bien! á lo menos que sea abadesa cinco días á la semana; todavía la quedarán dos para hacer la gran señora; me parece que esto es muy bastante.

— Perfectamente, monseñor, perfectamente; ya empezáis á mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista.

— ¿ No es esto lo que queréis? decid.

— Monseñor, es lo que conviene; creo que una abadesa que tiene treinta lacayos, quince palafreneros, diez cocineros, ocho picadores y una jauría; que esgrime toda clase de armas, juega, canta, toca la trompa, sangra, receta, confecciona pelucas, tornea perfectamente un sitial, tira la pistola, y hace fuegos artificiales; creo, repito, que una abadesa que reúne semejantes cualidades no debe fastidiarla mucho la vida monástica.

— Á propósito, venid acá, dijo el duque á una anciana religiosa que atravesaba el salón con un manojo de llaves en la mano: ¿ no han participado á mi hija la noticia de mi llegada? Desearía saber si debo pasar á su estancia ó aguardarla aquí.

— Monseñor, respondió la religiosa haciendo una profunda reverencia, la señora va á venir al momento.

— ¡ Hum, está eso bueno! murmuró el regente, que empezaba á notar que la noble abadesa obraba con respecto á su persona con bastante ligereza, tanto como hija cuanto como súbdita.

— Vamos, monseñor, recordad la famosa parábola de Jesús arrojando del templo á los mercaderes; presumo que la sabéis, ó al menos la habéis sabido, ó mejor dicho, debéis saberla, porque yo os la enseñé con otras mil cosas cuando fui vuestro preceptor; por lo tanto arrojad vos también algunos de esos músicos, de esos fariseos, cómicos y anatomistas; tres únicamente de cada profesión, con los

cuales os respondo formar una divertida escolta para que nos acompañe á nuestra vuelta.

— Descuidad, justamente me siento inspirado para predicar.

— Entonces, replicó levantándose Dubois (este era el nombre del segundo personaje), ved cuán afortunado sois, pues que ahora mismo se os presenta la ocasión de cumplir vuestros deseos. »

En efecto, en aquel instante acababa de abrirse una puerta que daba á la parte interior del convento, apareciendo en el umbral la persona que era esperada con tanta impaciencia.

Diremos en pocas palabras quién era aquella digna persona que á fuerza de locuras había llegado á excitar la cólera de Felipe de Orleans, esto es, del caballero más bondadoso y del padre más indulgente de Francia y de Navarra.

Mlle. de Chartres, Luisa Adelaida de Orleans, era la segunda y la más linda de las tres hijas del regente : tenía un cutis finísimo, una soberbia tez, ojos hermosísimos, manos sumamente delicadas y una estatura esbelta; su dentadura, sobre todo, era tan magnífica, que su abuela la princesa palatina la comparaba á un collar de perlas encerrado en una cajita de coral. Además, bailaba muy bien, cantaba aun mejor, leía la música de repente y acompañaba con la mayor perfección : había tenido por maestro á Cauchereau, uno de los primeros artistas de la ópera, con el cual había hecho más rápidos pro-

gresos que los que hacen comunmente las mujeres, y en particular si son princesas : es verdad que Mlle. de Orleans ponía una grande asiduidad en sus lecciones; mas pronto revelaremos al lector, del mismo modo que lo fué á la duquesa, su madre, el secreto de semejante asiduidad.

Sus gustos y pasatiempos eran los de un hombre, y parecía haber cambiado de sexo y de carácter con su hermano Luis : tenía un verdadero frenesi por los perros, los caballos y las monterías; la mayor parte del tiempo lo pasaba manejando el florete, tirando la pistola ó carabina, y haciendo fuegos artificiales; en fin, miraba con desprecio todo lo perteneciente al bello sexo, ocupándose apenas de su figura, la cual, según el retrato que hemos bosquejado, era acreedora á ello.

Sin embargo, en medio de todo esto, á lo que Mlle. de Chartres daba la preferencia era á la música, siendo tanta su predilección por este arte, que rayaba ya en fanatismo : rara vez faltaba á las representaciones de la ópera, en donde su maestro Cauchereau desempeñaba los principales papeles, dando al artista las más señaladas pruebas de la simpatía que le inspiraba, aplaudiéndolo como pudiera hacerlo una simple particular. Cierta noche que el cantante se excedió á sí mismo en la ejecución de una magnífica aria, la joven, sin tratar de contenerse, exclamó : « ¡ Oh ! bravo, bravísimo ! mi querido Cauchereau. »

La Universidad de Orleans halló  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

semejante exclamación no sólo un poco viva, sino también asaz atrevida para una princesa de la sangre, por cuya razón decidió que Mlle. de Chartres sabia ya bastante música; y á Cauchereau, perfectamente remunerado por sus lecciones, se le hizo la advertencia de que estando terminada la educación musical de su discípula, no tenía necesidad de presentarse más en el Palacio Real. Después de esto, la duquesa invitó á su hija á pasar quince días en el monasterio de Chelles, cuya abadesa, hermana del mariscal Villars, era íntima amiga suya.

En el corto periodo de tiempo que permaneció en el convento, fué sin duda cuando Mlle. de Chartres (la cual, según palabras expresas de Saint-Simón, obraba siempre á tontas y á locas) formó la resolución de renunciar al mundo: sea de esto lo que quiera, al aproximarse la Semana santa de 1718, solicitó de su padre el permiso de ir á cumplir con la Iglesia á la abadía de Chelles, lo que le fué concedido; mas esta vez, terminada ya su misión, en lugar de volver á ocupar en palacio el distinguido puesto que la estaba destinado como princesa de la sangre, impetró la gracia de quedarse en Chelles como simple religiosa. Viendo el duque que era bastante y aun sobraba con tener en su familia á un monje, pues así llamaba á su legítimo hijo Luis, sin contar con uno de sus hijos naturales que era abad de Saint-Albin, hizo todo

cuanto pudo para oponerse á tan extraña vocación, lo cual fué suficiente motivo, atendido el carácter de Mlle. de Chartres, para que se afirmase en su idea; por lo tanto fué preciso ceder, y el 25 de abril de 1718 pronunció sus votos.

Entonces el duque de Orleans, reflexionando que no porque su hija fuese religiosa dejaba de pertenecer á la familia real, hizo un trato con Mlle. de Villars acerca de la abadía de la cual estaba en posesión: doce mil libras de renta que aseguró á la hermana del mariscal, terminaron el negocio; en su consecuencia Mlle. de Chartres fué nombrada abadesa de Chelles en reemplazo de aquélla, ocupando ya un año hacia este encumbrado puesto de tan extraña manera, que habia, según hemos visto, excitado la susceptibilidad del regente y de su primer ministro.

He aquí, pues, á la célebre abadesa de Chelles, por tan largo rato esperada, que al fin venia á ponerse á las órdenes de su padre, no ya rodeada de aquella corte elegante y profana que habia desaparecido con los primeros rayos de la aurora, sino seguida por el contrario de un funebre cortejo, compuesto de seis religiosas vestidas de negro, llevando cirios encendidos, todo lo cual hizo creer al regente que su hija se sometia de antemano á sus deseos. Entre todos aquellos semblantes, ni uno solo manifestaba la más mínima apariencia de alegría, de frivolidad y de descoco, viéndose

tan sólo retratada la más sombría austeridad.

Sin embargo, el regente reflexionó que el tiempo durante el cual se le hizo aguardar, podía muy bien haber sido empleado en disponer aquella lúgubre ceremonia.

« Tened entendido, dijo con tono breve, que aborrezco la hipocresía, y perdono fácilmente los vicios cuando no tratan de ocultarse bajo la apariencia de virtudes. Estos cirios de hoy, señora, tienen todo el viso de ser el resto de las bujías de ayer. Veamos, ¿ habéis marchitado esta noche todas vuestras flores y fatigado á todos vuestros convidados, que no podáis presentarme ahora ni tan siquiera un ramillete y algún danzante ?

— Señor, contestó la abadesa con gravedad, os equivocáis si habéis venido á buscar aquí diversiones y placeres.

— Sí, ya lo veo, repuso el regente echando una ojeada sobre los espectros con los cuales su hija venía acompañada, y también veo que si ayer festejasteis el carnaval, hoy celebráis el miércoles de ceniza.

— ¿ Habéis venido, por ventura, señor, á hacerme sufrir un interrogatorio ? En este caso, dignaos indicarme cómo debo contestar á las acusaciones que contra mí han hecho llegar hasta vuestra alteza.

— Venía á deciros, señora, replicó el regente, que comenzaba á impacientarse de ver que se le

quería hacer pasar por la plaza de tonto ; venía á deciros, repito, que el género de vida que lleváis me disgusta mucho ; vuestros desórdenes de ayer sientan muy mal á una religiosa, vuestras austeridades de hoy son exageradas para una princesa de la sangre ; elegid de una vez, entre ser abadesa ó alteza real : se empieza á hablar bastante mal de vos en el mundo ; y por lo que á mi hace, me sobran enemigos, no necesitando por lo tanto que desde el fondo de este convento me soltéis también los vuestros.

— ¡ Ay de mí ! señor, repuso la abadesa con tono de resignación : si en la época en que daba banquetes, bailes y conciertos, que se citaban como los más suntuosos de París, no pude conseguir agradar á esos enemigos que decís, ni tampoco á vos, ni aun á mí misma, ¿ con cuánta más razón no lo lograré en la actualidad, que vivo retirada y reclusa ? Ayer di mi postrer adiós al mundo, esta mañana he roto definitivamente con él ; y por último, en este mismo instante, ignorando vuestra visita, acabo de tomar una resolución que estoy decidida á llevar á efecto.

— ¿ Y cuál es ? preguntó el regente, pensando que se trataría de algunas nuevas locuras tan familiares en su hija.

— Acercaos á la ventana, y mirad, dijo la abadesa.

Á semejante invitación, el regente se aproximó

á la ventana, desde donde se divisaba un patio, en medio del cual ardía un gran fuego. Al propio tiempo Dubois, con una curiosidad extremada, se dirigió también á la ventana, y colocándose á espaldas del duque, tendió la vista hacia aquel punto.

Delante de aquel fuego pasaban y volvían á pasar apresuradamente infinidad de personas, las cuales arrojaban en las llamas diferentes objetos de forma particular.

— ¿Qué es aquello? preguntó el regente á Dubois, que se manifestaba tan sorprendido como aquél.

— ¿Habláis de lo que se está quemando en este momento? replicó el abate.

— Justamente, repuso el regente.

— Á fe mía, monseñor, á lo que veo tiene todas las apariencias de un contrabajo.

— En efecto, dijo la abadesa, es el mío, un excelente contrabajo de Valeri.

— ¿Y lo mandáis quemar? exclamó el regente.

— Todos esos instrumentos son manantiales de perdición, dijo la abadesa con un tono compungido, que indicaba el más profundo arrepentimiento.

— ¡Dios mío! gritó el duque, ¿no es aquello un clave?

— El mío, señor; era tan magnífico, que me arrastraba á pensamientos mundanos; esta ha sido la causa de haberlo condenado á la hoguera.

— ¿Y qué contienen todos esos montones de papel con los cuales se aviva el fuego? preguntó

Dubois, á quien semejante espectáculo parecía interesarle sobremanera.

— Mis papeles de música, que mando quemar.

— ¿Vuestros papeles de música? repitió el regente.

— Sí, y los de la vuestra, dijo la abadesa; mirad con cuidado, y veréis arder vuestra ópera *Panthée*; ya podéis comprender que una vez tomado un partido, la ejecución ha debido ser general.

— ¡Muy bien! pero, ¿sabéis qué digo, señora? que habéis perdido el juicio; encender fuego con papeles de música y atizarlo con claves y contrabajos, es en verdad un exceso de lujo.

— Ved, señor, que hago penitencia.

— ¡Hum! decid más bien que renováis vuestra casa, y que todo esto no es otra cosa que haber buscado un medio de comprar nuevos muebles, por no gustaros ya los antiguos.

— No, monseñor, no es eso.

— ¿Pues qué? hablad con franqueza.

— Monseñor, estoy hastiada de diversiones, y trato en efecto de ocuparme en otra cosa.

— ¿En qué?

— En este momento iba en compañía de mis religiosas á visitar el panteón que debe recibir mi cuerpo, y el lugar que debo ocupar en él.

— Monseñor, dijo el abate, me engañaré; pero me parece que ahora verdaderamente se ha vuelto loca.

— Esto será muy edificante, ¿no es cierto, monseñor? continuó diciendo con gravedad la abadesa.

— En efecto, repuso el duque, y es indudable que si lo verificáis, daréis lugar á que uno se ría mucho más que de vuestras cenas.

— Venid, caballeros, continuó la abadesa, veréis como me coloco por un momento en mi ataúd; á la verdad es un capricho que de poco acá deseaba satisfacer.

— ¡Bah! demasiado tiempo tendréis que estar, señora, dijo el regente; además, semejante diversión no es tampoco invento vuestro, y Carlos V, que se hizo fraile del mismo modo que vos os habéis hecho religiosa, sin saber porqué, lo pensó antes que vos.

— ¿De manera que no queréis acompañarme, monseñor? repuso la abadesa dirigiéndose á su padre.

— ¡Yo! replicó el duque, á quien inspiraban muy pocas simpatías las ideas melancólicas; ¡yo ir á ver sepuleros, y oír cantar el *De profundis*!... ¡No, á fe mía, no! justamente lo único que me consueta de no poder escapar en su día del *De profundis* y del ataúd, es la esperanza de que cuando llegue ese día no oiré lo uno ni veré lo otro.

— ¡Ah! monseñor, exclamó la abadesa con ademán de asombro; ¿acaso no creéis pues en la inmortalidad del alma?

— Lo que yo creo, hija mía, es que sois una

loca de atar. ¡Vaya, vaya con el abate! que me promete disfrutar de una orgía y me trae á un entierro.

— Á la verdad, monseñor, voy creyendo que profiero las extravagancias de ayer; por lo menos era más divertido que lo de hoy.

La abadesa hizo un profundo saludo y se encaminó hacia la puerta de entrada.

Entonces el duque deteniendo á su hija, la dijo: Una pregunta no más; veamos, ¿estáis ahora verdaderamente resuelta, ó sólo es una fiebre que os ha comunicado vuestro confesor? Si estáis del todo decidida, nada tengo que objetar; pero si esto no es más que una fiebre, quiero que se os cure. ¡Voto á cribas! Cabalmente tengo un Moreau y un Chirac, á quienes pago para que curen mis dolencias y las de mi familia.

— Monseñor, replicó la abadesa, olvidáis que estoy bastante instruida en las ciencias médicas para emprender mi curación en el caso de creerme enferma; puedo aseguraros de un modo positivo que me siento muy bien; en fin, ¿queréis que os lo diga de una vez? soy jansenista; he aquí todo.

— ¡Ah! exclamó el duque, ¡esta es otra de las obras del padre Le Doux, indigno benedictino! si el cielo permitiera... Pero á ese yo sé un buen remedio que lo curará.

— ¿Cuál es? preguntó la abadesa.

— ¡La Bastilla! respondió el duque, saliendo

furioso de la estancia, seguido de Dubois, que reía á más no poder.

— Ya ves, dijo despnes de un largo silencio, á medida que se iban acercando á Paris; ya ves cuán absurdos son tus cuentos... Yo que rabiaba por predicar, me he visto precisado á aguantar un sermón; en una palabra, he ido por lana y vuelvo trasquilado.

— Vamos, monseñor, vamos; de todo eso se deduce que sois un padre sumamente dichoso: os doy la más cumplida enhorabuena por las grandes reformas verificadas en vuestra hija menor Mlle. de Chartres; desgraciadamente no sucede otro tanto con vuestra hija mayor madama la duquesa de Berry...

— ¡ Oh! Dubois, calla, no me hables de ella; es mi pesadilla: por lo tanto, ahora que estoy de mal humor....

— ¿ Y bien?

— Deseo aprovecharlo para concluir con ella de una vez.

— Me parece que se halla en el Luxemburgo.

— Tal creo.

— Entonces, monseñor, vamos allá.

— ¿ Vienes tú también?

— No pienso dejaros en toda la noche.

— ¡ Cómo!

— Tengo grandes proyectos acerca de vuestra persona.

— ¡ Acerca de mí!

— Os voy á llevar á una cena.

— ¿ Á una cena de mujeres?

— Sí, monseñor.

— ¿ Y cuántas habrá?

— Dos.

— ¿ Y hombres?

— Dos.

— ¿ Con que es una partida completa? preguntóle el príncipe.

— Justamente.

— ¿ Y me divertiré?

— Lo creo así.

— Dubois, ten cuidado; mira que cargas con una gran responsabilidad.

— ¿ Monseñor, os gusta lo nuevo?

— Sí.

— ¿ Lo inesperado?

— Sí.

— ¡ Pues bien! disfrutaréis de ese placer; por ahora no puedo deciros más.

— En hora buena, respondió el regente; al Luxemburgo primero... ¿ y después?

— Después, al arrabal de San Antonio.

A esta nueva determinación, el cochero recibió la orden de dirigirse al Luxemburgo, en vez de ir al Palacio Real.

en pocos años, el gran delfín, el duque y la duquesa de Borgoña, y el duque de Berry.

Habiendo quedado viuda á los veinte años, profesando á su padre el mismo cariño que él la tenía, pudiendo elegir entre la sociedad de Versalles y la del Palacio Real, la duquesa de Berry, bella, joven y ansiosa de goces, no había titubeado un momento; quiso participar de las fiestas, de los placeres, y aun algunas veces de las orgías del duque; mas he aquí que de pronto comenzaron á circular extrañas calumnias acerca de las relaciones del padre y de la hija, saliendo á la vez de Saint-Cyr y de Sceaux, procedentes de madama de Maintenon y de madama de Maine. El duque de Orleans con su indolencia de costumbre había dejado esparcir semejantes rumores, los cuales se reducían á terribles acusaciones de incesto, que por no tener ningún carácter histórico á los ojos de los hombres que conocen á fondo las costumbres de aquella época, no son otra cosa que un arma en manos de gentes interesadas en denigrar la conducta del hombre privado, con el objeto de disminuir la grandeza del hombre político.

No era esto todo: por su debilidad siempre creciente, el duque de Orleans había contribuido á dar crédito á tales rumores, pues donó á su hija, que poseía ya seiscientas mil libras anuales, cuatrocientos mil francos de su patrimonio particular, lo cual hacía ascender sus rentas á un millón: además

TOMO I.

2

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"FERNANDO REYES"  
1825 MONTERREY, MEXICO

## II

En que decididamente vamos viendo el arreglo de la familia.

Madama la duquesa de Berry, á cuya casa se dirigía el regente, era, como vulgarmente se suele decir, su hija mimada; atacada á la edad de siete años de una enfermedad mortal, según opinión de los facultativos y abandonada por éstos, había caído en manos de su padre, que se preciaba de ser inteligente en medicina, como todos saben, y que propinándola remedios á su manera había conseguido salvarla. Desde entonces el cariño paternal del duque fué aumentándose de un modo tan excesivo, que llegó á degenerar en debilidad. Desde aquel momento también dejó obrar á su antojo á aquella niña voluntariosa y altanera; su educación muy descuidada se resintió bien pronto de semejante abandono, lo cual no impidió sin embargo que Luis XIV la eligiese por mujer de su nieto el duque de Berry.

Nadie ignora que la muerte cayó de golpe sobre la triple descendencia real, y que dejaron de existir

la había dejado el Luxemburgo, destinando una compañía de guardias de honor para su persona; en fin, lo que exasperó en extremo á los preconizadores de la vieja etiqueta, y que sólo hizo encoger de hombros el duque, fué el pasear la duquesa de Berry las calles de París precedida de trompetas y tímboles con escándalo de todos, dando además mucho que reír el haber recibido al embajador de Venecia sentada en un elevado trono de tres gradas, faltando muy poco para que semejante circunstancia fuese la causa de una desavenencia entre ambas naciones.

Habia más; se estaba en visperas de concederle otra petición no menos exorbitante, que á la verdad hubiera llenado de indignación á la nobleza; tal era un paleo de honor con su correspondiente dosel en el teatro de la Ópera, cuando felizmente para la tranquilidad pública y desgraciadamente para la dicha del regente, la duquesa de Berry se enamoró del caballero de Riom.

Este era un segundón de Auvernia, sobrino del duque de Lauzún, que habiendo ido á Paris á buscar fortuna, la encontró en efecto en el Luxemburgo: siendo presentado á la princesa por madama de Mouchy, con la cual tenía relaciones amorosas, no tardó en ejercer sobre aquélla la influencia de familia que su tío el duque de Lauzún había ejercido cincuenta años antes sobre la hermana del rey, declarándose bien pronto el amante favorecido

á pesar de la oposición manifiesta de su predecesor Lahaie, á quien nombraron entonces agregado á la embajada de Dinamarca.

La duquesa de Berry no había tenido pues en resumen más que dos amantes, lo que conviene consignar aquí como una virtud, atendidas las costumbres de las princesas de aquel tiempo: Lahaie, cuyas relaciones siempre había tenido ocultas, y Riom, al cual proclamaba abiertamente. No era esto por lo tanto causa suficiente para el encarnizamiento con que se perseguía á la pobre princesa. Pero es necesario tener presente que este encarnizamiento provenia de otro motivo, del cual no sólo nos habla Saint-Simón, sino también todos los historiadores de la época; tal era aquel fatal paseo por las calles de Paris, precedida de tímboles y trompetas, aquel malhadado trono de tres gradas, en donde había recibido al embajador veneciano, y por último aquella presuntuosa exigencia, teniendo ya una compañía de guardias de honor, de estar en el teatro de la Ópera bajo dosel.

Sin embargo, no se crea que era la indignación general á que había dado lugar la princesa lo que exasperó fuertemente al duque de Orleans contra su hija, sino el imperio absoluto que sobre su persona dejó tomar á su amante. Riom, aleccionado por aquel mismo duque de Lauzún que aplastaba por la mañana la mano de la princesa de Monaco con el tacón de sus botas, las cuales por la noche

mandaba que se las sacara la hija de Gastón de Orleans, había dado á su sobrino, con respecto á las princesas, instrucciones terribles, y que fueron seguidas por él al pie de la letra. « Las princesas de Francia, había dicho á Riom, quieren ser tratadas con el palo en la mano ; » y Riom, confiado en la experiencia de su tío, educó con tanta perfección á la duquesa de Berry, que ésta no se atrevía á dar un banquete sin su permiso, ir á la Ópera sin su auencia, ni ponerse un traje sin consultarle. De todo lo cual había resultado, que el regente, que amaba entrañablemente á su hija, empezó á aborrecer á Riom, que la alejaba de su lado, del modo que se lo permitía su negligente y bondadoso carácter. Bajo el pretexto de servir á las miras de la duquesa, confirió el mando de un regimiento á Riom, luego el gobierno de la ciudad de Cognac, y por último la orden de ir á ocupar su destino, lo cual, según todos los que veían las cosas desapasionadamente, juzgaban que el favor iba convirtiéndose en desgracia.

La duquesa tampoco se había engañado; así es que acudió presurosa al Palacio Real, á pesar de no estar completamente restablecida de cierta dolencia grave, aunque natural, que la tenía postrada en el lecho: rogó y suplicó á su padre, pero inútilmente. Viendo que nada conseguía, se incomodó, riñó; mas fué también en vano. Finalmente, partió amenazando al duque con todo su

rencor, y asegurándole que no obstante su orden, Riom no marcharía.

Á la mañana siguiente, el duque por toda respuesta reiteró á Riom la orden de partida, y éste le mandó á decir respetuosamente que acto continuo iba á ser obedecido.

En efecto, el mismo día, vispera del en que nos encontramos, Riom abandonó públicamente el Luxemburgo, recibiendo el duque de Orleans aviso por el mismo Dubois de que el nuevo gobernador, seguido de sus equipajes, había salido á las nueve de la mañana con dirección á Cognac.

Todo esto había tenido lugar sin que el duque de Orleans hubiera vuelto á ver á su hija: así que cuando habló de aprovechar los momentos de irritación para concluir con aquélla, era más bien que una riña, el perdón lo que iba á solicitar.

Dubois, que lo conocía á las mil maravillas, no se dejó engañar por esa pretendida resolución; mas todo lo que él deseaba era deshacerse por de pronto de Riom, y en efecto, éste había partido para Cognac. Por lo tanto, esperaba durante su ausencia poder deslizar algún nuevo secretario de cámara ú otro jefe de guardias con el objeto de borrar el recuerdo de Riom del corazón de la princesa. Llegado este caso, recibiría la orden de ir á España á incorporarse al ejército del mariscal de Berwick, quedando en un todo igual á Lahaie, que se hallaba en Dinamarca, no habiendo por consi-

guiente ningún motivo de cuestión entre los dos. Semejante proyecto no podemos decir que fuese muy moral, pero si un plan bastante lógico; lo que únicamente ignoramos es, si el ministro hizo partícipe de él á su señor.

El carruaje se detuvo en frente del Luxemburgo, que estaba iluminado como de costumbre. El duque se apeó y subió la escalera con su viveza ordinaria. En cuanto á Dubois, á quien la duquesa aborrecía en extremo, se quedó acurrucado en un rincón de la silla.

Á los pocos instantes, el duque apareció en la portezuela con el semblante demudado.

— ¡ Ah ! monseñor ! exclamó Dubois, ¿ no han permitido por ventura la entrada á vuestra alteza ?

— Nada de eso, sino que la duquesa no se halla en el Luxemburgo.

— ¿ Pues en dónde se halla, en las Carmelitas acaso ?

— En Meudón.

— ¡ En Meudón ! en el mes de febrero y con un tiempo como éste ! Monseñor, semejante pasión por el campo me parece sospechosa.

— Y á mí también, lo confieso ; ¿ qué diablos podrá hacer en Meudón !

— Es fácil saberlo.

— ¿ Cómo ?

— Yendo á Meudón.

— ¡ Cochero, á Meudón ! gritó el regente sal-

tando al carruaje : tienes veinticuero minutos para llegar allá.

— Monseñor me permitirá que le diga, dijo humildemente el cochero, que sus caballos han andado ya diez leguas.

— Reventadlos, pero llegad á Meudón en veinticinco minutos.

Á una orden tan explícita, nada había que replicar. El cochero sacudió un fuerte latigazo á los caballos, emprendiendo éstos de nuevo la carrera del mismo modo que si acabaran de salir de la caballeriza.

Durante el camino, Dubois permaneció mudo y el regente preocupado; de vez en cuando uno y otro echaban una mirada investigadora á su alrededor; mas los lugares que atravesaban nada ofrecían que fuese digno de llamar la atención del regente y de su ministro. Por último, llegaron á Meudón; siguiendo el duque perdido en el dedalo de ideas contradictorias en que iba engolfado.

Entonces se apearon ambos: la explicación entre el padre y la hija podía ser larga, y Dubois quería esperar el desenlace en un sitio más cómodo que no dentro del carruaje.

Al pie de la escalera encontraron al portero, que era un suizo, vestido con la librea de gala. Como el duque iba casi cubierto con su capotón guarnecido de pieles, y Dubois envuelto en su capa, los detuvo. Entonces el duque se dió á reconocer.

— Perdonad, dijo el suizo, pero ignoraba que monseñor fuese esperado.

— Bien, bien, repuso el duque; esperado ó no, aquí estoy. Dispón que un lacayo vaya al momento á dar aviso á la princesa de mi llegada.

— ¿Es monseñor por ventura de los convidados á la ceremonia? preguntó el suizo que parecía visiblemente confuso, á causa sin duda de la severa consigna que se le había dado.

— Justamente: y yo también, replicó Dubois cortando la palabra al duque de Orleans, que iba á averiguar de qué ceremonia se trataba.

— En ese caso voy á tener el honor de mandar que acompañen á monseñor á la capilla.

Dubois y el duque se miraron como personas que nada comprenden.

— ¿Á la capilla? repitió el regente.

— Si, monseñor; porque hace ya cerca de veinte minutos que se ha dado principio á la ceremonia. ¡ Ah, ya! dijo el regente al oído de Dubois! apostaré á que también se hace religiosa.

— Lo que se puede apostar, monseñor, repuso Dubois, es que quizás se esté casando.

— ¡ Diablo! exclamó el regente, ¡ no faltaría más que esto! Dicho lo cual empezó á subir precipitadamente seguido de Dubois.

— ¿ No quiere monseñor que mande que lo acompañen?

— Es inútil, replicó el regente desde lo alto de

la escalera; conozco el camino perfectamente.

En efecto, con aquella agilidad tan admirable en un hombre de su corpulencia, el duque atravesó multitud de antesalas, estancias y corredores, acompañado de Dubois, que entonces sentía casualmente ese diabólico interés que presta la curiosidad, convirtiéndole en un nuevo Mefistófeles de aquel otro investigador que ya no se llamaba Fausto, sino Felipe de Orleans.

Finalmente, llegaron á la puerta de la capilla, que parecía estar cerrada, pero que se abrió al primer empuje.

Dubois no se había engañado en sus cálculos.

Habiendo Riom dado la vuelta secretamente, después de su partida que hizo tan pública, se hallaba entonces puesto de rodillas en compañía de la princesa delante del capellán particular de ésta, mientras que el caballero de Pons, pariente de Riom, y el marqués de la Rochefoucault, capitán de los guardias de la duquesa de Berry, sostenían el velo ó yugo colocado sobre la cabeza de la misma; los señores de Mouchy y de Lanzún ocupaban su puesto, el uno á la izquierda de la princesa, y el otro á la derecha de Riom.

— Monseñor, está visto que la fortuna nos es contraria, dijo Dubois; hemos llegado diez minutos más tarde.

— ¡ Maldición! exclamó furioso el duque dando un paso hacia el altar; ahora vamos á verlo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

— ¡ Un momento ! monseñor, repuso Dubois : en atención al carácter de que me hallo revestido, es de mi deber el impedirlos que cometáis un sacrilegio. Si conviniere, no me opondría ; más ahora nada adelantaría.

— ¡ Oh ! ; esto más ! ; con que ya están casados ? preguntó el duque retrocediendo y ocultándose detrás de una columna.

— Justamente, monseñor ; tan casados, que ningún poder bastaría á desunirlos, á no ser el Santo Padre.

— ¡ Pues bien ! yo escribiré á Roma, replicó el duque.

— ¡ Guardaos de ello, monseñor ! exclamó Dubois ; no gastéis vuestra influencia por semejante cosa ; demasiado la necesitaréis cuando se trate de hacerme nombrar cardenal.

— Pero, una alianza tan desigual no se puede tolerar, dijo el regenté.

— En la actualidad están muy en moda, repuso Dubois, y no se oye hablar de otra cosa. S. M. Luis XIV se malcasó desposándose con madama de Maintenón, á la cual vos habéis señalado una pensión del mismo modo que si fuera su viuda : la hermana del rey se malcasó desposándose con el caballero de Lauzun : vos os malcasasteis verificando lo propio con la señorita de Blois, llegando á tal extremo, que cuando anunciasteis el desposorio á la princesa palatina vuestra madre, su única

respuesta fué el daros una fuerte bofetada. En fin, yo mismo, monseñor, ¿ no me malcasé desposándome con la hija del dómine de mi lugar ? Bien veis, por lo tanto, que después de tan grandes ejemplos, la princesa vuestra hija puede muy bien casarse á su vez.

— ¡ Cállate, monstruo ! dijo el regente.

— Además, continuó Dubois, reflexionad, monseñor, que los amores de la duquesa de Berry empezaban á dar pábulo á las habladurías del abad de San Sulpicio, más de lo que convenía : era un verdadero escándalo, el cual cesará cuando París sepa mañana este casamiento secreto ; veréis como de este modo nadie tendrá que decir, ni vos tampoco : decididamente, monseñor, en vuestra familia empieza á entrar la reforma.

El duque de Orleáns lanzó una terrible imprecación, á la cual Dubois contestó por medio de una de esas risitas falsas peculiares á Mefistófeles.

— ¡ Silencio ! gritó el suizo, que ignoraba quién promovía aquel ruido, y el cual deseaba que los esposos no perdiesen una sola palabra de la piadosa exhortación del sacerdote.

— ¡ Silencio ! monseñor, ved que estáis turbando la ceremonia.

— Lo que vas á ver, replicó el duque, es que si no nos callamos nos echarán de aquí.

— ¡ Silencio he dicho ! repitió el suizo golpeando el pavimento con el cuento de su alabarda,

mientras que la duquesa enviaba al caballero de Mouchy para que averiguase la causa de aquel escándalo. En efecto, obedeciendo este último las órdenes de la princesa, percibió al través de la oscuridad á dos personas que parecían ocultarse; en su consecuencia, se acercó á ellas con atrevido continente, y con altivo acento les dijo:

— ¿Quién mueve tanto ruido? ¿quién os ha dado permiso, caballeros, para introducirse en la capilla?

— El que tiene muchos deseos de haceros salir por la ventana, respondió el regente, pero que por el momento se contenta con mandaros que deis la orden al caballero de Riom, que parta acto continuo para Cognac, intimando al propio tiempo á la duquesa de Berry la prohibición absoluta de presentarse en el Palacio Real.

Concluidas estas palabras, el regente salió haciendo una seña á Dubois para que le siguiese, dejando al obeso señor de Mouchy estupefacto con semejante aparición.

— ¡Al Palacio Real! gritó el príncipe metiéndose precipitadamente en el carruaje.

— ¡Al Palacio Real! replicó vivamente Dubois; nada de eso, monseñor, no olvidéis nuestros pactos; tened presente que os he seguido con la condición que me seguiríais también cuando llegase la ocasión.

— Vete en hora mala; no tengo apetito.

— ¡En hora buena! vuestra alteza no comerá.

— No tengo humor para diversiones.

— Está bien; si vuestra alteza gusta, tampoco se divertirá.

— ¿Y qué haré entonces sin comer ni divertirme?

— Vuestra alteza verá cómo los demás comen y se divierten.

— ¿Qué quieres decir? habla sin rodeos.

— Quiero decir, que Dios está dispuesto á hacer milagros por vos, monseñor: y como esto sucede pocas veces, es preciso no desperdiciar la ocasión; esta noche hemos visto ya dos funciones; vamos ahora á presenciar la tercera.

— ¿La tercera?

— Sí, monseñor; *numero Deus impare gaudet*: el número impar es grato al Señor: creo que no habréis olvidado el latín.

— Vamos, explicate, dijo el regente, el cual en aquel momento se hallaba poco propenso á chancarse; á la verdad que eres bastante feo para servir de esfinge; mas yo no me considero ya á propósito con la edad que tengo para desempeñar el papel de Edipo.

— Decía, monseñor, que después de haber visto á vuestras dos hijas tan faltas de juicio dar el primer paso en la senda de la discreción, vais á ver ahora á vuestro hijo, que tan cuerdo era, metido en el camino de la disipación y del desorden.

— ¿Mi hijo Luis?

— El mismo: esta noche se despabila; semejante espectáculo es sumamente lisonjero para un padre, en vista de lo cual no he vacilado un momento en convidaros á él.

El duque movió la cabeza en señal de duda.

— ¡ Oh! podéis creer lo que mejor os parezca, monseñor; pero lo cierto es que sucederá.

— ¿ Pero en qué sentido va á despabilarse, como tú dices?

— En todos, monseñor; el caballero de M<sup>\*\*\*</sup> es el encargado por mí de enseñarle los primeros rudimentos: en este momento cena con él y dos damas más.

— ¿ Y quiénes son esas damas? preguntó el regente.

— No conozco más que una de ellas; el caballero de M<sup>\*\*\*</sup> cuida de llevar la otra.

— ¿ Y el príncipe ha consentido en ir?

— Con mil amores.

— Á fe mía, Dubois, dijo el duque, creo que si hubieses vivido en tiempos del rey san Luis, hubieras concluido por llevarle á casa de la Fillon de aquella época.

Una sonrisa de triunfo se vislumbró en el semblante de mono de Dubois.

— He ahí, monseñor, continuó el abate; desca-  
bais que el príncipe Luis desenvainase una vez la espada, según vos mismo haciais en otro tiempo, y

como todavía queréis hacer ahora; pues bien, ya he tomado mis medidas con este objeto.

— ¿ Es esto verdad?

— Si, monseñor; durante la cena el caballero de M<sup>\*\*\*</sup> promoverá una disputa por un quitame allá esas pajas, como solemos decir, y luego seguirá lo demás. Varias veces os he oído que deseariais ver al príncipe enredado en algún lance amoroso; en verdad os digo que si hoy resiste á las tentaciones de la sirena que le he soltado, no podré menos de creer que es un san Antonio.

— ¿ La has elegido tú?

— ¿ Pues quién habia de ser, monseñor? Vuestra alteza sabe muy bien que cuando se trata del honor de la familia real, no fio más que en mí mismo. Esta noche, pues, tendrá lugar la orgía, mañana el duelo; y por la tarde, nuestro neófito podrá ya firmarse Luis de Orleáns, sin comprometer la reputación de su augusta madre; porque todos verán que la sangre que corre por las venas del joven pertenece á la vuestra, lo cual, séame permitido decirlo, con la extraña conducta que ha observado hasta aquí, casi casi le haria dudar á uno.

— ¿ Dubois, eres un miserable! repuso el duque riéndose por primera vez desde su salida de Chelles; vas á perder al hijo del mismo modo que perdiste al padre.

— Lo que gustéis, monseñor, respondió Dubois; mas es necesario que, ya sea príncipe ó no lo sea,

se resuelva á ser hombre ó á meterse fraile: ya es tiempo de que elija uno ú otro partido. Tenéis, príncipe mío, un hijo que va á cumplir muy pronto diez y seis años, un hijo que no queréis mandar á la guerra bajo el pretexto de que es único, y realmente el verdadero motivo consiste en que no sabéis cómo se portaría.....

— ¡ Dubois ! gritó el regente.

— Vaya, monseñor, mañana sabremos á qué atañernos.

— ¡ Á fe mía, que el lance es gracioso ! exclamó el regente.

— ¡ Cómo ! replicó Dubois ; ¿ creéis acaso que tratará de menoscabar su honor ?

— ¡ Ah, tunante ! ¿ sabes que me estás insultando ? ¿ Te parece imposible que un individuo de mi sangre sea incapaz de enamorarse, y tendrías quizás la avilantez de mirar como un extraordinario portento el hacer desenvainar la espada á un príncipe que lleva mi nombre ? Amigo Dubois, estoy viendo que has nacido abate y morirás lo mismo.

— ¡ No, no, monseñor ! exclamó Dubois ; ¡ caramba ! deseo ser más.

El regente se echó á reír.

— Á lo menos eres ambicioso, lo que no le sucede á ese imbécil de Luis, que nada absolutamente desea; esa ambición me divierte más de lo que puedes imaginar.

— Á la verdad, monseñor, no me creía tan gracioso.

— Esto es pura modestia, porque eres la criatura más divertida del mundo, cuando no la más perversa; por lo tanto, te juro que el día en que seas arzobispo.....

— ¡ Cardenal ! monseñor.

— ¡ Ah ! ¿ cardenal es lo que quieres ser ?

— Mientras me eligen papa.

— Bien, bien; ese día te juro.....

— ¿ El día que sea papa ?

— No, aquel en que seas cardenal, se reirá mucho en el Palacio Real; te lo prometo.

— En Paris se reirán también mucho: vuestra alteza ha dicho perfectamente que soy un excelente bufón, y por lo mismo quiero excitar la risa; he ahí la causa por la cual deseo ser cardenal.

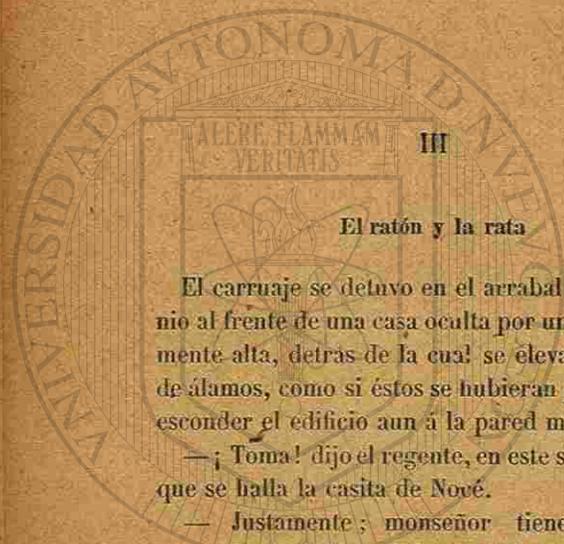
En el momento en que Dubois manifestaba la anterior pretensión, la silla de posta cesó de rodar.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1965-1625 MONTERREY, MEXICO

29998



### El ratón y la rata

El carruaje se detuvo en el arrabal de San Antonio al frente de una casa oculta por una tapia sumamente alta, detrás de la cual se elevaban infinidad de álamos, como si éstos se hubieran plantado para esconder el edificio aun á la pared misma.

— ¡ Toma! dijo el regente, en este sitio me parece que se halla la casita de Nové.

— Justamente; monseñor tiene muy buena memoria; yo la he pedido prestada para esta noche.

— Pero, ¿ lo has preparado todo bien? ¿ será la cena digna de un príncipe de la sangre?

— Yo mismo me he encargado de ello. ¡ Oh! al príncipe Luis nada le faltará; se halla servido por los lacayos de su padre, tratado perfectamente por el cocinero del mismo, y por último hace el amor á la....

— ¿ A quién?.....

— Ya lo veréis; ¡ caramba! es necesario que tenga el mérito de la sorpresa.

— ¿ Y los vinos?

— Son de vuestra bodega, monseñor; por lo tanto espero que siendo de la familia no permitirán que se desmienta el linaje, á pesar de hacer algún tiempo que así sucede.

— ¡ Pues qué! ¿ tanto te ha costado el que yo no lo haya desmentido, corruptor infame?

— Yo soy elocuente, monseñor; pero es preciso confesar que vos sois en extremo cariñoso. Vaya, entremos.

— ¡ Cómo! ¿ tienes por ventura la llave?

— ¡ No faltaba más! En seguida Dubois sacó del bolsillo una llave, que introdujo con mucho cuidado en la cerradura; la puerta giró sin ruido sobre sus goznes, volviendo á cerrarse detrás del duque y de su ministro, sin rechinar en lo más mínimo; era una verdadera puerta de esas que comprenden su obligación al ver los personajes que la dispensan el honor de atravesar su umbral.

Distinguianse al través de las persianas cerradas algunos reflejos de luz, y los lacayos que se hallaban de centinela en el vestíbulo anunciaron á los ilustres huéspedes que el festín ya se había empezado.

— Triunfas, abate, dijo el regente.

— Coloquémonos pronto, monseñor, respondió Dubois; confieso que tengo grandes deseos de ver cómo se porta el príncipe Luis.

- Y yo también, repuso el regente.  
 — Entonces, seguidme sin pronunciar una sola palabra.

El regente siguió silenciosamente á Dubois hacia un gabinete que por medio de una grande abertura en forma de arco se comunicaba con el comedor ; dicha abertura estaba cubierta de flores, á través de cuyos tallos y ramaje se podía ver y oír perfectamente á los corvidados.

— ¡ Hola, hola ! exclamó el duque reconociendo el gabinete ; estoy viendo que me encuentro en país conocido.

— Más de lo que pensáis, monseñor ; pero tened presente que sea lo que quiera lo que veáis ú oigáis, es indispensable guardar silencio, ó por lo menos hablar muy bajo.

— No tengas cuidado ; puedes estar tranquilo.

Después de esto, ambos se acercaron á la abertura que daba á la sala del festín, se pusieron de rodillas sobre un sofá y separaron con cautela las flores para que no se les escapase nada de lo que iba á pasar.

El hijo del regente, que apenas contaba quince años y medio, se hallaba sentado en un sitial enfrente justamente de su padre ; al otro lado de la mesa, volviendo la espalda á los dos observadores, estaba el caballero de M\*\*\* ; y por último dos damas, cuyos trajes eran más deslumbrantes que modestos y recatados, completaban la partida que

Dubois había prometido al duque de Orleans ; veíase á la una sentada junto al joven príncipe, y la otra al lado del caballero de M\*\*\*.

El señor del festín, que no bebía, peroraba ; la dama, su vecina, fruncía el ceño, y de vez en cuando bostezaba.

— ¡ Por vida mía ! exclamó el duque, que era miope, tratando de reconocer á la dama colocada delante de él ; ¡ pareceme que conozco aquella cara ! Dicho lo cual, miró más atentamente, mientras que Dubois dejaba escapar una sonrisa bajo el embozo de su capa.

— Veamos pues, continuó el regente ; una mujer morena con ojos azules.

— Una mujer morena con ojos azules, repitió Dubois : adelante, monseñor.

— Con un talle encantador y unas manos delicadas.

— Muy bien.

— Una boca diminuta y labios sonrosados.

— ¿ Y qué más ?

— Pero, ¡ diablo ! ¡ qué es lo que veo ! ¡ la Souris (1) !

— Cabalmente.

— ¡ Cómo, malvado, con que á propósito has ido á escoger á la Souris !

(1) *Souris* significa en español ratón ó rata ; mas aquí se toma en la última acepción para la mejor inteligencia del epigrafe de este capítulo.

— Una de las niñas más hechiceras, monseñor; una bailarina del teatro de la Ópera, la cual he calculado que sería la más conveniente para despabilar á un joven.

— ¿Era esta pues la sorpresa que me preparabas, cuando me has dicho que el príncipe Luis iba á ser servido por los lacayos de su padre, que bebería los vinos del mismo, y que haría el amor á la?...

— Á la querida de su padre; sí, monseñor; esto era justamente.

— Pero, ¡ infame ! exclamó el duque, ¿ no consideras que casi le has hecho cometer un incesto?

— ¡ Bah! replicó Dubois, ya que uno ha tratado de lanzarlo...

— ¿ Y la bribona ha aceptado?

— Es su oficio, monseñor.

— ¿ Y con quién cree estar cenando?

— Con un hidalgo de provincia, que viene á comerse la legítima á París.

— ¿ Quién es la otra compañera?

— Lo ignoro, el caballero de M\*\*\* se encargó de traerla.

En este momento la dama que se hallaba sentada junto al caballero, creyendo oír cuchichear á sus espaldas, se volvió á mirar hacia el sitio que ocupaban los dos curiosos.

— ¡ Diablo! exclamó Dubois también á su vez,

sumamente atónito; ¡ tampoco yo me engaño!

— ¿ Cómo?

— La otra dama...

— ¡ Qué!...

La linda convidada se volvió de nuevo.

— ¡ Es Julia! replicó Dubois. ¡ Desgraciada!

— ¡ Oh, oh! ¡ magnífico! exclamó el duque; he aquí el espectáculo completo, esto es, tu querida y la mía. Te aseguro bajo palabra de honor, que daría cualquier cosa por poderme reír á gusto.

— Esperad, monseñor, esperad.

— ¡ Cómo! ¿ estás en tu juicio? ¿ Qué diablura vas á hacer, Dubois? Mando que te estés quieto. Tengo curiosidad de ver la conclusión de todo esto.

— Ya os obedezco, monseñor, dijo Dubois; pero voy á manifestaros una cosa.

— ¿Cuál?

— Que no volveré á creer jamás en la virtud de las mujeres.

— Dubois, dijo el regente arrojándose sobre el sofá interin aquél hacia otro tanto, te digo que eres un hombre adorable; así pues déjame reír, porque sino voy á reventar.

— Á fe mía, monseñor, ríamos, contestó Dubois, pero sin que nos oigan; verdaderamente decís bien, es necesario ver el fin de todo esto. Y ambos se echaron á reír lo más silenciosamente que les fué posible; después de lo cual volvieron á

colocarse en el lugar de observación que por algunos momentos habían abandonado.

La pobre Souris bostezaba hasta el extremo de desconcertarse las quijadas.

— ¿Sabéis, monseñor, dijo Dubois, que el príncipe Luis no manifiesta estar muy aturcido?

— Esto quiere decir, que se podría creer que no ha bebido.

— ¿Y esas botellas vacías, calculáis que puedan haberse desocupado por sí solas?

— Es cierto; mas sin embargo, el hidalgo está muy formal.

— Tened un poco de paciencia; aguardad, que ya se anima; oid, que va á hablar.

En efecto, el joven duque, levantándose del sitial, rechazó con la mano la botella que le alargaba la Souris, y le dijo en tono sentencioso:

— He querido ver por mí mismo lo que llaman una orgia, y después de considerarla bajo todas sus fases, soy de parecer que es un espectáculo muy poco satisfactorio. Cierta sabio ha dicho perfectamente: *Ebrietas omne vitium deliquit.*

— ¿Qué diablos dice? repuso el regente.

— ¡Malo, malo! esto no me gusta, murmuró Dubois.

— ¡Cómo! caballero, exclamó la compañera del joven duque con una sonrisa, en la cual ostentó una fila de dientes que podían competir con las

más preciosas perlas; ¡cómo! ¿no sois aficionado á cenar?

— No me gusta comer ni beber, respondió el príncipe Luis, cuando no tengo hambre ni sed.

— ¡Estúpido! murmuró el regente, volviéndose á Dubois que se mordía los labios.

El compañero del príncipe Luis se echó á reír, y le dijo:

— Creo, no obstante, que haréis una excepción con respecto á nuestras hechiceras convidadas.

— ¿Qué queréis decir, caballero?

— ¡Hola, hola! parece que se incomoda; ¡bueno!

— ¡Bueno! repitió Dubois.

— Quiero decir, respondió el caballero de M<sup>re</sup>, que no haréis la ofensa á estas damas de demostrarlas el poco deseo que tenéis de estar á su lado, marchándoos de ese modo.

— Va haciéndose ya tarde, caballero.

— ¡Bah! todavía no son las doce.

— Además, añadió el duque buscando una excusa, además... tengo cierto compromiso... que no me permite...

Las damas soltaron una ruidosa carcajada.

— ¡Qué imbécil! balbuceó Dubois.

— ¡Cómo! exclamó el regente.

— ¡Ah! tenéis razón, estaba distraído; os suplico que me dispenseis.

—¿Sabéis qué digo, amigo mío? que sois un espantoso provinciano.

—¡Qué es esto! repuso el regente; ¿cómo ese joven se atreve á hablar de semejante manera á un príncipe de la sangre?

— He considerado prudente ocultarle quién es; por lo tanto lo cree un simple caballero; además le he prevenido que lo incite.

— Perdonad, caballero, añadió el joven príncipe; me ha parecido que me dirigíais la palabra, y como esta señorita me hablaba al mismo tiempo, no he entendido lo que me estabais diciendo.

—¿Y queréis que repita lo que os he dicho? respondió el caballero irónicamente.

— Os lo agradeceré infinito.

— ¡Pues bien! decía que sois un espantoso provinciano.

— En lo cual tengo la mayor satisfacción, si esto me distingue de ciertos parisienses á quienes conozco, contestó el príncipe Luis.

— Vamos, vamos; no me ha disgustado la respuesta.

— Psh... murmuró Dubois.

— Caballero, si decís esto por mí, os contestaré que sois muy poco cortés, lo que nada importaría si se tratase solo de mi persona; pero de ningún modo es excusable semejante falta á presencia de estas señoritas.

— Tu provocador se adelanta demasiado, dijo

el regente inquieto, y estoy viendo que de repente se van á ir á las manos.

— No tengáis cuidado; ya los detendremos, replicó Dubois.

El príncipe Luis no manifestó la más leve señal de disgusto; pero dando la vuelta al rededor de la mesa, se acercó á su compañero de orgia, y le habló en voz baja.

—¿Lo ves? dijo el regente conmovido á Dubois; preparémonos, abate; ¡qué diablo! no quiero que me lo maten.

Mas lo que Luis se contentó con decir al caballero de M<sup>...</sup> fué lo siguiente:

— Sed franco, caballero, y decidme, ¿es cierto que esto os sirve de diversión? Pues por lo que á mí hace, os aseguro que me fastidia en extremo. Si estuviésemos solos, os hablaria de una cuestión importante que me ocupa en este momento, referente al capítulo sexto de las *Confesiones de san Agustín*.

— ¿Cómo! caballero, dijo aquél verdaderamente asombrado, ¿gastáis ahora el tiempo ocupándoos en cosas de religión? es muy pronto todavía, y me parece...

— Caballero, replicó en tono doctoral el príncipe Luis, nunca es demasiado pronto para pensar uno en su salvación.

El regente lanzó un profundo suspiro; Dubois se rascó la punta de la nariz.

— ¡ Á fe de caballero ! exclamó el duque de Orleans, esto es altamente deshonoroso para mi linaje ; las damas van á quedarse dormidas.

— Esperémos, repuso Dubois ; acaso si ellas se duermen, él se animará.

— ¡ Imbécil ! exclamó el regente ; si hubiera sido capaz, ya nada tendríamos que hablar ; ¿ no has visto las miradas que ella le ha lanzado, miradas suficientes para resucitar á un muerto ? ... Oye, mírala recostada lánguidamente en su sitial ; ¿ no es cierto que está hechicera ?

— Atended, dijo Luis ; voy á consultar con vos sobre el particular : san Jerónimo sienta como principio que la gracia no es realmente eficaz sino cuando procede de un verdadero arrepentimiento.

— ¡ El diablo cargue con vos ! exclamó el señor de M<sup>\*\*\*</sup> ; si hubiéseis bebido, diría que teniais mal vino.

— Permitidme, caballero, replicó el joven principe, que yo os haga también observar á mi vez, que ahora sois vos el descortés, y os contestaría en el mismo tono si no fuera pecado el prestar oídos á las injurias ; mas, á Dios gracias, soy mejor cristiano que vos.

— Cuando á uno le invitan á una cena, repuso el caballero, no trata de ser buen cristiano, sino buen convidado. ¡ Peste con vuestra compañía ! preferiría al mismo san Agustín, aun después de su conversión.

El joven duque tocó una campanilla, y á los pocos instantes se presentó un lacayo.

— Acompañad y alumbrad hasta la puerta á este hidalgo, dijo Luis con majestuoso acento ; yo saldré dentro de un cuarto de hora. ¿ Caballero, tenéis aquí vuestro carruaje ?

— No, en verdad.

— En ese caso, disponed del mío, añadió el joven ; tengo el mayor sentimiento en no poder cultivar vuestra amistad ; pero, ya os lo he dicho, nuestros gustos difieren mucho entre sí ; además estoy dispuesto á volverme en seguida á mi provincia.

— ¡ Por vida mía ! exclamó Dubois ; sería una cosa muy divertida que él despidiese á su convidado, para quedarse solo con las dos damas.

— Indudablemente, sería muy divertido, repitió el regente ; pero no tengas cuidado que suceda.

En efecto, mientras que el duque y Dubois continuaban hablando, el caballero de M<sup>\*\*\*</sup> se retiró ; por lo tanto, habiendo Luis de Orleans quedado solo con las dos damas, que realmente se durmieron, sacó de su bolsillo un lapicero y un gran rollo de papeles, los desdobló, poniéndose por último á hacer anotaciones en el margen con un ardor del todo teológico, en medio de los platos todavía humeantes y de las botellas medio vacías.

— Si el principe, dijo el regente, perteneciese á la rama primogénita, sería para mi la mayor des-

gracia. ¡ Que se diga ahora que yo educo á mis hijos con la esperanza de que llegen un día á sentarse en el trono !

— Monseñor, dijo Dubois, os aseguro que me he puesto malo.

— ¡ Ah ! Dubois, ¡ mi hija menor jansenista, la mayor filósofa, y mi hijo teólogo ! Vamos, es cosa para desesperarse. Dubois, te juro á fe de caballero, que si no tratara de contenerme, mandaría quemar á todos esos seres malignos.

— Cuidado, monseñor; si los mandaseis quemar, se diría que sois una continuación del gran rey y de la Maintenón.

— ¡ Que vivan pues ! pero, ¿ no comprendes lo que quiero decir ? Ese imbécil que escribe ya libros en folio, camina hacia la locura á pasos agigantados; verás como después de mi muerte hará quemar por mano del verdugo mis cuadros de Daphnis y de Chloé.

Luis de Orleáns siguió poniendo sus apuntes por espacio de diez minutos, poco más ó menos, y después que hubo concluido, guardó cuidadosamente el manuscrito en su bolsillo, llenó un gran vaso de agua, mojó en ella una corteza de pan, recitó una corta oración y soboreó con cierto placer aquella parca cena de anacoreta.

— ¡ Penitencias ! murmuró el regente fuera de sí; pero Dubois, dime, ¿ quién diablos le ha enseñado todo esto ?

— Monseñor, contestó Dubois, puedo juraros que no he sido yo.

El príncipe se levantó y tocó de nuevo la campanilla.

— ¿ Ha vuelto mi carruaje ? preguntó al lacayo que entró.

— Sí, monseñor.

— Está bien, me marchó; respecto á estas damas que duermen, os pondréis á sus órdenes cuando despierten.

El lacayo hizo un profundo saludo, y el príncipe salió ostentando el continente de un arzobispo cuando echa bendiciones.

— ¡ Maldito seas ! pues me has obligado á presenciar semejante espectáculo, dijo desesperado el regente.

— ¡ Sois un padre dichoso, tres veces dichoso, monseñor ! vuestros hijos van á hacerse canonizar por instinto ; ¡ parece increíble que haya todavía quien calumnie á esa santa familia ! ¡ Por mi capelo de cardenal, quisiera que los príncipes legitimados estuvieran aquí !

— ¡ Pues bien ! dijo el regente, yo les demostraría el modo con que un padre repara las faltas de su hijo... Ven, Dubois.

— Monseñor, no os comprendo.

— Dubois, voy creyendo que el contagio también se ha apoderado de ti.

— ¿ De mi ?

— Si, de ti... Allí hay dispuesta una opípara cena... unos vinos exquisitos que parecen decir: bebednos..., además dos ninfas dormidas que están deseando despertar... ¿no me comprendes todavía! Dubois, tengo hambre; Dubois tengo sed; entremos y volvamos á tomar las cosas en donde ese estúpido las ha dejado. ¿Me entiendes ahora?

— A fe mia, es una idea peregrina, respondió Dubois frotándose las manos; monseñor, sois el único hombre que os conserváis siempre á la altura de vuestra reputación.

Las dos damas continuaban durmiendo: Dubois y el regente abandonaron su escondrijo, y entraron en el comedor. El príncipe fué á sentarse en el lugar que ocupaba pocos momentos antes su hijo, y el abate el del caballero de M<sup>...</sup>.

El duque de Orleans se apoderó de un cuchillo, cortó el bramante de una botella de vino de Champagne, y el ruido que hizo el tapón al saltar despertó á las dormidas.

— ¡ Ah ! ¿conque por fin os decidís á beber?

— ¿Y tú á despertar? contestó el duque.

La voz del regente hirió el tímpano de la desventurada dama de tal modo, que sólo puede compararse al que produciría un sacudimiento eléctrico; se restregó los ojos como si no estuviese del todo segura de estar despierta, se incorporó á medias, y reconociendo al duque, se dejó caer sobre su sitial, pronunciando dos veces el nombre

de Julia. Esta se hallaba como fascinada por la mirada burlona y el ceño horriblemente feo de Dubois.

— Vamos, vamos, Souris, dijo el regente; veo que eres una buena muchacha, pues me has dado la preferencia; yo te invité á cenar por medio de Dubois, y á pesar de estar ocupada bajo todos conceptos, has aceptado, por lo cual te doy las gracias.

La compañera de la Souris, más azorada aún que ésta, miraba alternativamente á Dubois, al príncipe y á su amiga, sufriendo su rostro continuas alteraciones.

— Vamos, ¿qué tenéis, señorita Julia? preguntó Dubois; ¿monseñor se habrá equivocado quizás, y vendriais acaso por otros?

— Me parece que no he dicho semejante cosa, respondió apresuradamente Julia.

— La Souris prorrumpió en una estrepitosa carejada, y dijo:

— Si es monseñor el que nos ha hecho venir, demasiado lo sabe; por consiguiente es ocioso el preguntar: si por el contrario no lo es, lo tengo por una indiscreción, y creo de mi deber el no contestar.

— ¡Magnífico! exclamó el duque riendo; ¿no te decía yo, abate, que esta muchacha tenía mucho talento?

— Y yo, monseñor, repuso Dubois escanciando á

las demas y tocando apenas con los labios un vaso de vino de Champagne, ¿no os aseguraba que el vino era excelente?

— Vamos á ver, Souris, dijo el regente, ¿ será posible que no reconozcas este vino!

— A fe mía, monseñor, replicó la bailarina, tocante al vino sucede lo que con los amantes.

— ¡ Ya, ya! conozco que no puedes tener mucha memoria. ¡ Souris, eres sin disputa la muchacha, no sólo más linda, sino también la más virtuosa que yo he conocido! ¡ Oh! sobre todo tu corazón es incapaz de abrigar el menor átomo de hipocresía! añadió el regente lanzando un suspiro.

— Vaya, monseñor, replicó la Souris; puesto que tomáis las cosas por ese estilo...

— ¡ Y bien! ¿ qué?...

— Ahora voy á interrogaros á mi vez,

— Empieza y responderé.

— ¿ Entendéis de sueños?

— En efecto, los advino.

— Entonces, ¿ podréis explicarme el mio?

— Mejor que nadie, Souris. Además, si me quedase corto en la explicación, aquí está el abate que me pone en cuenta dos millones por año por ciertos gastos secretos que tienen por objeto el averiguar los sueños buenos y malos que hay en mi reino.

— ¿ Y bien?

— Que si yo me quedo corto, el abate concluirá. Ahora, pues, di tu sueño.

— Monseñor, habéis, de saber que cansadas de esperar, Julia y yo nos hemos quedado dormidas.

— Sí, sí, ya lo sé, y también que estabais sumamente gozosas cuando hemos entrado.

— ¡ Oh! monseñor, yo estaba durmiendo, y además soñaba.

— ¿ Es eso cierto?

— Sí, monseñor; ignoro si Julia también soñaba ó no; pero yo creía ver lo siguiente.

— Escucha, Dubois; se me figura que esto ha de ser interesante.

— En el sitio que ocupa el señor abate, se hallaba un oficial de quien yo no hacía ningún caso, pues me parecía que se encontraba allí por Julia.

— ¿ Ois, señorita? ¡ Vaya una terrible acusación que os hacen! Julia, que no poseía tanta presencia de ánimo, y que en contraposición á la Souris, de cuyas excursiones amorosas comunmente participaba, por lo cual la llamaban el ratón, en lugar pues de contestar á la reconvencción de Dubois, no hizo más que ponerse como la grana.

— ¿ Y en mi lugar, quién estaba? preguntó el duque.

— ¡ Ah! he aquí justamente donde quería venir á parar, repuso la Souris; en el sitio que ocupa ahora monseñor, se hallaba, por supuesto, tened

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"F. ANJO REYES"  
1965 MONTERREY, MEXICO

presente, monseñor, que esto era siempre en sueños...

— ¡ Por vida de la mujer ! exclamó el regente ; ya estamos ; acaba pronto.

— Se hallaba un bello joven de quince á diez y seis años, que se le hubiera podido tomar por una linda niña, á no ser que hablaba en latín.

— ¡ Ah, mi pobre Souris ! ; qué es lo que me cuentas !

— Finalmente, después de más de una hora de conversaciones teológicas, de disertaciones en extremo interesantes sobre san Jerónimo y san Agustín, y de cálculos sumamente luminosos acerca de Jansenio, os lo confieso con franqueza, monseñor, me pareció (no olvidéis que continuaba soñando) ; me pareció, repito, que me iba quedando dormida.

— ¿ De suerte que en este momento crees todavía estar bajo la influencia de un sueño ?

— Es cierto, y me parece tan complicado, que á fe mía, ansiosa de que me diesen de él alguna explicación, no pudiendo dármela yo misma, y juzgando inútil el pedírsela á Julia, me dirijo para obtenerla á vos, monseñor, que según decís sois un gran adivino.....

— Souris, replicó el duque, llenando de nuevo la copa á su vecina, prueba formalmente el vino ; pues creo que has hecho una injuria á tu paladar.

— En efecto, monseñor, repuso la Souris des-

pués de haber apurado su copa ; este vino me recuerda otro que no he bebido más que en....

— ¿ El Palacio Real ?

Justamente.

— Pues bien ; si no has bebido de este vino más que en el Palacio Real, es una prueba de que no lo hay más que allí ; ¿ no es ] cierto ? Además, tú eres bastante inteligente para hacer justicia á mi bodega.

— ¡ Oh ! de todo corazón, le rindo un tributo extraordinario.

— Entonces, si no hay vino como este más que en mi bodega, ¿ quién á no ser yo puede haberlo mandado aquí ?

— ¡ Vos, monseñor !

— Yo ó Dubois ; bien sabes que éste, además de la llave de la gaveta, posee la de la bodega.

— La llave de la bodega, puede ser, dijo la señorita Julia, que se aventuró por último á soltar algunas palabras ; pero la de la gaveta... lo dudo mucho.

— ¿ Oyes, Dubois ? gritó el regente.

— Monseñor, contestó el abate ; según vuestra alteza habrá observado, la niña habla poco ; pero cuando por casualidad lo hace es sentenciosamente, como san Juan Pico de oro.

— ¡ Y si yo he enviado aquí este vino, no podía ser más que para el duque de Orleans !

— Pero el caso es que hay dos, replicó la Souris.

— ¡Oiga! dijo el regente.

— El padre y el hijo, Felipe de Orleans y Luis de Orleans.

— ¡Que te quemas, Souris, que te quemas!

— ¡Cómo! exclamó la bailarina, recostándose en el sitial y prorrumpiendo en estrepitosas carcajadas; ¡cómo! ¿ese joven, ó por mejor decir, esa niña, ese teólogo, ese jansenista?...

— Sigue.

— ¿A quien veía en sueños?

— Si.

— ¿Aquí en este sitio?

— En el lugar que yo ocupo ahora.

— ¿Era monseñor Luis de Orleans?

— El mismo en persona.

— ¡Ah! monseñor, añadió la Souris, ¡cuán poco se os parece vuestro hijo, y qué satisfecha estoy de haberme despertado!

— No me sucede á mi otro tanto, dijo Julia.

— ¡Y bien! ¿no os lo decía yo, monseñor? Julia, hija mía, continuó el abate, vales tanto oro como pesas.

— ¿Entonces, Souris, dijo el regente, sigues pues amándome como siempre?

— Y de tal modo, que la pasión que me domina ha llegado á degenerar en debilidad.

— ¿Á pesar de tus sueños?

— Si, monseñor, y aun á veces á causa de ellos.

— Poco lisonjero es si todos tus sueños se asemejan al de esta noche.

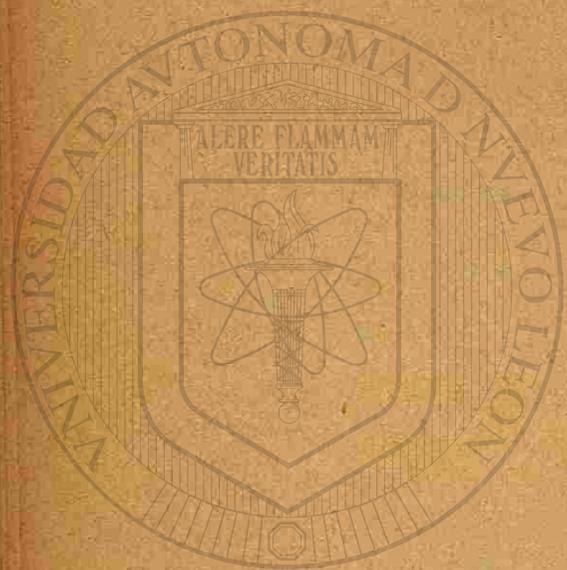
— ¡Ah! no crea vuestra alteza que tengo siempre pesadillas.

Después de esta respuesta, que confirmó al regente en la opinión de que la Souris era realmente una muchacha de talento, la interrumpida cena volvió á continuar con más alegría, durando hasta las tres de la madrugada. Á esta misma hora el duque conducía á la Souris al Palacio Real en el coche de su hijo, al propio tiempo que Dubois acompañaba á Julia á su casa en el carruaje de su alteza.

Pero el regente, que difícilmente había vencido la tristeza producida por los extraordinarios acontecimientos de aquella noche, escribió una carta antes de acostarse, y llamó á su ayuda de cámara.

— Tomad, le dijo; cuidad de que esta carta sea llevada ahora mismo por un correo extraordinario, y que se entregue en manos propias.

Aquella carta iba dirigida á madama Úrsula, superiora de las Ursulinas de Clisson.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

LA

## HIJA DEL REGENTE

---

I

De lo que pasaba tres noches después á cien leguas del palacio real

Tres noches después de aquella en la que para sufrir tan larga serie de desengaños hemos visto al regente correr sucesivamente de París á Chelles, de Chelles á Meudón, y de Meudón al Arrabal de San Antonio, tenia lugar en las cercanías de Nantes una escena de la cual no nos es posible omitir los menores detalles sin perjudicar á la inteligencia de esta historia; por lo tanto, en virtud de nuestro privilegio de novelistas, nos trasladaremos en compañía de los lectores al sitio de los nuevos acontecimientos que vamos á referir.

En el camino de Clisson, á dos ó tres leguas de Nantes, próximo al convento célebre por la estan-

cia en él del insigne Abelardo, se veía una casa elevada y negra circuida de árboles fuertes como son la mayor parte de los que crecen en Bretaña: setos al lado del camino, setos al rededor del recinto, setos en fin por todas partes, espesos, impenetrables aun á la vista y cortados é interrumpidos solamente por una alta verja de madera coronada de una cruz, y que servía de puerta. Tal era el aspecto exterior que presentaba esta casa tan bien guardada; además la verja no daba entrada sino á un jardín á cuyo extremo se veía una tapia, en medio de la cual se divisaba una puertecita baja, pero maciza, que conducía al interior, aunque entonces estaba cerrada. Desde lejos aquel edificio solitario y triste parecía una prisión donde se ocultaban sombríos dolores; de cerca era un convento de religiosas Agustinas sujetas á una regla muy poco severa con respecto á las costumbres de la provincia, pero rígida comparándola con las de Versalles y París.

La casa era, pues, inaccesible por tres de sus fachadas; pero la cuarta, que miraba al camino, estaba apoyada en un ancho estanque que bañaba sus cimientos: á diez pies por cima de la superficie líquida y movable caían las ventanas del refectorio.

Este pequeño lago, así como lo restante del convento, parecía cuidadosamente vigilado. Rodeábanlo altas empalizadas, que desaparecían al otro lado del

estanque detrás de las elevadas cañas que sobresalían entre las anchas hojas de *nimphaea* flotantes á flor de agua, y en cuyos intervalos se abrían frescos y suaves cálices blancos y amarillos, semejantes á las lises en miniatura. Por la tarde bandadas de pájaros, principalmente de estorninos, abatían su vuelo sobre los cañaverales, dejando oír sus melodiosos trinos y alegres gorjeos hasta la desaparición del astro vivificador del día. Entonces, con las primeras sombras de la noche, se habría dicho que el silencio se extendía y penetraba de lo exterior á lo interior: formábase en el lago un ligero vapor parecido á la lejana humareda de las cabañas de una aldea, el cual iba subiendo como una blanca fantasma al través de la oscuridad: finalmente, tan sossegada calma era interrumpida de vez en cuando por el prolongado canto de la rana, el grito agudo del mochuelo, ó el chillido monótono del baho.

Una sola verja de hierro se destacaba sobre el lago, y al propio tiempo daba paso franco á un pequeño río que le surtía de aguas, y que del lado opuesto salía por otra verja semejante, pero sólida, que jamás se abría. Además, era del todo imposible entrar por debajo de ninguna de estas verjas, signiéndolo el curso del río ó remontándose contra la corriente, porque las barras entraban profundamente en su madre.

En el verano veíase balancear entre los cárdenos lirios, juncos y espadañas que crecían á las orillas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

del lago, una barquilla amarrada á la misma verja, toda tapizada de hierbas, ocultando esta verde cubierta el orin que la humedad del sitio habia producido en el hierro.

La barca pertenecía al jardinero, que se servía de ella con frecuencia para echar las redes ó el esparavel en los puntos más abundantes de peces, proporcionando entonces á las pobres reclusas el medio de distraerse algún tanto de su fastidio con el espectáculo de la pesca.

Pero también algunas veces en verano, aunque sólo en las noches más oscuras, la verja del río se abría misteriosamente: un hombre silencioso y embozado en una capa entraba en la barquilla, que parecía desamarrarse por sí sola, y deslizándose sin ruido, como impelida por un soplo invisible, iba á detenerse junto á las tapias del monasterio hasta colocarse debajo de una de las ventanas enrejadas del refectorio. Entonces se oía una seña que imitaba el canto de la rana, el grito del mochuelo ó el chillido del buho, y una joven se presentaba en aquella ventana de hierros, bastante desunidos para que pudiese pasar su rubia y hermosa cabeza, pero demasiado elevada para que el hombre de la capa hubiese podido jamás llegar á tocar la mano de la doncella, á pesar de los repetidos esfuerzos que para ello habia hecho.

Era, pues, indispensable contentarse con una conversación sumamente tímida y tierna, y cuya

mitad arrebatava el murmullo del agua ó el sonido de la brisa. Después de trascurrída así una hora, comenzaban las despedidas, que duraban otra; luego, cuando los jóvenes quedaban convenidos en hablarse otra noche, y en una seña diferente, la barquilla se volvía por el mismo camino que habia traído, cerrábase la verja con igual silencio, y el hombre se alejaba, enviando á la reja un beso que la joven acogía con un suspiro.

Mas dejémosnos ahora de hablar de lo que sucedía en el verano, y vamos á tomar el interrumpido hilo de nuestra relación. Antes hemos dicho que nos hallábamos en el mes de febrero del terrible invierno de 1719: los bellos y copudos árboles están cubiertos enteramente de escarcha; los cañaverales se ven abandonados por sus alegres huéspedes, que se han refugiado á más templados climas, y la casa negra parece más triste y sombría aun, envuelta en ese blanco manto que la cubre como un sudario desde sus techos brillantes con la escarcha, hasta sus vestibulos alfombrados de nieve. Á consecuencia de esto, la barca no podía atravesar el estanque por estar helada toda su superficie.

Sin embargo, á pesar de la oscuridad de la noche y del frío penetrante; á pesar de la completa ocultación de las estrellas, un caballero solo, sin lacayo, salía por la gran puerta de Nantes y se aventuraba á atravesar el campo, siguiendo, no el camino real

que de Nantes conduce á Clisson, sino uno de travesía que iba á terminar al mismo camino á unos cien pasos de los fosos. Apenas entró en él, dejó caer la brida sobre el cuello de su cabalgadura, excelente caballo de raza, que en vez de correr desalentado, como lo hubiera hecho otro menos diestro, se contentó con tomar un frote moderado que le dejaba sentar los caseos con seguridad y precaución en el camino, el cual parecía llamo como una mesa de billar, pero que estaba sembrado de pedazos de roca ocultos traidoramente bajo la nieve. Todo fué bien por espacio de un cuarto de hora: la brisa, sin poder oponerse á la acelerada marcha del caballero, hacía ondular los pliegues de su capa; los árboles, como negros esqueletos, huían á derecha é izquierda cual fantasmas, mientras que la reverberación de la nieve, única luz que guiaba al osado caballero, iluminaba el camino lo puramente indispensable para que el caballo pudiese seguirlo; pero, en breve, no obstante las precauciones instintivas del animal, tropezó con una enorme piedra que casi le hizo caer. Este movimiento duró lo que un relámpago: en cuanto el caballo sintió la brida, se enderezó; pero el caballero, por profundas que fuesen sus reflexiones, no pudo menos de notar que su corcel cojeaba. Al principio no hizo caso de ello y continuó su camino; pero observando que la cojera iba cada vez más en aumento, se apeó creyendo que acaso se le habría introdu-

cido en el casco alguna piedrecilla. Examinó la mano, que le pareció no solamente desherrada sino sangrienta; y en efecto, tendió la vista sobre la nieve, y las manchas rojizas que la cubrían en aquel sitio no le dejaron duda de que estaba herido.

Este fatal accidente disgustó mucho al joven, y reflexionaba evidentemente el modo de remediarlo, cuando de pronto creyó oír el ruido de varios caballos; púsose á escuchar un momento para cerciorarse de que no se engañaba; después, convencido á no dudar de que muchos hombres á caballo se adelantaban por el mismo camino, y calculando que si aquellos hombres iban en su persecución no dejarían de alcanzarle, tomó al punto su partido; montó á caballo con prontitud, se retiró diez pasos del camino, se ocultó detrás de unos árboles derribados, colocó su espada desnuda debajo del brazo, sacó una pistola del arzón, y esperó.

En efecto, varios caballeros se acercaban á todo escape, y á pesar de las tinieblas, distinguíanse sus oscuras capas y el caballo blanco de uno de ellos. Eran cuatro y marchaban sin hablar; por su parte, el desconocido detenía la respiración, y el caballo, como si hubiese adivinado el peligro que corría su amo, permanecía inmóvil y silencioso como él. La cabalgata, no percibiendo el menor ruido, signió su camino dejando atrás el montón de árboles caídos que escondían al jinete y su caballo. El joven se creía ya libre de aquellos importunos, cuando de

improvisó vió que se detenían. El que parecía jefe se apeó, sacó de debajo la capa una linterna sorda, y encendiéndola, iluminó aquella parte del camino. Como éste cesaba de presentar las huellas que habían seguido hasta allí, juzgaron que se habrían adelantado al objeto que buscaban; volvieron atrás, reconocieron el sitio en que el caballero y el caballo se habían desviado del camino, y entonces, el que llevaba la linterna, la dirigió hacia el grupo de árboles, entre los cuales fué fácil á los de la cuadrilla distinguir, sin embargo de su inmovilidad, á una persona y un caballo.

Al punto se dejó oír el ruido de las pistolas que se amartillaban.

— ¡Hola! señores, gritó entonces el caballero que se había ocultado: ¿quién sois? ¿qué queréis?

— El es, murmuraron dos ó tres voces; no nos habíamos engañado.

Entonces el de la linterna continuó adelantándose hacia el desconocido.

— Si dais un paso mas, os mato; volvió á gritar el escondido caballero: decidme al momento quién sois, y lo que queréis.

— No mataréis á nadie, señor de Chanlay, respondió el de la linterna con voz tranquila; creedme, guardad vuestras pistolas.

— ¡Ah! ¿sois vos, marqués de Pontcalec? repuso aquel á quien habían dado el nombre de Chanlay.

— El mismo.

— ¿Y qué venis á hacer aquí?

— Vengo á pedir os algunas explicaciones acerca de vuestra conducta. Acercaos, pues, y tened la bondad de contestarme.

— ¡Marqués, me hacéis esa invitación de un modo singular! ¿no podriais, si deseáis que os conteste, hacerla en otros términos y darle otra forma?

— Acércate, Gastón, dijo otra voz; tenemos que hablarte de veras, querido.

— En hora buena, contestó Chanlay; conozco tu lenguaje, Montlouis; pero confieso que no estoy acostumbrado todavía á las maneras del señor de Pontcalec.

— Mis maneras son las de un bretón franco y severo, que nada tiene que ocultar á sus amigos, caballero, replicó el marqués, y que no se opone á que le interroguen del modo que él lo hace con los demás.

— Yo me uno á Montlouis, dijo otro, para rogar á Gastón que se explique amistosamente: me parece que nuestro principal interés está en no hacernos la guerra mutuamente.

— Gracias, de Couëdic, repuso el caballero; tambien soy de esa opinión. Por consiguiente, aquí estoy dispuesto á responder.

Después de estas palabras ya más conciliadoras, el joven guardó sus pistolas, volvió su acero á la

vaina, se acercó al grupo que estaba en medio del camino, y esperó á que le preguntasen.

— Señor de Talhouët, dijo el marqués con el tono de un hombre que ha adquirido ó recibido el derecho de mandar, vigilad á nuestro alrededor para que nadie se aproxime sin nuestra noticia.

Talhouët obedeció al momento, describiendo con su caballo un extenso círculo en torno del grupo, y no cesando de dirigir la vista y el oído á todos lados para dar cumplimiento á lo que le estaba encomendado.

— Y ahora, añadió el marqués de Pontcalec montando á caballo, apaguemos la linterna, puesto que ya hemos hallado á nuestro hombre.

— Señores, dijo entonces Chanlay, permitidme que os diga que me parece muy extraño lo que está pasando en este momento. Según veo, es á mí á quien seguís, á mí á quien buscáis; decís que me habéis hallado y que podéis apagar la linterna: ¿qué significa esto? Si es una broma, confieso que la hora y el sitio son poco á propósito...

— No, caballero, replicó el marqués de Pontcalec con su tono seco y duro; no es una broma, sino un interrogatorio.

— ¡ Un interrogatorio ! exclamó Chanlay frunciendo el ceño.

— Es decir, una explicación, añadió Montlouis.

— Interrogatorio ó explicación, repuso Pontcalec, poco importa. Las circunstancias son muy graves

para que nos detengamos en palabras : interrogatorio ó explicación, lo mismo da ; el caso es que respondáis á nuestras preguntas, señor de Chanlay.

— ¿ Sabéis que mandáis con dureza, señor marqués ?

— Si mando es porque tengo derecho para ello. Vamos á ver, ¿ soy ó no vuestro jefe ?

— Sí, lo sois ; pero esto no es una razón para que faltéis á las consideraciones debidas á un caballero.

— ¡ Ah, señor de Chanlay, señor de Chanlay ! creo que todas esas dificultades no son más que evasivas. Habéis jurado obedecer, y estáis obligado á cumplirlo.

— He hecho juramento de obedeceros, pero no como un lacayo.

— Pero si como un esclavo ; obedeced pues, ó de lo contrario sufriréis las consecuencias de vuestra desobediencia.

— ¡ Señor marqués !...

— Vamos, querido Gastón, repuso Montlouis ; habla, yo te lo ruego ; cuanto más pronto mejor. Con una palabra puedes quitarnos todo motivo de sospecha.

— ¡ Todo motivo de sospecha ! repitió Gastón pálido y trémulo de cólera : ¿ sospecháis acaso que os hago traición ?

— Cabalmente, replicó Pontcalec con su ruda franqueza. ¿ Creéis que si no fuese así nos habría-

mos divertido en seguiros con un tiempo como este?

— ¡Oh! entonces es diferente, marqués, respondió Gastón con frialdad; decidme en qué os fundáis; ya os escucho.

— Caballero, recordad los hechos: nosotros cuatro conspirábamos unidos; no solicitamos vuestro apoyo; vos vinisteis á ofrecérsosle, diciendo que además del bien general á que queriais contribuir, teniais una ofensa particular que vengar. ¿No es cierto lo que digo?

— En efecto.

— En seguida os recibimos y fuisteis acogido por nosotros como un amigo, más diré, como un hermano; os dimos parte de todas nuestras esperanzas, os confiamos todos nuestros proyectos; hay más: habéis sido elegido por la suerte para dar el golpe más útil y más glorioso. Cada uno de nosotros os ha ofrecido tomar á su cargo vuestra comisión, y vos habéis rechazado nuestras ofertas; ¿no es así?

— Hasta ahora, marqués, no habéis pronunciado una sola palabra que no sea la pura verdad.

— Ahora bien: esta mañana hemos echado suertes; esta noche debiais estar en camino para París... En vez de esto, ¿dónde os hallamos? ¡En el de Clisson, donde se anidan los más encarnizados enemigos de la independencia bretona, donde mora el mariscal de Montesquieu, nuestro mortal adversario!

— ¡Bah! bah! señor marqués, exclamó desdeñosamente Gastón.

— Contestad con palabras claras y no con sonrisas de desprecio; responded, señor de Chanlay, os lo mando; responded.

— Por favor, Gastón, añadieron á la vez de Couëdic y Montlouis; por favor, responde.

— ¿Y qué queréis que os diga?

— Explicanos tus frecuentes ausencias de dos meses á esta parte, el misterio en que envuelves tu vida negándote á asistir una ó dos veces por semana á nuestras reuniones nocturnas. Gastón, te lo confesamos sin rodeos; esos misterios y esas ausencias nos han inquietado. Una palabra, Gastón, y nos tranquilizaremos.

— Ya veis que os confesabais culpable, caballero, puesto que os escondiais en vez de continuar vuestro camino.

— No proseguía mi camino, porque se me había herido el caballo, según el rastro de sangre que habréis podido observar en la nieve.

— Pero, ¿por qué os ocultabais?

— Porque quería saber ante todo quiénes eran los que me perseguían; ¿no debo temer también que me prendan lo mismo que á vosotros?

— En fin, ¿á dónde ibais?

— Si hubieseis pasado adelante y seguido mis huellas, como lo habéis hecho hasta aquí, habríais visto que no era á Clisson.

— Mas, á París tampoco.

— Señores, os suplico que no desconfiéis de mí, y que respetéis mi secreto: es un secreto de joven, un secreto en que se halla comprometido mi honor, y todavía más, el de otra persona; acaso no sabéis hasta qué punto, tal vez exagerado, llevo la delicadeza en estas materias.

— Luego, ¿ es un secreto de amor? dijo Montlouis.

— Sí, señores, y de primer amor, añadió Gastón.

— Esas son excusas, repuso Pontcalec.

— ¡ Marqués! repitió Gastón con altivez.

— Y no es mucho decir, amigo mio, replicó de Couëdic. ¿ Cómo hemos de creer que vas á una cita con un tiempo tan perverso, y que el lugar de esta no es Clisson, cuando si se exceptúa el convento de las Agustinas, no hay una sola habitación en dos leguas á la redonda?

— Señor de Chanlay, dijo el marqués de Pontcalec en extremo agitado, habéis hecho juramento de obedecerme como á jefe, consagrándoos en cuerpo y alma á nuestra santa causa: señor de Chanlay, el asunto que hemos emprendido es grave; por él jugamos la libertad, los bienes, la cabeza y lo que vale más que todo esto, el honor. ¿ Queréis responder clara y categóricamente á las preguntas que voy á dirigiros en nombre de todos, contestando á ellas de un modo que no nos quede duda ninguna? Sino, señor de Chanlay, á fe de caballero

y en virtud del derecho de vida y muerte que libre y espontáneamente me habéis dada sobre vos mismo, os salto de un pistoletazo la tapa de los sesos.

Un triste y profundo silencio siguió á estas palabras: ni una voz se levantó para defender á Gastón: fijó la vista en sus amigos, y éstos apartaron de ella sus ojos.

— Marqués, dijo entonces Chanlay con voz conmovida, no solamente me insultáis sospechando de mí, sino que me herís en lo más íntimo de mi corazón, afirmando que no puedo destruir vuestras sospechas sino revelando mi secreto. Mirad, añadió rasgando una hoja de su cartera y escribiendo en ella algunas palabras con lápiz, en esta mano tengo el secreto que queréis saber, y en esta otra una pistola amartillada; elegid: ó me dais una satisfacción del ultraje que me habéis hecho, ó á mi vez os juro por la fe de caballero, que introduzco en mi cabeza la carga que contiene la pistola. Cuando haya muerto abriréis mi mano y leeréis lo que dice este papel; y entonces comprenderéis que no había dado lugar á que tuvierais de mí semejantes sospechas.

Dicho esto, Gastón acercó la pistola á sus sienes con aquella fría resolución que indica que los hechos van á seguir á las palabras.

— ¡ Gastón! ¡ Gastón! exclamó Montlouis, mientras que de Couëdic le asia el brazo... ¡ detente

en nombre del cielo! Marqués, lo haría como lo dice: perdonadle, y nos lo dirá todo. ¿No es verdad, Gastón, que descubrirás ese secreto á tus hermanos, cuando te supliquen que se lo reveles en nombre de sus esposas y de sus hijos?

— Ciertamente, dijo el marqués, ciertamente que le perdono y le amo. ¡Pardiez! ¡bien lo sabe él! Que nos pruebe su inocencia, y al momento le doy todas las satisfacciones que quiera; pero, ¡antes, nada! Es joven, está solo en el mundo; no tiene como nosotros mujer, madre ó hijos cuya felicidad y cuyo bienestar exponga; no arriesga más que su vida, y hace de ella el caso que suele hacerse á la edad de veinte años; pero con su vida juega la nuestra... y sin embargo, que diga una palabra, que presente una justificación por sencilla que sea, y soy el primero que le abro mis brazos.

— Pues bien, marqués, dijo Gastón después de algunos instantes de silencio, seguidme; vuestro deseo quedará satisfecho.

— ¿Y nosotros? preguntaron de Couëdic y Mont-louis.

— Venid también; sois caballeros, y lo mismo arriesgo confiando mi secreto á los cuatro que á uno solo.

El marqués llamó á Talhouët, que durante aquella conversación había permanecido de centinela, el cual fué á reunirse al grupo, siguiendo al caballero

sin hacer la más mínima pregunta acerca lo que había pasado.

Los cinco individuos continuaron su camino, pero con más lentitud, porque el caballo de Gastón seguía cojeando. El caballero que servía de guía les condujo al convento que ya conocemos. Al cabo de media hora llegaron á las márgenes del pequeño río. Gastón se detuvo á diez pasos de la verja diciendo:

— Aquí es.

— ¡Cómo! ¿en ese convento de Agustinas?

— Aquí mismo, señores; hay en ese convento una joven á quien amo desde que la vi hace un año en la procesión del Corpus en Nantes; ella también reparó en mi, la seguí é hice llegar á sus manos una carta.

— Pero, ¿cómo os componéis para verla? preguntó el marqués.

— Cien luises han puesto de mi parte al jardinero; me ha dado otra llave de esta verja, y en tiempo de verano llego en una barquilla hasta el pie de las tapias del convento. Á diez pies de la superficie del agua hay una ventana desde donde ella me aguarda. Si la noche fuese más clara podríais distinguirla, pues á pesar de la oscuridad yo la veo.

— Si, ya entiendo cómo lo haréis en verano, replicó el marqués: pero en este tiempo la barca no puede llegar hasta allí á causa de los hielos.

— Es cierto, mas la costra de éstos hace para mí el mismo efecto: esta noche iré andando por el hielo; tal vez se quiebre bajo mis pies, y me hunda; tanto mejor, porque entonces espero que vuestras sospechas se hundirán conmigo.

— ¡Ah! me quitas de encima un enorme peso, dijo Montlouis! Pobre Gastón, ¡qué satisfacción me causas! porque no habrás olvidado que de Couëdic y yo hemos respondido de ti.

— ¡Ah caballero! exclamó el marqués, perdonadnos y abrazadme.

— Con mucho gusto, marqués, pero habéis destruido una parte de mi felicidad.

— ¿Cómo?

— Sí, yo quería ser solo en saber que amaba; ¡tengo tanta necesidad de ilusión y de valor!... ¿No voy á dejarla esta noche para no volver á verla jamás?

— ¡Quién sabe, caballero! ¡me parece que tenéis pocas esperanzas en el porvenir!

— Bien sé lo que digo, amigo mío.

— Si vuestro objeto tuviese buen éxito, entonces la Francia os debería su libertad, y vos seriais dueño de cuanto os agradase.

— ¡Ah! marqués, el beneficio sería para vos; en cuanto á mí, tengo ya fijada la suerte.

— Vamos, caballero, valor. Pero entretanto permitidnos que os veamos maniobrar un poco en vuestras empresas amorosas.

— ¡Aun desconfiáis, marqués!

— Siempre, querido Gastón: desconfío hasta de mí mismo; además, habiéndome hecho el honor de nombrarme jefe vuestro, toda la responsabilidad pesa sobre mí. Debo, pues, vigilaros á todos.

— En ese caso, mirad: tengo tanta prisa por llegar al pie de esa pared, como vos de verme allí: no os haré esperar mucho tiempo.

Terminadas estas palabras, Gastón ató su caballo á un árbol. Merced á una tabla atravesada sobre el río y que servía de puente, abrió la verja, y habiendo seguido algún rato la empalizada á fin de alejarse del sitio en que la corriente impedía la congelación, puso un pie sobre el hielo, que produjo un crujido sordo y prolongado.

— ¡En nombre del cielo! exclamó Montlouis en voz baja, Gastón, no seas imprudente.

— Me confío á la Providencia, respondió éste. Mirad, marqués.

— Gastón, repuso Pontcalec, os creo, os creo.

— Eso redobla mi valor, dijo Chanlay.

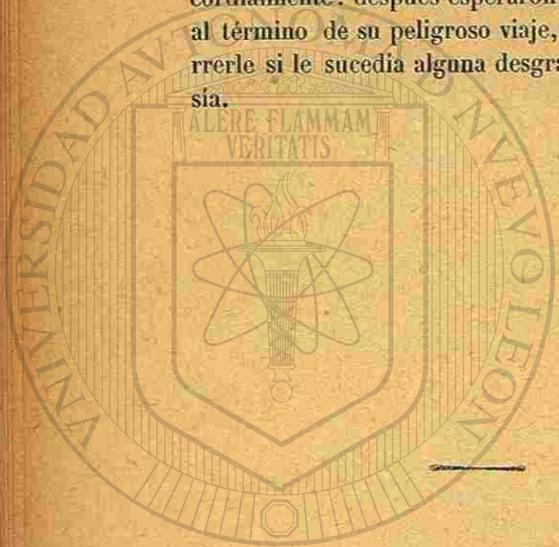
— Una sola palabra, Gastón; ¿cuándo marcharéis?

— Mañana á estas horas, marqués, habré andado ya probablemente veinticinco ó treinta leguas en dirección de Paris.

— Ea, volved y os abrazaremos.

— Con mucho gusto.

Gastón volvió, y los cuatro amigos le abrazaron cordialmente: después esperaron hasta que llegase al término de su peligroso viaje, prontos á socorrerle si le sucedía alguna desgracia en la travesía.



## II

De como la casualidad coordina algunas veces las cosas de modo que parecen providenciales.

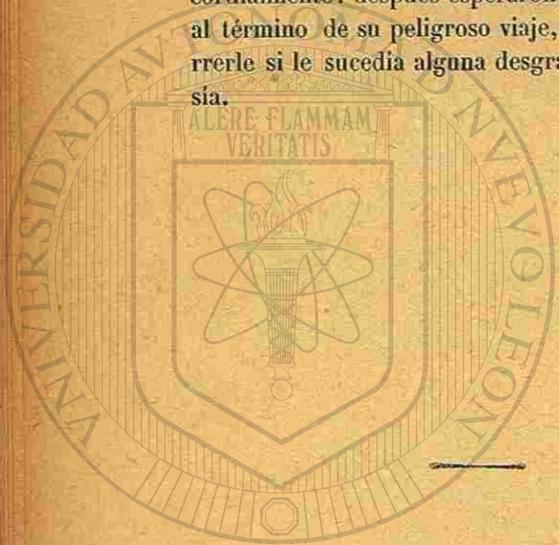
Sin fijar la atención en los fuertes crujidos que daba el hielo, producidos por el peso de su cuerpo, prosiguió Gastón osadamente su camino, porque á medida que se aproximaba, veía que las lluvias del invierno habian aumentado las aguas del pequeño lago, y que más elevado éste, desde el pie de la pared indudablemente alcanzaria á la ventana; idea que le hacia palpar de gozo el corazón.

Nose engañaba: llegado al término de su camino, juntó las manos acercándoselas á los labios, imitó el grito del mochuelo y la ventana se abrió.

Al mismo tiempo, en dulce recompensa del peligro que habia corrido, vió aparecer la encantadora cabeza de su amada á la altura de la suya, mientras que una mano delicada y de un calor agradable procuraba encontrar la del caballero. Esta era la primera vez: Gastón cogió aquella mano con transporte y la cubrió de besos.

— Gastón, ¡ al fin habéis venido sin barquilla y

Gastón volvió, y los cuatro amigos le abrazaron cordialmente: después esperaron hasta que llegase al término de su peligroso viaje, prontos á socorrerle si le sucedía alguna desgracia en la travesía.



## II

De como la casualidad coordina algunas veces las cosas de modo que parecen providenciales.

Sin fijar la atención en los fuertes crujidos que daba el hielo, producidos por el peso de su cuerpo, prosiguió Gastón osadamente su camino, porque á medida que se aproximaba, veía que las lluvias del invierno habian aumentado las aguas del pequeño lago, y que más elevado éste, desde el pie de la pared indudablemente alcanzaria á la ventana; idea que le hacia palpar de gozo el corazón.

Nose engañaba: llegado al término de su camino, juntó las manos acercándoselas á los labios, imitó el grito del mochuelo y la ventana se abrió.

Al mismo tiempo, en dulce recompensa del peligro que habia corrido, vió aparecer la encantadora cabeza de su amada á la altura de la suya, mientras que una mano delicada y de un calor agradable procuraba encontrar la del caballero. Esta era la primera vez: Gastón cogió aquella mano con transporte y la cubrió de besos.

— Gastón, ¡ al fin habéis venido sin barquilla y

con un frío tan intenso, á pesar de habérselo prohibido en mi carta! Apenas la habéis recibido cuando.....

— Con vuestra carta puesta sobre mi corazón, Elena mía, he creído no correr ningún peligro..... Pero, ¿ qué cosa tan triste y tan seria tenéis que decirme? ¿ Habéis llorado?

— ¡ Ah! desde esta mañana no he hecho otra cosa.

— ¡ Desde esta mañana! murmuró Gastón con triste sonrisa, ¡ es singular! si yo no fuese hombre, me habria sucedido lo mismo.

— ¿ Qué decís, Gastón?

— Nada, amiga mía. Vamos, tranquilizaos: ¿ cuáles son vuestros pesares, Elena? decidmelo.

— ¡ Ay de mí! ya sabéis que no puedo disponer de mi persona, que soy una pobre huérfana criada aquí, y que no conozco más patria ni más mundo que este convento. Jamás he visto á nadie á quien pueda dar los dulces nombres de padre ó madre; ésta creo que ha muerto, y con respecto á mi padre, siempre me han dicho que estaba ausente. Dependo pues de un poder invisible que sólo se ha manifestado á mi superiora: esta mañana la buena madre me ha llamado, y con las lágrimas en los ojos me ha anunciado mi partida.

— ¡ Vuestra partida, Elena! ¿ conque abandonáis el convento?

— Si, Gastón; mi familia me reclama.

— ¡ Vuestra familia! ¡ Dios mio! ¿ qué nueva desgracia nos espera?

— ¡ Oh! si, es una desgracia, Gastón, aunque al principio la excelente superiora me ha felicitado por ella como si fuera fortuna; pero era yo tan dichosa en este convento, que no pedía al Señor otra cosa más que permanecer en él hasta el momento en que fuese vuestra esposa. Dios lo ha dispuesto de otro modo; ¿ qué va pues á ser de mí!

— ¿ Y esa orden que os saca del convento?...

— Es irrevocable, Gastón. ¡ Ah! soy al parecer de una familia poderosa, la hija de un gran señor..... cuando mi buena superiora me ha participado que era indispensable separarme de ella, me he puesto á llorar amargamente, he abrazado sus rodillas, y la he dicho que no deseaba más sino el estar siempre á su lado. Entonces, al verme tan alligida, ha sospechado que tendria algún otro motivo más poderoso que el que yo la daba; en vista de lo cual me ha hecho varias preguntas: perdonadme, Gastón, necesitaba confiar mi secreto á alguno; tenia precisión de ser compadecida y consolada. Se lo he dicho todo, Gastón; que os amaba, y que vos me amabais; todo menos el medio que habíamos adoptado para vernos, porque temí que si se lo manifestaba me impidiese veros por última vez, y daros el postrer adiós.

— ¿ Pero no habéis dicho, Elena, cuáles eran mis proyectos acerca de vos? ¿ no habéis dicho que for-

mando yo ahora parte de una asociación que dispone de mis por el término de seis meses, quizás por un año, pasado este tiempo, el día en que por último quede libre, ni nombre, mi mano, mi fortuna, toda mi vida en fin os pertenece ?

— Se lo he dicho, Gastón, y esto es lo que me hace pensar que soy hija de algún gran señor, porque entonces la buena madre Úrsula me ha respondido: Es necesario olvidar al caballero, hija mía ; porque, ¿ quién sabe si vuestra nueva familia consentiría en semejante unión ?

— ¿ Pero no soy yo de una de las familias más antiguas de Bretaña ? sin ser muy rico, ¿ no disfruto de una posición independiente ? ¿ Le habéis hecho esta observación, Elena ?

— ¡ Oh ! sí, sí, le he dicho: Gastón me quería, á pesar de ser huérfana y pobre; podrán separarme de él; pero hacer que le olvide, jamás; sería el colmo de la más negra ingratitud.

— ¡ Elena, sois un ángel ! ¿ Y no sospecháis quienes puedan ser esos parientes que os reclaman, cuál sea ese porvenir oscuro que os está reservado ?

— No ; parece que este es un secreto profundo, inviolable, del cual pende mi futura felicidad. Me temo, repito, que esos parientes sean señores muy poderosos, porque he creído notar (acaso me he engañado), que la superiora me hablaba... yo no sé cómo decíroslo, Gastón, me hablaba con respeto.

— ¡ Á vos, Elena !

— Sí.

— Entonces, tanto mejor, repuso Gastón arrojando un suspiro.

— ¡ Cómo tanto mejor ! exclamó Elena ; Gastón, ¿ os alegraríais de nuestra separación ?

— No, Elena ; pero tengo la mayor satisfacción en saber que habéis hallado una familia en el momento mismo en que quizás vais á perder un amigo.

— ¡ Perder un amigo, Gastón ! yo no tengo más amigo que vos ; ¿ acaso os voy á perder ?

— Por lo menos me veo obligado á dejaros por algún tiempo, Elena.

— ¿ Qué queréis decir ?

— Que el destino ha querido igualarnos en todo, y que no sois vos la única que ignoráis lo que os espera mañana.

— ¡ Gastón, Gastón ! ¿ qué significa ese extraño lenguaje ?

— Que yo también, Elena, soy impulsado por una fatalidad, á la cual es preciso que obedezca ; que yo también me hallo sometido á un poder superior é irresistible.

— ¿ Vos ? ¡ oh Dios mío !

— Á un poder que me condenará tal vez á abandonaros dentro de ocho días, de quince, de un mes... no solamente á abandonaros, sino también á salir de Francia.

— ¡ Ah ! qué me decís, Gastón !

— Lo que mi amor, ó más bien mi egoísmo, no me había permitido comunicaros antes. Yo esperaba casi con indiferencia el momento que por fin ha llegado. Esta mañana mis ojos se abrieron. Es indispensable que os deje, Elena.

— Pero ¿ por qué ? ¿ qué vais á hacer ? ¿ qué va á ser de vos ?

— ¡ Ah ! cada uno tenemos nuestro secreto, Elena, dijo el caballero moviendo tristemente la cabeza : lo único que pido á Dios es que el vuestro no sea tan terrible como el mio.

— ¡ Gastón !

— Elena, ¿ no habéis sido vos la primera que habéis dicho que era preciso separarnos, la primera que habéis mostrado valor para renunciar á mi ? Pues bien, os bendigo por ese valor de que me dáis ejemplo, porque yo... ¡ oh ! os lo confieso ; yo... no lo tenía. »

Al terminar estas palabras, el joven apoyó de nuevo sus labios sobre aquella hermosa mano que Elena no había pensado en retirar de las suyas ; á pesar de los esfuerzos que hacía para serenarse, su amada percibió que vertía copiosas lágrimas.

— ¡ Oh, Dios mio, Dios mio ! murmuró, ¿ qué hemos hecho al cielo para ser tan desgraciados ?

Al oír esta exclamación, Gastón levantó la cabeza.

— Vamos, dijo, como si hablara consigo mismo ; vamos, valor. Hay en la vida circunstancias contra las cuales es inútil luchar : obedezcamos pues, cada

uno por nuestra parte. Elena, obedezcamos sin oposición, sin murmurar ; quizás haremos cambiar la suerte á fuerza de resignación. Decidme, ¿ podré veros aun otra vez antes de vuestra partida ?

— No lo creo posible, pues que marchó mañana.

— ¿ Y qué camino lleváis ?

— El de París,

— ¡ Cómo ! vais pues á...

— París.

— ¡ Gran Dios ! exclamó Gastón, y yo también.

— ¡ Y vos también, Gastón !

— ¡ Y yo también ! y yo también es necesario que marche : Elena, padecíamos una equivocación ; ya veis que no nos separamos,

— No os comprendo, Gastón.

— Quiero decir, que no teníamos razón en acensar á la Providencia, y que ésta se venga concediéndonos más de lo que nos hubiéramos atrevido á pedirle. No sólo podremos vernos en todo el camino, sino también en París. Pues bien, en París no estaremos enteramente separados. ¿ Y en qué carruaje marcháis ?

— Según creo, en el coche del convento : debe llevar caballos de posta, pero haremos pequeñas jornadas para que no me fatigue demasiado.

— ¿ Con quién vais ?

— Con una religiosa que me dan para que me compaÑe, y que volverá al convento cuando me

haya dejado en poder de las personas que me esperan.

— Entonces todo se compone perfectamente, Elena. Yo os seguiré á caballo como un viajero cualquiera: todas las noches podré hablaros; si por el contrario no es posible, á lo menos tendré el placer de veros; de modo que no estaremos separados más que á medias.

Al concluir los dos jóvenes su amorosa plática, á pesar de haberla comenzado con lágrimas, se despidieron con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón, según comunmente acontece en esa edad en la cual se tiene la más completa confianza en el porvenir.

Gastón atravesó el helado estanque por segunda vez, con la misma felicidad que la primera, y se dirigió al árbol en que dejó atada su cabalgadura; pero en lugar de su caballo herido, encontró el de Montlouis, y gracias á esta galantería de su amigo, se halló de vuelta en Nantes en poco menos de tres cuartos de hora, sin haber tenido en el camino ningún otro mal encuentro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### III

#### El viaje

Durante el resto de la noche, Gastón escribió su testamento, el cual depositó por la mañana en manos de un escribano de Nantes.

Legaba todos sus bienes á Elena de Chaverny, suplicándola al mismo tiempo, que si él moría, no por eso renunciase al mundo, sino que dejase seguir á su bella existencia la suerte que le estaba destinada: solamente, en atención á ser él último vástago de su familia, la rogaba que en memoria suya diese el nombre de Gastón á su primer hijo.

Después pasó á ver por última vez á sus amigos, y principalmente á Montlouis, con quien tenía más intimidad y era el que con más calor lo había defendido la noche antes; les manifestó la confianza completa que abrigaba de obtener un éxito feliz en su empresa; recibió de Pontalec la mitad de una moneda, y una carta que debía entregar á cierto capitán llamado La Jonquiere, corresponsal de los conjurados en París, el cual debía poner á Gastón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

haya dejado en poder de las personas que me esperan.

— Entonces todo se compone perfectamente, Elena. Yo os seguiré á caballo como un viajero cualquiera: todas las noches podré hablaros; si por el contrario no es posible, á lo menos tendré el placer de veros; de modo que no estaremos separados más que á medias.

Al concluir los dos jóvenes su amorosa plática, á pesar de haberla comenzado con lágrimas, se despidieron con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón, según comunmente acontece en esa edad en la cual se tiene la más completa confianza en el porvenir.

Gastón atravesó el helado estanque por segunda vez, con la misma felicidad que la primera, y se dirigió al árbol en que dejó atada su cabalgadura; pero en lugar de su caballo herido, encontró el de Montlouis, y gracias á esta galantería de su amigo, se halló de vuelta en Nantes en poco menos de tres cuartos de hora, sin haber tenido en el camino ningún otro mal encuentro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### III

#### El viaje

Durante el resto de la noche, Gastón escribió su testamento, el cual depositó por la mañana en manos de un escribano de Nantes.

Legaba todos sus bienes á Elena de Chaverny, suplicándola al mismo tiempo, que si él moría, no por eso renunciase al mundo, sino que dejase seguir á su bella existencia la suerte que le estaba destinada: solamente, en atención á ser él último vástago de su familia, la rogaba que en memoria suya diese el nombre de Gastón á su primer hijo.

Después pasó á ver por última vez á sus amigos, y principalmente á Montlouis, con quien tenía más intimidad y era el que con más calor lo había defendido la noche antes; les manifestó la confianza completa que abrigaba de obtener un éxito feliz en su empresa; recibió de Pontalec la mitad de una moneda, y una carta que debía entregar á cierto capitán llamado La Jonquiere, corresponsal de los conjurados en París, el cual debía poner á Gastón

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

en relaciones con los personajes importantes que iba á buscar á la capital; puso en su maleta todo el dinero que pudo reunir, y acompañado tan sólo de un criado, cuyo nombre era Ovén, que estaba sirviéndole hacia tres años y de quien creía poder fiarse, salió de Nantes, sin querer que sus cuatro compañeros le acompañasen, á causa de no infundir sospechas.

Eran las doce: el camino estaba hermoso; un magnífico sol de invierno iluminaba los campos deslumbrantes con la nieve; las gotas de agua congelada pendían de las ramas de los árboles, reflejando los rayos del sol cual si fueran estalactitas de diamantes, y con todo, aquel camino se hallaba casi desierto. Ni delante ni detrás de sí podía Gastón alcanzar á ver el coche verde y negro del convento, que él conocía tanto, y en el que las buenas Agustinas de Clissón enviaban á buscar ó llevaban las colegialas á sus familias. Gastón, seguido de su lacayo, caminaba manifestando en su rostro esa alegría mezclada de angustia que comprime el corazón del hombre á la vista de las bellezas de la naturaleza, y que un acontecimiento fatal é inevitable puede hacerle perder para siempre.

Gastón y sus amigos habían concertado, antes de marchar aquél, su itinerario hasta Mans; pero multitud de razones movieron al joven á invertir el orden establecido. En primer lugar, el hielo había puesto el camino sumamente resbaladizo; obstáculo

insuperable, y que Gastón habría mirado como tal aunque no lo hubiera sido, porque, como ya sabemos, le convenia ir despacio; solamente por no dar sospechas al criado, fingió apresurarse: puso su caballo al trote; pero habiéndolo resbalado dos veces y habiendo caído el de Ovén, se aprovechó de esta circunstancia tan natural para continuar su marcha al paso.

El lacayo, desde el momento en que emprendieron la partida, parecia tener más prisa que su señor; bien es verdad que pertenecía á esa clase de gentes que desean siempre llegar pronto, porque comprendiendo que los viajes sólo pueden producir incomodidades y trabajos, quieren abreviarlos cuanto antes. Además, Ovén adoraba á Paris en perspectiva: jamás lo había visto, pero le habían contado de él cosas maravillosas, según decía; y si hubiera podido colocar alas en las masas y pies de los caballos, á pesar de ser mal jinete, habría salvado la distancia en muy pocas horas.

Gastón caminó, pues, pausadamente hasta Oudón; pero por mucha calma que llevase, iba todavía más despacio el coche de las Agustinas de Clissón. En aquel tiempo las postas de los caminos reales, excepto para los que con el látigo en la mano podían hacer andar, no á los caballos, sino á los postillones, eran menos aceleradas que nuestras diligencias, y especialmente cuando conducían señoras.

El caballero hizo alto en Oudón: eligió la posada del *Carro coronado*, la cual tenía dos balcones salientes que dominaban el camino; habiendo sido informado además de que era la mejor y la más afamada del pueblo, y en la que paraban casi todos los coches.

Mientras se preparaba la comida, que serían poco más ó menos las dos de la tarde, Gastón, á pesar del frío tan penetrante que se dejaba sentir, se puso al balcón de centinela, sin perder de vista un solo instante el camino; pero no distinguió en todo lo que sus miradas podían abarcar más que pesadas galeras y carruajes llenos de gente: nada vió que se pareciese al anhelado coche verde y negro.

Entonces en su impaciencia pensó que Elena habría llegado antes y podría estar ya en la posada; en su consecuencia pasó rápidamente del balcón á que se hallaba asomado, á otro que daba á los patios, y desde el cual podían verse todos los carruajes que había en ellos. El coche del convento no estaba allí, pero no por eso dejó de detenerse Gastón algún tiempo en su observatorio, porque vió á su lacayo hablando cautelosamente con un hombre vestido de paño gris y cubierto con una especie de capote militar. Aquel hombre, después de su conversación con Ovén, montó en un excelente caballo de posta, y á pesar de la nieve y del hielo, salió de la posada como si tuviera sus razones para andar

de prisa, aun cuando debiera romperse la cabeza por correr; pero no tropezó ni cayó, y en el ruido que hacia el caballo galopando, adivinó Gastón que se dirigía á París.

En aquel momento el lacayo alzó los ojos y vió á su amo que le observaba; púsose muy colorado, y como hombre sorprendido cometiendo alguna falta, procuró disimular su turbación limpiándose las vueltas de la casaca y sacudiendo la nieve que tenía en el calzado. Gastón le hizo seña de que se llegase hasta el pie de la ventana, y aunque esta orden le era evidentemente desagradable, sin embargo obedeció.

— ¿Con quién hablabas, Ovén? preguntó el caballero.

— Con un hombre, señor, respondió el criado con aquel aire entre malicioso y estúpido propio de los aldeanos.

— Bien; ¿pero quién es ese hombre?

— Un viajero, un soldado que me preguntaba el camino.

— ¿El camino? ¿para dónde?

— Para Rennes.

— Pero, no siendo tú de Oudón, ¿cómo habías de saberlo?

— Se lo he preguntado al patrón.

— ¿Por qué no iba él mismo á preguntárselo?

— Á causa, según me ha dicho, de haber tenido con él cierta disputa acerca del precio de su

comida ; siendo este el motivo por el cual no quería dirigirle la palabra.

— ¡ Hum ! murmuró Gastón.

Nada era más natural que todo esto ; sin embargo, Gastón entró pensativo en su cuarto. Aquel hombre, que á la verdad siempre le había servido fielmente, era sobrino del primer ayuda de cámara del señor de Montarán, antiguo gobernador de Bretaña, que había sido reemplazado por Mr. de Montesquieu á consecuencia de las continuas reclamaciones de la provincia : el tío de Ovén fué también el que le hizo la brillante descripción de París, lo cual produjo en su corazón el fuerte deseo de ver la capital, deseo que contra todas las probabilidades iba á realizarse.

Pero bien pronto las sospechas concebidas por Gastón acerca de Ovén se disiparon, reflexionando que necesitaba de todo su valor para la empresa que pensaba acometer. Sin embargo, no se borró enteramente de su memoria la mala impresión que le causara ver á aquel hombre del capote gris hablar con su criado ; por otra parte, por más que miraba á todos lados, no veía llegar el coche verde y negro.

En un momento de exaltación le asaltó á la mente la siguiente idea : « los corazones más puros abrigan también á veces malos pensamientos ; ¿ acaso Elena se habría valido de aquel pretexto para separarse de él amistosamente y sin ruido ? » Mas

al punto reflexionó que en un viaje todo son inconvenientes, y que por lo tanto nada tenía de particular la tardanza. Volvió á la mesa, aunque ya hacia mucho tiempo que había acabado de comer, y como Ovén entrase entonces á levantar los mantales y le mirase sorprendido, dirigiéndose á él, le dijo :

— Trae vino.

Ovén, que había tenido buen cuidado de llevarse la botella apenas empezada, por considerar que le pertenecía de derecho, mirando con asombrado ademán á su amo, ordinariamente tan sobrio, repitió :

— ¡ Vino !

Gastón, que necesitaba aparentar tranquilidad, del mismo modo que antes le había sucedido á su criado, gritó con voz estentórea y con aire de impaciencia :

— ¡ Si, vino ! quiero beber : ¿ es eso por ventura alguna cosa digna de admiración ?

— No, mi amo, respondió Ovén dirigiéndose á la puerta del cuarto y llamando á un mozo, que á los pocos momentos trajo otra nueva botella.

Gastón se echó un vaso de vino, lo apuró de un solo trago, y en seguida lo llenó segunda vez.

Ovén le miraba atónito.

En fin, pensando que estaba en su obligación y en su interés al propio tiempo, pues que aquella botella también le pertenecía, el detener á su amo

en la peligrosa senda en que parecía decidido á aventurarse, le dijo :

— Señor, he oído decir con frecuencia que el beber, haciendo un frío tan penetrante, causa mucho daño. No olvidéis que hoy tenemos que andar todavía bastante, y que cuanto más permanecemos aquí, más frío pasaremos luego, prescindiendo de que si tardásemos mucho, podría suceder que no encontrásemos caballos de posta.

Gastón, abismado en sus reflexiones, nada contestó á esta observación, por más justa que fuese.

— Permittedme que os haga observar, señor, continuó Ovén, que son las tres, y á las cuatro y media ya es casi de noche.

La pertinacia de su lacayo chocó á Gastón, que le dijo :

— ¡ Mucha prisa tienes, Ovén! ¿ has quedado citado con el viajero que te preguntaba el camino?

— Bien sabéis, señor, que eso es imposible, respondió Ovén sin turbarse; porque ese viajero se dirigía á Rennes y nosotros vamos á Paris.

Con todo, bajo el imperio de la mirada fija de su amo, no pudo impedir Ovén que le salieran los colores al rostro, y Gastón abría ya los labios para hacerle otra pregunta, cuando oyó el ruido de un carruaje que venía por el camino de Nantes: corrió al balcón y... era el coche verde y negro. Al verle Gastón todo lo olvidó, y dejando á Ovén recobrar

su serenidad del modo que quisiese, se precipitó fuera del cuarto.

Llególe entonces la vez á Ovén de asomarse al balcón para ver qué importante objeto llamaba la atención de su amo. Hizolo así en efecto, y divisó el coche verde y negro que paraba. Un hombre cubierto con un tosco capote de monte bajó primero del pescante y abrió la portezuela; después vió Ovén bajar á una dama tapada con un largo velo negro, y luego una religiosa Agustina. Las dos señoras, al anunciar que marcharian después de comer, pidieron una habitación separada.

Mas para llegar á aquella habitación era preciso atravesar la sala pública, donde Gastón, indiferente al parecer, estaba de pie cerca de la chimenea. Elena y el caballero cambiaron una ojeada rápida, pero significativa; y Gastón con indecible placer vió que el hombre del capote era el jardinero del convento, el mismo que le habia dado la llave de la verja. En las circunstancias en que se encontraba, aquel hombre era para él un poderoso auxiliar.

No obstante, Gastón con una calma que hacía honor al dominio que tenia sobre si mismo, le dejó pasar; pero observando que el jardinero atravesaba el patio y entraba en la caballeriza, le siguió, porque estaba impaciente por hacerle varias preguntas, pues temía que no tuviese orden de acompañar á Elena más que hasta Oudón, volviéndose desde allí al convento inmediatamente.

Pero á las primeras palabras el joven se tranquilizó: el jardinero acompañaba á las dos damas hasta Rambouillet, término momentáneo del viaje de Elena, y después daba la vuelta á Clisson con Sor Teresa, que así se llamaba la religiosa que iba en compañía de la joven señorita.

Al fin de esta conversación que había tenido lugar á la entrada de la caballeriza, Gastón alzó los ojos, y vió á su vez que Ovén le estaba mirando. La curiosidad de su lacayo le desagradó altamente.

— ¿Qué haces ahí? le preguntó.

— Señor, aguardo vuestras órdenes.

Ciertamente, nada tenía de extraño que un lacayo desocupado mirase por una ventana. Limitóse, pues, Gastón á fruncir las cejas en señal de disgusto.

— ¿Conocéis á ese muchacho? preguntó Gastón al jardinero.

— ¿Á Ovén, vuestro criado? respondió éste admirado de semejante pregunta; ya lo creo, como que somos paisanos.

— Lo siento, murmuró Gastón.

— ¡Oh! es un excelente muchacho, repuso el jardinero.

— No importa; no hay que hablarle un palabra de Elena.

El jardinero se lo prometió, pues le interesaba mucho el guardar secreto acerca de sus relaciones con el caballero. Al descubrirse que entregaba la

llave á una persona extraña, se hubiera seguido inmediatamente la pérdida de su destino, lo cual habría sido una gran desgracia para él que sabía á las mil maravillas lo lucrativa que era la plaza de jardinero de un convento de Agustinas.

Gastón volvió á entrar en la sala pública, donde halló á Ovén que le esperaba. Siendo preciso alejarle de allí, le mandó que fuese á ensillar los caballos.

Entretanto el jardinero había apurado á los postillones para que se dieran prisa, los cuales no habían hecho más que desenganchar y volver á enganchar. El coche se hallaba, pues, dispuesto para la marcha, y sólo faltaban las viajeras, que después de una corta y frugal comida, porque era día de ayuno, atravesaron de nuevo la sala. Á la puerta encontraron á Gastón con la cabeza descubierta, y pronto á ofrecerlas la mano para subir al coche. Estas galanterías por parte de los jóvenes señores estaban muy en uso en aquella época: además Chanlay no era enteramente desconocido á la religiosa Agustina; recibió, pues, sus cumplimientos sin hacerse demasiado la mozigata, y aun le mostró su reconocimiento por medio de una graciosa sonrisa. Se supone que después de haber ofrecido la mano á Sor Teresa, tuvo Gastón el derecho de ofrecérsela á Elena: este era el objeto que deseaba conseguir, según fácilmente nuestros lectores habrán podido comprender.

— Señor, dijo Oven detrás del caballero, los caballos están dispuestos.

— Bien, respondió Gastón; voy á tomar un vaso de vino, y marcharemos.

Gastón saludó por última vez á las dos damas, y el coche emprendió su marcha, mientras Chanlay subía á su cuarto y con gran admiración de su lacayo se hacia servir otra botella, porque la segunda habia desaparecido como la primera: verdad es que del contenido de las tres no habia bebido en todo vaso y medio.

Esta nueva detención le hizo ganar un cuarto de hora, al cabo del cual, no viendo ningún motivo para permanecer en Oudón, y teniendo casi tanta prisa de marchar como Ovén, montó á caballo y partió seguido de aquél.

Apenas habrian andado un cuarto de legua, cuando al volver un recodo del camino vieron á cincuenta pasos de ellos el coche verde y negro atascado en un bache, después de haber roto el hielo que lo cubria. A pesar de los esfuerzos que hacia el jardinero para levantar la rueda, y de las exhortaciones del postillón á los caballos, acompañadas de latigazos, el carruaje permanecía inmóvil.

Este accidente habia sido, á no dudarlo, dispuesto por la Providencia. Gastón no podia dejar á dos damas solas en semejante trance, sobre todo cuando el jardinero, viendo á su paisano Ovén, que hasta entonces no le habia conocido bajo aquel

capote de monte, le pidió por favor que le ayudara. El caballero y su lacayo echaron pie á tierra, y como la buena religiosa Agustina tenia mucho miedo, abrieron la portezuela para que se apeasen ambas damas, sacando en seguida el coche del atasco con el poderoso auxilio de Gastón y Ovén, después de lo cual, volviendo á subir, continuaron su camino.

Pero el conocimiento estaba hecho, y comenzaba por un servicio prestado, motivo suficiente para poner al caballero en una excelente posición. Adelantábase la noche, y Sor Teresa habia preguntado á Gastón si el camino era seguro: la pobre religiosa, que jamás habia salido de su convento, creia los caminos reales infestados de salteadores. Chanlay se guardó muy bien de tranquilizarla enteramente tocante á este punto, y únicamente le dijo, que como hacia la misma jornada que ellas, y contaba detenerse en Ancenis, él y su criado escoltarian el coche hasta allí. Semejante oferta tranquilizó á la buena Sor Teresa, que la aceptó sin vacilar como un generoso obsequio.

En esta comedia desempeñó Elena admirablemente su papel, lo que prueba que una doncella, por sencilla y candorosa que sea, tiene en si misma el instinto del disimulo, que sólo espera una ocasión oportuna para desarrollarse.

Prosiguieron su camino en dirección á Ancenis, y como era estrecho, escabroso y resbaladizo, y

la noche se acercara, Gastón continuó colocado junto á la portezuela, facilitando este incidente el que Sor Teresa le hiciese varias preguntas. Entonces supo que el joven se llamaba el caballero de Livry, y que era hermano de una de las educandas más queridas de las Agustinas, de cuyo convento había salido hacia tres años para casarse con Montlouis; con tal recomendación, Sor Teresa no vió ya ningún inconveniente en aceptar la escolta del caballero, cuya opinión se guardó muy bien Elena de combatir.

Detuviéronse en Ancenis, según antes habían anunciado. Gastón, siempre con la misma atención y disimulo, ofreció la mano á las dos damas para bajar del coche. El jardinero confirmó cuanto Gastón había dicho acerca de su parentesco con la señorita de Livry, de modo que Sor Teresa, lejos de concebir ninguna sospecha, tenía á Gastón por uno de los más cumplidos y corteses caballeros, porque no se acercaba ni se alejaba jamás sino haciendo profundas reverencias.

Así, á la mañana siguiente experimentó una grande alegría, cuando al subir al coche encontró ya á caballo á Gastón y á su criado en el patio de la posada. Juzgamos casi ocioso decir que el caballero se apocó y con las reverencias de costumbre ofreció la mano á ambas damas. Al tiempo de llenar este galante deber con Elena, le entregó disimuladamente un billetito, manifestándole una rápida

mirada de la joven que aquella misma noche obtendría la respuesta.

El camino estaba en peor estado que el de la víspera, y como en este caso era mayor la necesidad de auxilio, Gastón no se separó ni un solo instante del coche. Á cada momento se atascaban las ruedas en un bache, y era preciso ayudar al postillón y al jardinero; otras veces se encontraba una cuesta bastante pendiente, y era indispensable que las damas se apeasen: así la pobre religiosa no sabía cómo expresar su agradecimiento á Gastón. « ¡Dios mío! decía de cuando en cuando dirigiéndose á Elena, ¡qué hubiera sido de nosotras si su Divina Majestad no hubiese enviado á nuestro socorro á este excelente caballero! »

Por la noche, poco antes de llegar á Angers, Gastón preguntó á las damas cuál era la posada donde pensaban apearse. La Agustina consultó un librito en el cual estaban señalados de antemano los puntos donde debían parar, y respondió que irían á apearse á la posada del *Candelero de oro*. Casualmente era la misma en que solía quedarse el caballero; por lo tanto, dispuso que Ovén se adelantase á tomar cuartos.

Al llegar, Gastón recibió un billete que Elena había escrito durante la comida, y que le dió al bajar del carruaje. ¡Ah! la pobre niña había ya olvidado todo lo que ella y su amante habían repetido en la noche de la entrevista por la reja:

hablaba de su amor como si debiese durar eternamente, y de su felicidad como si no tuviese por término el fin de su viaje.

Pero Gastón leyó la carta con profunda tristeza: no se hacía ilusiones; veía el porvenir como era en realidad, es decir, desesperado. Ligado como estaba por su juramento á una conspiración, enviado á Paris para cumplir una misión terrible, no tomaba la felicidad que entonces se le ofrecía sino como una suspensión de la desgracia; mas ésta estaba siempre allí al fin de aquel momento de satisfacción, tremenda y amenazadora.

No obstante, había ratos en el día en que todo esto se olvidaba; eran los en que Gastón iba á la portezuela del coche, ó daba el brazo á Elena para subir alguna penosa cuesta. Los dos amantes se dirigían entonces miradas tan tiernas, que el corazón se les deshacía de felicidad. Trocábanse entre ambos palabras que sólo ellos comprendían y que eran promesas de amor eterno. Iluminaban el rostro de Elena sonrisas celestiales, que por instantes abrían el paraíso al pobre caballero. A cada momento la joven asomaba su linda cabeza por la portezuela como para mirar al monte ó al valle; pero Gastón sabía muy bien que sólo á él miraba su amada, y que los montes y los valles, por pintorescos que fuesen, no habrían dado á sus ojos tan dulce languidez.

En el punto á que habían llegado sus relaciones

con las viajeras, Gastón tenía mil motivos para no separarse del carruaje, y supo aprovecharse de ellos. Éstos eran para el infortunado los primeros y últimos goces de su vida; maldecía su destino, que después de haberle dejado gustar por una vez la felicidad, le iba á privar de ella para siempre; olvidaba que era él mismo quien se había comprometido en la conspiración que en aquel instante le envolvía y estrechaba por doquier, obligándole á seguir el camino que conducía á la expatriación ó al cadalso; mientras que por el contrario, apartándose de él, descubría otro risueño y hermoso que le hubiera llevado directamente y sin obstáculo al templo de la dicha. Verdad es que al entrar en aquella conjuración fatal no conocía á Elena, se creía solo en el mundo, y el pobre insensato á los veintidos años pensó que la tierra le había negado para siempre sus goces, y privado de sus placeres. Un día vió á Elena, y desde aquel momento el mundo le pareció como era verdaderamente, es decir, lleno de promesas para el que sabe aguardar su cumplimiento, lleno de recompensas para el que sabe merecerlas. Pero ya era muy tarde; Gastón había penetrado en una senda que no le dejaba posibilidad de volverse atrás; era necesario ir adelante, y esperar el éxito, cualquiera que fuese, dichoso ó fatal, pero seguramente sangriento de la conjuración.

Así, en aquellos últimos instantes de felicidad

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

que le eran dados, nada era indiferente para el desventurado caballero; ni un apretón de mano, ni una palabra de los labios de su amada, ni un suspiro de su corazón, ni el contacto de sus pies por debajo de la mesa, ni el roce de su vestido al subir al coche, ni el dulce peso de su cuerpo cuando bajaba.

En todo esto, como puede creerse naturalmente, Oven era olvidado, y las sospechas que se habían introducido en el ánimo de Gastón en un acceso de mal humor, se disiparon como las sombrías aves de la noche huyen á la venida del día. Gastón no vió, pues, que desde Oudón á Mans había hablado Oven con otros dos hombres parecidos al que encontraron el primer día, y que, como aquél, tomaron el camino de París.

Pero Oven, que no estaba enamorado de Elena, nada perdía de cuanto pasaba entre los dos amantes.

Sin embargo, á medida que se adelantaban, Gastón iba poniéndose más triste, porque no contaba ya el tiempo por días sino por horas; hacia una semana que viajaban, y por despacio que fuesen, al fin tenían que llegar. Cuando al entrar en la posada de Chartres, la dueña de ésta, interrogada por Teresa acerca de la distancia que faltaba desde allí al término de su viaje, respondió con voz sonora é indiferente: «Mañana, con poca prisa que os déis, podréis llegar á Rambouillet,» creyó Gastón que

era como si hubiera dicho: mañana os separaréis de ella para siempre.

Elena notó la impresión profunda que estas pocas palabras hicieron en Gastón! púsose éste tan pálido, que la joven dió un paso hacia él preguntándole si se hallaba indispuerto; pero el caballero la tranquilizó con una triste sonrisa, que daba á entender cuál era la verdadera causa de su dolor.

Entretanto la joven tenía sus dudas. ¡ Ah ! la pobre niña amaba como las mujeres que verdaderamente aman, es decir, con la fuerza ó más bien con la debilidad suficiente para sacrificarlo todo al amor: no comprendía cómo un hombre no hallaba un medio de combatir la injusta voluntad del destino que los separaba. Aunque las puertas del convento estaban cerradas para esos libros desmoralizadores de la juventud, que se llaman novelas, algunos volúmenes descabalados de la *Clelia* y del *Gran Ciro* habían llegado hasta ella, leyendo cómo los caballeros y las damas de los tiempos antiguos salían del paso en circunstancias semejantes; esto es, huyendo de sus perseguidores y buscando algún venerable ermitaño que los casaba bienamente delante de una tosca cruz de madera y de un altar de piedra. Á veces también era necesario para arrancar á la doncella del poder de sus tiranos, sobornar guardias, derribar murallas, matar encantadores ó gigantes, lo cual no era cosa fácil, y que siempre se verificaba con mucha gloria del amante que-

rido. Ahora bien, en la actualidad nada de esto se oponía á su fuga ; no había más guardias que seducir que la pobre y tímida religiosa, ni más muralla que echar abajo que la débil portezuela de un coche, ni más encantador ó gigante que el jardinero, que á la verdad no parecia muy temible, y que por otra parte, si debía darse crédito á la historia de la llave, estaba dispuesto á servirles.

Elena no comprendía esa sumisión pasiva á los decretos de la Providencia, y en su interior hubiera querido ver al caballero hacer alguna cosa por luchar contra ellos.

Pero Elena era injusta con Gastón : las mismas ideas, preciso es confesarlo, se le habían ocurrido á él, y le atormentaban cruelmente. Adivinaba en las miradas de la joven, que una sola palabra suya bastaría para que le siguiera al fin del mundo. Tenía su maleta llena de oro : una noche, en vez de acostarse, podría Elena bajar, subir ambos á una verdadera silla de posta, y caminar como se hace en todos tiempos cuando se paga bien ; en dos días podrían llegar á la frontera, atravesarla y vivir libres y felices, no por una hora, por un mes, ni por año, sino por siempre.

Si ; pero había una palabra de por medio que se oponía á todo esto ; una reunión de letras que á los ojos de ciertos hombres representan algo, y en concepto de otros, nada : esta palabra era la siguiente : *honor*.

Gastón había empeñado su palabra ante cuatro hombres de honor como él. Estos cuatro hombres se llamaban, Pontcalec, Montlouis, de Couédic y Talhouët, y quedaria deshonrado si no la cumplierse.

Por esto el caballero estaba decidido á sufrir su desgracia en toda su extensión ; pero á cumplir su palabra. Es cierto que cada vez que alcanzaba esta victoria sobre si mismo, un dolor punzante le desgarraba el corazón.

En uno de estos combates, y en el momento en que acababa de vencerse, le había mirado Elena, y le vió ponerse tan pálido, que creyó iba á morir.

Así, ella esperaba que aquella misma noche Gastón haría algo, ó por lo menos hablaría ; porque aquella noche era la última : pero, con grande asombro suyo, Gastón no habló ni hizo nada, y Elena se acostó con el corazón angustiado y las lágrimas en los ojos, convencida de que no era amada como ella amaba.

Mas sin embargo, se engañaba ; porque Gastón aquella noche no se acostó, y al día siguiente estaba más pálido y desenchajado que nunca.

De Chartres, donde, como hemos dicho, pasaron la noche tristes y llorosos los dos amantes, salieron por la mañana para Rambouillet, término del viaje de Elena. En Chartres había también hablado Oven con uno de los hombres vestidos de gris, que parecían centinelas colocados en el camino ; y más contento que nunca por hallarse en fin cerca de Paris,

que tanto deseaba ver, apresuraba la marcha del convoy.

Almorzaron en una aldea; el almuerzo fué silencioso: la religiosa Agustina pensaba que por la noche volvería á tomar el camino de su querido convento; Elena creía que Gastón se decidiría antes de que fuese demasiado tarde, y Gastón reflexionaba que aquella misma noche iba á quedar privado de la dulce compañía de su amada para entrar en la terrible sociedad de hombres misteriosos y desconocidos, á quienes una empresa fatal iba á ligarle para siempre.

Á las tres de la tarde llegaron á una cuesta tan pendiente, que fué preciso apearse. Gastón ofreció su brazo á Elena; la Agustina tomó el del jardinero, y comenzaron á subir aquella. Los amantes iban, pues, el uno al lado del otro; y sus corazones parecían que querían salirse del pecho. Elena, silenciosa, sentía correr las lágrimas por sus mejillas; Gastón estaba como abrumado bajo un enorme peso, y no lloraba, á pesar de los muchos deseos que tenía, porque con el pretexto de que era hombre, no se atrevía á hacerlo.

Ambos amantes llegaron los primeros á lo alto de la cuesta, y allí, tendiendo su vista por el horizonte, vieron enfrente de ellos un campanario al rededor del cual se hallaban agrupadas bastantes casas, como las ovejas en torno de un pastor.

Aquel era Rambouillet; nadie se lo dijo, y sin

embargo, los dos lo adivinaron al mismo tiempo.

Gastón, aunque con el corazón más oprimido, puesto que no lloraba, rompió primero el silencio.

— Allá abajo, dijo extendiendo la mano en dirección al campanario, van á separarse nuestros destinos tal vez para siempre. ¡ Oh! Elena, yo os lo suplico; conservad mi memoria, y cualesquiera que sean los acontecimientos que sobrevengan, no la maldigáis jamás.

— No me habláis sino de cosas desesperadas, amigo mio, respondió Elena: tengo necesidad de valor, y en lugar de dármele me destrozáis el corazón. ¡ Dios mio! ¿ no tenéis nada que decirme que me cause á lo menos un poco de alegría? El presente es terrible, ya lo sé; ¿ pero será igual el porvenir? Al cabo, el porvenir constituye para nosotros muchos años: somos jóvenes y nos amamos; ¿ no existe acaso algún medio para luchar con el hado fatal que nos persigue? ¡ Oh Gastón! yo siento en mí una fuerza inmensa, y si vos me dijeseis... pero soy una insensata; yo soy quien sufre, y yo la que consuelo.

— Os comprendo, Elena, respondió Gastón moviendo la cabeza: me pedís una promesa, nada más que una promesa, ¿ no es verdad? Pues bien, mirad si soy desgraciado; yo no puedo prometeros nada: me pedís que espere, y yo desespero: si tuviese tan solo, no digo veinte, ni diez, un año mio, os le ofrecería, Elena, y me reputaría feliz.

Pero no sucede así; desde el momento en que os deje, me perdéis y os pierdo. Desde mañana ya no soy dueño de mí persona.

— ¡Desdichado! exclamó Elena tomando estas palabras en su sentido literal, ¿me habréis engañado diciéndome que me amabais? ¿Tendriais dada palabra á otra mujer?

— Pobre querida mía, repuso Gastón; sobre ese punto, al menos, puedo tranquilizaros: no tengo otros amores que los vuestros, ni he dado á ninguna sino á vos palabra de esposo.

— Entonces, todavía podemos ser felices. Gastón, si yo alcanzara de mi nueva familia que os considerase como mi marido...

— ¡Elena! ¿no veis que cada una de vuestras palabras me parte el corazón?

— ¡Pero al menos decidme alguna cosa!

— Elena, hay deberes á los cuales es imposible sustraerse, lazos que no se pueden romper.

— Ignoro cuáles sean, replicó la joven. Á mi me prometen una familia, riquezas, un nombre; pues bien, decid una palabra, Gastón, decidla, y lo abandono todo. ¿Por qué no habiais vos de hacer otro tanto?

Gastón bajó la cabeza sin responder. En aquel momento les alcanzó la hermana Agustina; la noche empezaba á tender su negro manto, por cuyo motivo sor Teresa no pudo advertir la alteración del semblante de los dos jóvenes.

Las damas volvieron al coche, el jardinero subió á su pescante, y Gastón y Ovén montaron á caballo, continuando todos su marcha para llegar á Rambouillet.

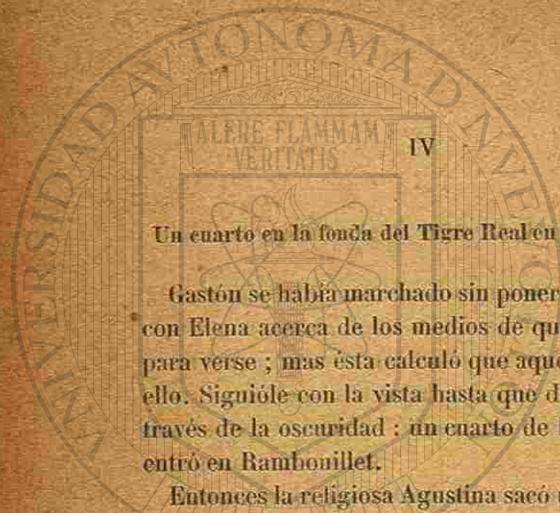
Á una legua de la población la religiosa Agustina llamó á Gastón, el cual se acercó otra vez á la portezuela.

Era para decirle que, como acaso saldrían á esperar á Elena, no era regular que sus parientes viesen que la acompañaban extraños, y hombres sobre todo, lo cual podría disgustarles. Gastón también había pensado en esto, pero sin atreverse á decirlo. Se aproximó pues un poco más. Elena esperaba... ¿el qué? Ni ella misma lo sabia. Esperaba que el pesar arrastraría á Gastón á cualquier extremo... Pero Gastón se contentó con hacer profunda reverencia, dió gracias á las damas por haberle permitido acompañarlas, y se dispuso á marchar.

Elena no era una mujer común, y pudo conocer en el semblante del caballero, que llevaba la muerte en el corazón.

— ¿Os despedís por fin, ó nos volveremos á ver? dijo resueltamente.

El joven dió otro paso más hacia Elena, y repitió con agitado acento: «Nos volveremos á ver, señorita, si me dispensáis ese honor.» Dicho esto, picó espuelas al caballo y se alejó al trote largo.



Un cuarto en la fonda del Tigre Real en Rambouillet.

Gastón se había marchado sin ponerse de acuerdo con Elena acerca de los medios de que se valdrian para verse ; mas ésta calculó que aquél cuidaría de ello. Siguióle con la vista hasta que desapareció al través de la oscuridad : un cuarto de hora después entró en Rambouillet.

Entonces la religiosa Agustina sacó un papel de su ancha faltriquera, y á la luz del reverbero colocado junto á la portezuela, leyó las señas siguientes :

— Señora Desroches ; fonda del Tigre Real.

Sor Teresa entregó el papel al postillón, y diez minutos después paraba el carruaje en la fonda indicada.

Al punto una mujer que esperaba en un cuarto inmediato á la puerta principal, salió precipitadamente, se adelantó hacia el coche, y haciendo una respetuosa reverencia, ayudó á bajar á las dos damas : en seguida, precedidas de un criado que llevaba dos faroles pintados, las condujo por una

calle de árboles á un vestibulo de hermosa apariencia. La señora Desroches se detuvo para dejar á Elena y á sor Teresa que subiesen una escalera, y al cabo de cinco minutos se hallaron sentadas en un muelle sofá enfrente de un vivo y chispeante fuego.

El aposento en que estaban era magnífico, grande y anueblado con elegancia ; revelábase en todas sus partes el gusto todavía severo de la época ; en cuanto á la arquitectura, era del estilo triste y majestuoso del gran reinado ; por encima, y enfrente de la chimenea, decoraban las paredes, cubiertas de seda, santuosos espejos de Venecia con dorados marcos ; y por último, pendía del techo una preciosa araña con multitud de brazos, sirviendo de *guarda-fuego* ó barandilla bonitos leones también dorados.

El salón tenía cuatro puertas : la primera era aquella por donde habían entrado ; la segunda conducía al comedor, iluminado, templado y con la mesa puesta ; la tercera daba á una alcoba adornada con decencia, y la cuarta estaba cerrada, y no podía abrirse.

Elena contemplaba sin asombro toda aquella magnificencia, el silencio de los criados y sus tranquilos modales y aire respetuoso, tan diferente de las fisonomías risueñas de los diligentes posaderos que había visto en el camino. La religiosa Agustina balbuceaba su *benedicite* y miraba con la mayor complacencia la succulenta cena que humeaba sobre la

mesa, regocijándose interiormente de que no fuese día de abstinencia.

Pasados algunos cortos instantes, la señora Desroches, que había acompañado á las dos viajeras hasta el salón, dejándolas en seguida solas, volvió á entrar, y acercándose á la religiosa le entregó una carta que ésta abrió con presteza.

La carta estaba concebida en los siguientes términos :

« Sor Teresa podrá pasar la noche en Rambouillet, ó volverse en seguida, si así le place. Recibirá doscientos luises, gratificación que ofrece Elena á su querido convento, y dejará su colegio al cuidado de la señora Desroches, honrada con la confianza de los parientes de Elena. »

Por bajo de estos renglones y en vez de firma, había una cifra que la religiosa confrontó con el sello de una carta que llevaba de Clisson ; luego que vió su identidad, dijo :

— Vamos, hija mía, vamos á separarnos después de cenar.

— ¡ Como ! exclamó Elena, para quien sor Teresa era ya el único vínculo que la unía á su vida pasada ; ¡ os vais tan pronto !

— Sí, querida mía. Verdad es que podría quedarme aquí esta noche, pero ya os lo he dicho, prefiero marcharme al punto, porque estoy impaciente por verme otra vez en mi deseada y santa casa de Bretaña, en la cual tengo ya mi arreglo de

vida, y donde nada me faltará sino vos, hija mía, para gozar de todas las satisfacciones.

Elena se arrojó llorando en brazos de la religiosa : recordaba su juventud pasada tan felizmente entre sus compañeras, que todas la amaban, ya porque su superiora les hubiese encargado que la respetasen, ya porque ella se hubiese hecho querer. Por una de esas ilusiones del pensamiento, que jamás explicará la ciencia, le vinieron á la memoria los verdes y frondosos árboles, el hermoso lago, las sonoras y argentadas campanas ; todo aquel tiempo en fin, que miraba ya como un sueño perdido, y que había pasado alegre y risueño por su imaginación.

La buena sor Teresa, por su parte, lloraba á lágrima viva, y aquel acontecimiento inesperado le quitó de tal modo el apetito, que se levantaba para irse sin cenar, cuando la señora Desroches recordó á ambas que la cena estaba servida, advirtiéndole de paso á sor Teresa que si iba á caminar toda la noche, no encontraría abierta ninguna posada, y por lo tanto no hallaría nada que comer hasta el siguiente día. Después de haberla hecho las anteriores reflexiones, la invitó á tomar algún refrigerio, ó á lo menos que se llevara algo para el camino.

Sor Teresa, convencida por este razonamiento de irresistible lógica, se decidió por último á ponerse á la mesa, y tanto rogó á Elena que le hiciese compañía, que al fin logró que se sentase delante

de ella, aunque resuelta á no probar bocado. La religiosa comió alguna fruta y bebió medio vaso de vino de España; después se levantó, abrazó de nuevo á Elena, la cual quería acompañarla hasta el carruaje; pero la señora Desroches hizo la observación que la fonda del Tigre Real estaba llena de gente, no siendo por lo tanto regular que dejase su cuarto y se expusiese á la vista de todos.

Elena entonces preguntó si podría ver al jardinero, que las había conducido; el pobre hombre había solicitado por su parte el favor de despedirse de la colegiala; pero nadie había atendido á sus sentimentales reclamaciones. Sin embargo, apenas oyó la señora Desroches manifestar á Elena semejante deseo, mandó que le dejaran subir, y fuéle permitido ver otra vez á aquella joven de quien creía iba á separarse para siempre.

En momentos críticos, y Elena se hallaba entonces en uno de estos, todos los objetos ó personas de quienes vamos á separarnos, se hacen más queridos á nuestro corazón. Así, pues, para ella la anciana religiosa y el pobre jardinero habían llegado á ser amigos, y experimentó el mayor desconsuelo al dejarlos, recomendándoles en el instante de marchar, á la una sus amigas y al otro sus flores, dirigiéndole al propio tiempo una mirada de gratitud por el favor de la llave de la verja.

Luego, como la señora Desroches viese que Elena

buscaba, aunque en vano, alguna cosa en sus bolsillos, porque el poco dinero que tenía lo llevaba en la maleta, le dijo:

— ¿Queréis algo, señorita?

— Sí, contestó Elena, hubiera querido dejar un recuerdo á este excelente hombre.

Entonces la señora Desroches dió á Elena veinte y cinco luises, y la joven, sin contarlos, se los entregó al jardinero cuyas lagrimas se aumentaron con tan inesperada muestra de generosidad.

Por último, fué preciso separarse: la puerta se cerró en pos de ellos: Elena corrió á la ventana; las vidrieras estaban cerradas y no se podía mirar á la calle: escuchó; un instante después oyó el ruido del carruaje que se alejaba poco á poco. Cuando cesó de oírse, Elena se dejó caer en un sillón.

La señora Desroches se acercó á ella, y la hizo observar, que aunque se había sentado á la mesa, no había tomado nada. Elena consintió en cenar; no porque tuviese apetito, sino porque esperaba ganar tiempo, pues suponía que aquella misma noche recibiría noticias de Gastón.

Sentóse, pues, á la mesa, invitando á la señora Desroches á que hiciese otro tanto; mas ésta no accedió hasta después de habérselo suplicado la joven muchas veces, y aun sentada no consintió en probar bocado, contentándose con servirla.

Concluida la cena, la señora Desroches enseñó á Elena la alcoba, y le dijo:

— Cuando necesitéis alguna cosa, tirad del cordón de la campanilla, y vendrá una doncella que está á vuestras órdenes; porque habéis de saber, que esta noche misma tendréis probablemente que recibir una visita...

— ¡Una visita!; exclamó Elena interrumpiendo á la señora Desroches.

— Sí, señorita, replicó ésta; una visita de uno de vuestros parientes.

— ¿Es quizás el que se interesa por mí?

— Desde que nacisteis, señorita.

— ¡Oh Dios mío! repuso Elena poniendo la mano sobre su corazón; ¿y decís que va á venir?

— Así lo creo, porque desea mucho conoceros.

— ¡Oh! murmuró Elena, me parece que voy á ponerme mala.

La señora Desroches acudió, y la sostuvo en sus brazos.

— ¿Tanto os asusta, le dijo, la idea de hallaros cerca de quien os ama?

— No es susto lo que siento, es emoción; ignoraba que era hoy el día en que me presentaría á él, y esta noticia que me habéis dado sin prepararme, me ha sorprendido.

— Pues aun no os lo he dicho todo, continuó la señora Desroches; esa persona se ve precisada á rodearse del mayor misterio.

— ¿Y por qué?

— Me está prohibido responder á esa pregunta, señorita.

— ¡Dios mío! ¿qué significan tales precauciones para con una pobre huérfana como yo?

— Son indispensables, creedlo.

— Pero, en fin, ¿en qué consisten?

— En primer lugar, no podéis ver el rostro de esa persona, porque si por casualidad la hallaseis fuera de aquí, no quiere que la conozcáis.

— Entonces, ¿esa persona vendrá enmascarada?

— No, señorita; pero se apagarán todas las luces.

— ¿Y nos quedaremos á oscuras?

— Justamente, señorita.

— Pero vos permaneceréis aquí, ¿no es verdad, señora Desroches?

— Señorita, siento mucho deciros que no, pues me está expresamente prohibido.

— ¿Por quién?

— Por la persona que debe venir á veros.

— Pero, ¿debéis una obediencia absoluta á esa persona?

— Más que eso, señorita; le debo un profundo respeto.

— ¿Es ilustre?

— De las más elevadas familias de Francia.

— ¿Y ese gran señor, es pariente mío?

— Muy inmediato.

— En nombre del cielo, señora Desroches, no me dejéis en esta incertidumbre.

— Ya he tenido el honor de deciros, señorita, que hay ciertas preguntas á las cuales me está expresamente prohibido responder. Y la señora Desroches hizo ademán de retirarse.

— ¿Me abandonáis? exclamó Elena.

— Os dejo para que os vistáis.

— Pero, señora...

La señora Desroches se inclinó profunda y respetuosamente, y salió andando de espaldas, cerrando la puerta tras sí.

## V

Un montero con la librea de S. A. R. monseñor el duque de Orleáns

Mientras que en la fonda del Tigre Real tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir, estaba en otro aposento del mismo edificio un hombre sentado cerca de un gran fuego, sacudiendo sus botas cubiertas de nieve, y desatando los cordones de una enorme cartera.

Este hombre vestía el traje de montero del duque de Orleáns: casaca encarnada con bordados de plata, calzón de ante, botas de montar y sombrero de tres picos galoneado también de plata.

La mirada era penetrante, su nariz larga y puntiaguda y llena de granos, su frente convexa denotaba una franqueza que desmentían sus finos y apretados labios. Hojeaba con atención sobre una mesa colocada delante de él los papeles que contenía la cartera.

Siguiendo una costumbre que le era propia, hablaba en alta voz ó más bien murmuraba frases que interrumpía con exclamaciones y juramentos

— En nombre del cielo, señora Desroches, no me dejéis en esta incertidumbre.

— Ya he tenido el honor de deciros, señorita, que hay ciertas preguntas á las cuales me está expresamente prohibido responder. Y la señora Desroches hizo ademán de retirarse.

— ¿Me abandonáis? exclamó Elena.

— Os dejo para que os vistáis.

— Pero, señora...

La señora Desroches se inclinó profunda y respetuosamente, y salió andando de espaldas, cerrando la puerta tras sí.

## V

Un montero con la librea de S. A. R. monseñor el duque de Orleáns

Mientras que en la fonda del Tigre Real tenían lugar los acontecimientos que acabamos de referir, estaba en otro aposento del mismo edificio un hombre sentado cerca de un gran fuego, sacudiendo sus botas cubiertas de nieve, y desatando los cordones de una enorme cartera.

Este hombre vestía el traje de montero del duque de Orleáns: casaca encarnada con bordados de plata, calzón de ante, botas de montar y sombrero de tres picos galoneado también de plata.

La mirada era penetrante, su nariz larga y puntiaguda y llena de granos, su frente convexa denotaba una franqueza que desmentían sus finos y apretados labios. Hojeaba con atención sobre una mesa colocada delante de él los papeles que contenía la cartera.

Siguiendo una costumbre que le era propia, hablaba en alta voz ó más bien murmuraba frases que interrumpía con exclamaciones y juramentos

más adecuados á otros pensamientos que se revolían en su imaginación, que á las palabras que pronunciaba.

— Vamos, vamos, decía: el señor de Montarán no me ha engañado: los bretones han puesto manos á la obra; pero ¡ cómo diablos han andado tan poco !... Salió el once al medio día, llegó el vientiuno á las seis de la tarde... ¡ Hum !... esto oculta probablemente algún nuevo misterio que va á aclararme ese muchacho recomendado del señor Montarán, y con el cual mis gentes se han puesto en relación durante el camino... ¡ Hola !

Al mismo tiempo el hombre de la casaca encarnada agitó una campanilla de plata, y uno de aquellos corredores vestidos de gris que hemos hallado en el camino de Nantes, entró y saludó.

— Ah ! sois vos, Tapin, dijo el montero en la apariencia.

— Si, monseñor, el negocio era importante, y por lo tanto he creído conveniente venir en persona.

— ¿ Habéis interrogado á los hombres que apostasteis en el camino ?

— Si, monseñor; pero no saben más que las diferentes paradas que sucesivamente ha hecho nuestro conspirador: á la verdad, esto es lo único que vos les encargasteis que procurasen informarse.

— Si, voy á ver si sé más por el criado. ¿ Qué especie de hombre es ?

— Uno de esos aldeanos malignos é imbéciles, semi-normando semi-bretón.

— ¿ Qué está haciendo en este momento ?

— Sirviendo la cena á su amo...

— ¿ Á quien habrán dado, según he dejado dicho, una habitación en el cuarto bajo ?

— Si, monseñor.

— Sin cortinas.

— Cabalmente.

— ¿ Y habéis hecho un agujero por la parte de afuera ?

— Según lo habéis mandado.

— Está bien; enviadme el criado y no os alejéis.

— Ahí estoy.

— Perfectamente.

El de la casaca encarnada sacó un reloj de mucho valor y miró la hora.

— Las ocho y media, dijo: á esta hora su alteza está de vuelta en San Germán, y pregunta por Dubois; le dicen que no estoy, se frota las manos, y se dispone á hacer cualquier locura. Frotaos las manos, monseñor, y marchaos á donde más os plazca; no es en París el peligro, sino aquí... Mas ya viene nuestro hombre.

En efecto, en aquel momento Tapin introducía á Oyén.

— Aquí está la persona que sabéis, dijo al entrar; después de lo cual se retiró y cerró la puerta.

Ovén permaneció de pie y temblando junto á ella, mientras Dubois, habiéndose embozado en una gran capa que no le dejaba descubierto sino la frente, fijaba en él sus ojos de gato montés.

— Acércate, amigo mío, dijo Dubois.

Á pesar de la cordialidad de esta invitación, fué hecha con una voz tan fuerte é imperiosa, que Ovén hubiera deseado hallarse en aquel instante á cien leguas del hombre que de tan extraño modo le miraba.

— Vamos, dijo Dubois, viéndole inmóvil; ¿no me has visto?

— Sí, monseñor, contestó Ovén.

— Entonces, ¿por qué no obedeces?

— No creía que fuese á mí á quien vuestra merced hacía el honor de decir que se acercase.

Y Ovén dió algunos pasos hacia la mesa.

— Has recibido cincuenta luisés por decirme la verdad, continuó Dubois.

— Perdonadme, monseñor, respondió Ovén, á quien esta interrogación casi afirmativa volvía toda su audacia... no los he recibido... me los han prometido.

Dubois sacó un puñado de monedas de oro de su bolsillo, contó cincuenta luisés, y formó con ellos un montoncito, que puso sobre la mesa.

Ovén miró aquella pila de oro con una expresión que hubiera parecido extraña á su mirada sombría é indiferente.

— Bueno, dijo para sí Dubois; es avaro.

En efecto, aquellos cincuenta luisés habían parecido siempre á Ovén una fortuna quimérica, inverosímil, y había vendido á su amo sin esperarlos, sólo con el deseo de poseerlos; y sin embargo, los cincuenta luisés estaban delante de sus ojos.

— ¿ Puedo ya tomarlos? preguntó alargando la mano hacia el montón de oro.

— Esperaos, dijo Dubois, complaciéndose en irritar aquella avaricia, que un cortesano habría ocultado indudablemente, pero que el aldeano manifestaba á las claras. Ante todo vamos á hacer un trato.

— ¿Cuál? dijo Ovén.

— Aquí estan los cincuenta luisés prometidos.

— Ya los veo, contestó Ovén relamiéndose lo mismo que un perro al cual se le enseña un pedazo de morcilla.

— Á cada respuesta que des á mis preguntas, si es importante, añado diez luisés; si por el contrario, es ridícula y estúpida, quito diez.

Ovén miró espantado á Dubois. El trato le parecía muy arbitrario.

— Ahora hablemos, dijo Dubois: ¿de dónde vienes?

— De Nantes.

— ¿Con quién?

— Con el caballero Gastón de Chanlay.

Como hasta aquí el interrogatorio se componía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

de preguntas preliminares, el montón de oro permanecía intacto.

— Atención, dijo Dubois acercando su descarnada mano á la pila de luises.

— Monseñor, os escucho con todos mis cinco sentidos.

— ¿Viaja tu amo con su verdadero nombre?

— Al principio del viaje, sí, monseñor; pero después ha tomado otro en el camino.

— ¿Cuál?

— El de Livry.

Dubois añadió diez luises; mas como el montón era ya bastante alto y no podían tenerse, formó otro y le puso junto al primero.

Ovén dió un grito de alegría.

— ¡ Oh ! Oh ! dijo Dubois, no te regocijes tan pronto; todavía no hemos acabado. Atención: ¿ hay alguno en Nantes que se llame Livry?

— No, monseñor; pero hay una señorita que se llama así.

— ¿ Quién es esa señorita ?

— La esposa del caballero Monttouis, amigo íntimo de mi amo.

— Bueno, dijo Dubois añadiendo otros diez luises; ¿ y qué hacía tu amo en Nantes ?

— Lo que hacen todos los jóvenes ricos; cazaba, tiraba el florete y toda elase de armas, iba á los bailes...

Dubois quitó diez luises de uno de los montones; Ovén sintió una especie de escalofrío.

— Esperad, monseñor, dijo: hacia .... hacia otra cosa.

— ¡ Ah ! veamos; ¿ qué hacía ?

— Salía de noche una ó dos veces á la semana, y estaba fuera desde las ocho á las tres ó las cuatro de la madrugada.

— Bueno; ¿ y adónde iba ?

— Eso no lo sé, respondió Ovén.

Dubois guardó los luises en la mano.

— Y desde su salida de Nantes, ¿ qué ha hecho ?

— Ha pasado por Oudón, Ancenis, Mans, Nogent y Chartres.

Dubois alargó la mano, y con sus afilados dedos tomó otros diez luises de la pila.

Ovén lanzó un grito sordo de dolor.

— ¿ Y en el camino, preguntó Dubois, no ha hecho conocimiento con nadie ?

— Con una joven colegiala de las Agustinas de Clisson, que viajaba con una religiosa del mismo convento, llamada sor Teresa.

— Y cómo se llama esa colegiala ?

— Elena de Chaverny.

— ¡ Elena ! el nombre promete: ¿ y sin duda esa hermosa Elena será la querida de tu amo ?

— Monseñor, lo ignoro; ya comprenderéis que él no me lo habrá dicho.

— Tu amo tiene talento, replicó Dubois dirigiendo la mano á la pila y tomando otros diez luises de los cincuenta.

Un sudor frío bañaba la frente de Ovén. Cuatro respuestas más como la que acababa de dar bastaban para quedarse sin nada, y habría vendido á su amo sin provecho alguno.

— ¿Y esas damas van á Paris con él? continuó Dubois.

— No, monseñor; se detienen en Rambouillet.

— ¡ Ah! exclamó Dubois.

La exclamación pareció á Ovén de buen agüero, y continuó:

— Y allí sigue; mas sor Teresa ha marchado ya.

— Vamos, repuso Dubois, todo eso no es de la mayor importancia; pero es preciso no desanimar á los principiantes.

Y añadió diez luisas al montón.

— ¿ De suerte, continuó, que la joven ha quedado sola?

— No, monseñor.

— ¡ Cómo no!

— La guardaba una señora de Paris.

— ¡ Una señora de Paris!

— Sí, monseñor.

— ¿ Sabes su nombre?

— He oído á sor Teresa llamarla la señora Desroches.

— ¡ La señora Desroches! repitió Dubois, y comenzó á formar otra pila con diez luisas. ¿ Dices la señora Desroches?

— Sí, monseñor, respondió Ovén sumamente contento.

— ¿ Estás seguro?

— ¡ Pardiés, si estoy seguro!... Es una mujer alta, seca, acartonada.

Dubois añadió diez luisas á la segunda pila. Ovén se arrepintió entonces de no haberse detenido en cada epíteto; era claro que habia perdido veinte luisas con su precipitación.

— Alta, seca y acartonada, repitió Dubois; eso es, no hay duda.

— De unos cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, añadió Ovén esperando.

— Eso es, volvió á decir Dubois, añadiendo otros diez luisas.

— Con un vestido de seda, de grandes flores, continuó Ovén, que queria sacar partido de todo.

— Bien, bien, dijo Dubois.

Ovén comprendió que su interrogante sabia ya lo suficiente con respecto á aquella mujer, y esperó.

— ¿ Y dices que tu amo ha hecho conocimiento con esa joven en el camino?

— Es decir, monseñor, ahora que caigo en ello, me parece que el tal conocimiento era una farsa.

— No comprendo.

— Creo que ya se conocian anteriormente; si, estoy seguro; á ella es á quien esperaba mi amo cuando se detuvo tres horas en Oudón.

— Bien, dijo Dubois añadiendo otros diez luisas;

veo que eres hombre de provecho, y que se podrá sacar algún partido de ti.

— ¿No queréis saber más, monseñor? dijo Ovén, extendiendo la mano hacia las dos pilas, que le ofrecían treinta luises de beneficio, con el ademán de un jugador que desea retirarse con sus ganancias.

— Un momento, contestó Dubois; ¿y esa joven es hermosa?

— Como un ángel, monseñor.

— ¿Y sin duda tu amo y ella se habrán citado para París?

— No, monseñor; creo por el contrario que se han despedido para siempre.

— ¿Será eso también una farsa?

— No lo creo así, monseñor; el caballero de Chanlay estaba muy triste cuando se separaron.

— ¿Y no deben volverse á ver?

— Sí, monseñor; todavía una vez más, y todo quedará concluido.

— Vamos, carga con tu dinero, y ten presente que si te se escapa una sola palabra de todo esto, diez minutos después eres muerto.

Ovén se lanzó sobre los ochenta luises, que desaparecieron instantáneamente en el profundo abismo de los bolsillos de su calzón.

— Y ahora, dijo, podré salvarme, ¿no es cierto?

— ¡Salvarte! imbécil, no. Desde este momento me perteneces, porque te he comprado, y donde vas á serme más útil es en París, no aquí.

— En este caso me quedaré, monseñor, lo prometo, dijo Ovén dando un profundo suspiro.

— No necesito que me lo prometas, véte.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Tapin con el semblante alterado.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó Dubois, que era muy buen fisonomista.

— Una cosa muy importante, monseñor; pero ante todo, alejad á este hombre.

— Vuelve al lado de tu amo, y si escribe, á quienquiera que sea, acuérdate que tengo gran curiosidad de conocer su letra.

Ovén, satisfecho de verse libre por el momento, saludó y salió.

— ¡Y bien! señor Tapin, ¿qué hay? veamos.

— Hay que después de la caza de San Germán, su alteza, en vez de volver á París, se ha contentado con enviar sus coches, y ha dado orden de venir para Rambouillet.

— ¡Á Rambouillet! ¡el regente viene á Rambouillet!

— Dentro de media hora estará aquí, y habría llegado ya si no se hubiera detenido á tomar un refrigerio.

— ¿Y qué viene á hacer á Rambouillet?

— No sé, monseñor; como no venga por esa joven que acaba de llegar con una religiosa, y que ocupa el pabellón de la fonda.

— Tenéis razón, Tapin; á no dudarlo, viene por

ella. La señora Desroches está ahí. ¿Lo sabiais?

— No, monseñor, lo ignoraba.

— ¿Y estais cierto de que va á venir? ¿Estais cierto de que os han dicho la verdad?

— Sí, monseñor; Hulismo es el que ha seguido la pista á su alteza; y ya sabéis que lo que Hulismo dice es el puro Evangelio.

— Tenéis razón, repuso Dubois, que parecía conocer á fondo las cualidades del hombre que le elogiaban; si Hulismo lo ha dicho, no hay lugar á duda.

— Por señas que el pobre muchacho ha reventado su caballo, el cual ha caído á la entrada del pueblo para no levantarse más.

— Dadle treinta lises por el caballo; el jinete ganará además lo que sea regular.

Tapin tomó los treinta lises.

— Querido Tapin, ¿sabéis la situación del pabellón?

— Perfectamente, monseñor.

— Decídmela.

— Por un lado da á un segundo patio de la posada; por otro á una callejuela desierta.

— Que se pongan hombres apostados en ese patio y en esa callejuela disfrazados de patafreneros, de mozos de caballos, en fin, de lo que vos queráis: que nadie entre en el pabellón más que su alteza, ó yo: cuidado, señor Tapin, que en ello va la vida de su alteza.

— Podéis estar tranquilo, monseñor.

— ¡ Ah! se me olvidaba; ¿ conocéis á nuestro bretón?

— Le he visto apearse del caballo.

— ¿ Vuestra gente lo conoce también?

— Todos; le han visto en el camino.

— Bueno; os le recomiendo.

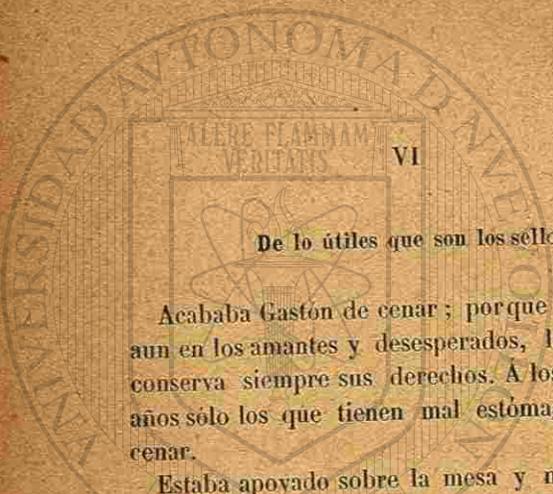
— ¿ Para prenderle?

— ¡ Para prenderle! no, no; guardaos bien de hacerlo, señor Tapin. Es menester dejarlo llegar á su destino; es preciso dejarle obrar; darle ocasión para ello; porque si le prendiésemos ahora, no descubriría nada y la conspiración abortaría. ¡ Diantre! nada de eso, es necesario que salga á luz.

— ¿ Y qué ha de salir, monseñor? repuso Tapin, que parecía tener cierta confianza con Dubois.

— Mi mitra de arzobispo, señor Tapin; mas ahora id á vuestro negocio, que yo también voy al mio.

Y ambos salieron del aposento y bajaron rápidamente la escalera, separándose al llegar á la puerta, Tapin para subir precipitadamente por la calle de Paris á la parte alta de la ciudad, Dubois destizándose junto á la pared para ir á aplicar su ojo de lince al agujero practicado en el cuarto de Gastón.



De lo útiles que son los sellos

Acababa Gastón de cenar; porque á su edad, aun en los amantes y desesperados, la naturaleza conserva siempre sus derechos. A los veinticinco años sólo los que tienen mal estómago dejan de cenar.

Estaba apoyado sobre la mesa y meditaba. La luz de la lámpara daba de lleno en su rostro y satisficía completamente la curiosidad de Dubois.

Éste le miraba con una atención singular y terrible. Su ojo inteligente se había dilatado, sus labios irónicos se fruncían bajo una fatal sonrisa; y el que hubiese sorprendido esta sonrisa y aquella mirada, hubiera creído ciertamente que era el espíritu maligno, mirando al través de las tinieblas á una de sus víctimas marchar por el camino de la perdición.

Y sin cesar de mirar, murmuraba según su costumbre:

— Joven, hermoso, ojos negros, labio orgulloso; este es un nuevo Bruto; se conoce que todavía no

está corrompido con las dulces miradas de las damas de la corte. Así obra él; los otros no hablan más que de apoderarse, destronar, ¡necedades! mientras que éste... ¡Canario!

— Y sin embargo, continuó Dubois después de una breve pausa, en vano busco algún rasgo de astucia en esa frente pura, algún indicio de maquiavelismo en los extremos de esa boca que más bien revelan lealtad y confianza. Pero, no cabe duda; todo está dispuesto para sorprender al regente en su cita con la virgen de Clissón. ¡Que me digan ahora que los bretones son de entendimiento obtuso!

— Á la verdad, añadió Dubois al cabo de otro momento de examen, todavía no he acertado. Es imposible que este joven de mirar triste, pero tranquilo, se esté disponiendo para matar á otro hombre dentro de un cuarto de hora; ¡y qué hombre! ¡nada menos que el regente de Francia, primer príncipe de la sangre! No, no es posible; semejante serenidad no se puede concebir.

— No obstante, continuó diciendo Dubois, alguna prueba hay de ello: el regente me oculta este nuevo capricho, á mí á quien se lo dice todo: se va de caza á San Germán, anuncia en alta voz que volverá á dormir al Palacio Real, y de repente da contra-orden y manda al cochero dirigirse á Rambouillet. En Rambouillet se ha detenido esa muchacha: la Desroches estaba ya aquí para recibirla; ¡á

quién espera más que al regente? y esa muchacha es la querida del caballero en cuestión. Pero, ¿ella le corresponde? ¡ Ah! ahora lo sabremos; aquí está nuestro amigo Ovén, que después de haber puesto á buen recado los ochenta luses, trae á su amo papel y tintero. Va á escribir, perfectamente; con eso tendremos noticias un poco más exactas, y además veremos hasta qué punto podremos contar con ese imbécil criado.

Dubois se detuvo en la escalera, y esperó. Desde el escalón en que estaba oculto en la sombra, descubría la puerta de la habitación de Gastón, por cuyas rendijas pasaba la luz.

A los pocos momentos se abrió aquella puerta, y Ovén salió: quedóse parado un momento, volviendo y revolviendo la carta entre las manos; después tomó al parecer su partido, y empezó á subir la escalera.

— ¡ Bueno! dijo Dubois; ha gustado el fruto del árbol prohibido; ahora ya es mío.

En seguida, deteniendo á Ovén en la escalera, le dijo:

— Muy bien; dame esa carta que me llevabas, y espera aquí.

— ¿ Cómo sabe monseñor que le llevaba una carta? preguntó Ovén atónito.

Dubois se encogió de hombros, le quitó la carta de las manos, y desapareció.

Luego que entró en su cuarto examinó el modo

con que estaba cerrada. El caballero, que no tenía lacre ni sello, se había servido del lacre de la botella, apoyando la parte plana de una sortija sobre aquél.

Dubois aproximó la carta á la llama de la bujía, y el lacre se derritió. Entonces abrió la carta y leyó lo que sigue:

« Querida Elena, vuestro valor ha redoblado el mío; haced que pueda entrar en la casa, y entonces sabréis cuáles son mis proyectos. »

— ¡ Ah! ah! parece que ella no lo sabe todavía; vamos, no está la cosa tan adelantada como yo creía.

Cerró la carta, buscó entre las muchas sortijas que llenaban sus dedos una que con corta diferencia tuviese la misma hechura que la del caballero, y habiendo acercado de nuevo el lacre á la bujía, volvió á sellarla con la mayor limpieza.

— Toma, dijo dándosela á Ovén, aquí está la carta de tu amo. Vé á llevarla fielmente, y tráeme la respuesta, por la cual te daré diez luses.

— ¿ Qué es esto? dijo para sí Ovén; ¿ tiene este hombre alguna mina de oro?

Y salió volando á desempeñar su encargo.

Diez minutos después volvió con otra carta, escrita en un bonito papel perfumado y sellado; pero el sello no tenía más que una E.

Dubois abrió una caja y sacó de ella una especie de pasta empezó á amasarla para sacar en ella la

figura del sello; mas estando en esta ocupación, vió que la carta estaba doblada de modo que podía leerse perfectamente sin abrirla.

— Vamos, dijo, entonces esto es mejor.

Ahuécó el papel y leyó lo siguiente :

« La persona que me ha hecho traer de Bretaña, viene á recibirme en vez de esperarme en Paris; tanta es, según dice, su impaciencia por verme : creo que se volverá esta misma noche. Venid mañana por la mañana antes de las nueve, os diré todo cuanto haya pasado entre ella y yo, y entonces veremos lo que hemos de hacer.

— Esto me parece más claro, dijo Dubois, el cual creía que Elena era cómplice del caballero. ¡ Cáscaras con la niña inocente! Si es así como las educan en las Agustinas de Clisson, daré por ello las gracias á la superiora. ¡ Y su alteza, que la cree la misma candidez porque no tiene más que diez y seis años! ¡ Oh! ¡ él me echará de menos! Cuanto más profundizo este misterio, encuentro más motivos de admiración.

— Toma, dijo á Ovén, tus diez luises y tu carta. Ya ves que en todo ganas.

Ovén se guardó los diez luises, y llevó la carta á su amo : el pobre mozo no sabia lo que le pasaba, y se preguntaba á si mismo, qué le estaria reservado en Paris, cuando en los arrabales se encontraba con un maná semejante.

En aquel momento daban las diez, y al sonido

monótono y lento del reloj se mezclaba el ruido sordo de un carruaje que se acercaba á toda prisa. Dubois se asomó á la ventana, y vió detenerse un coche á la puerta de la fonda. En este coche se con-toneaba un caballero de aspecto bastante distinguido, en quien al primer golpe de vista reconoció Dubois á La Fare, capitán de guardias de su alteza.

— Vamos, vamos, dijo; es más prudente de lo que yo creía. Pero ¿ dónde está? ¡ Ah!!!

Esta exclamación la causó la presencia de un montero con el mismo uniforme encarnado que él ocultaba bajo su gran capa, que seguía al carruaje montado en un magnífico potro andaluz.

El coche se detuvo á la puerta de la fonda; y mientras toda la gente que en ella había se agrupaba al rededor de La Fare, el cual se daba el tono de un gran señor, y pedía con altivez una habitación y cena, el montero se apeó de su caballo, entregó la brida á un paje, y se encaminó hacia el pabellón.

— ¡ Bien, bien! todo esto es claro como el agua; ¿ pero cómo no habrá salido el caballero? ¿ tan distraído le tiene su pasión á esa niña, que no ha oido el ruido del coche? Veamos. En cuanto á vos, monseñor, estad tranquilo, no os molestaré en vuestro coloquio : saboread á vuestro placer el de admirar ese candor de diez y seis años que tanto promete. ¡ Ah! monseñor, ¡ bien se conoce que sois corto de vista!

Haciendo este soliloquio había bajado Dubois la escalera, y se colocó en su observatorio.

En el momento en que empezó á mirar por el agujero, vió que Gastón, después de haber guardado el billete en una cartera que colocó con gran cuidado en su bolsillo, se levantó.

— ¡ Ah ! exclamó Dubois extendiendo instintivamente hacia el caballero sus manos, que tropezaron con la pared. Esa cartera es la que me hace falta y por ella daría cualquier cosa. ¡ Hola ! nuestro caballero va á salir ; busca su espada y capa. ¿ Dónde irá ? Veamos... ¿ acaso á esperar la salida de S. A. R. ? No, no es ese el aspecto de un hombre para quien ha llegado el momento de matar á otro ; y más bien creo que esta noche se contentará con ir á suspirar bajo las ventanas de su amada. ¡ Ah ! ¡ pardiez ! si se le hubiese ocurrido esta feliz idea, acaso habría un medio...

Difícil sería describir la expresión que animó entonces la fisonomía de Dubois.

— Si, dijo, como respondiendo á su pensamiento ; pero ¡ y si me tocase una buena estocada en la empresa !... ¡ cómo se reiría S. A. R. ! ¡ Bah ! no hay peligro ; tengo mi gente apostada... y por otra parte, el que no se aventura no pasa la mar.

Y animado por este osado proverbio, dió rápidamente la vuelta á la posada á fin de entrar por uno de los extremos de la callejuela, mientras se presentaba por el otro, suponiendo que Gastón salía

sin otro objeto que pasearse bajo las ventanas de su dama, según parecía indicarlo la expresión triste, pero tranquila, de su rostro.

Dubois no se había engañado ; á la entrada de la callejuela se halló á maese Tapin, que después de haber encargado á Hulismo la vigilancia de lo interior del patio, se había colocado de centinela en lo exterior : en una palabra, lo puso al corriente de su proyecto. Tapin, además, le señaló con el dedo uno de sus esbirros echado en el escalón de una puerta, mientras que otro sentado en un poyo punteaba una especie de guitarrillo, según la costumbre de los cantores ambulantes que van á pedir limosna á las posadas ; otro debía también estar por allí, mas permanecía tan oculto que no se le distinguía.

Dubois, seguro de tener guardadas las espaldas, se embozó hasta los ojos y penetró en la callejuela.

Apenas había dado algunos pasos, percibió como una especie de sombra que se adelantaba hacia él, y que parecía ser la misma persona que buscaba Dubois.

En efecto, á la primera vez que los dos pasaron uno junto á otro, conoció Dubois al caballero. Éste, abismado en sus ideas, ni aun trató de saber quién había pasado, y acaso tal vez no le vió.

No era esto lo que Dubois deseaba : tenía necesidad de armar camorra ; y viendo que Gastón no la buscaba, resolvió tomar la iniciativa.

Con esta intención retrocedió y se detuvo delante del caballero, que también estaba parado y procuraba distinguir cuál de las cuatro ó cinco ventanas que daban á la callejuela era la del aposento de Elena.

— ¡ Eh! ¡ amigo! le dijo con voz ronca, ¿ qué hacéis á estas horas delante de esa casa?

Gastón bajó los ojos del cielo á la tierra, y de la poesía del pensamiento descendió al materialismo de la vida.

— ¿ Qué se os ofrece, caballero? dijo á Dubois; me parece que me habéis dirigido la palabra.

— Si, señor, respondió Dubois: os pregunto qué hacéis aquí.

— Seguid vuestro camino, contestó el caballero, y no os importe lo que yo hago, puesto que á mi tampoco me importa lo que vos hacéis.

— Eso sería muy bueno si vuestra presencia aquí no me incomodase.

— Esta callejuela, aunque estrecha, es bastante ancha para los dos; pasead vos por un lado y yo pasearé por otro.

— Pero yo quiero pasearme solo, repuso Dubois, y os invito á que vayáis á mirar á otras ventanas, que bastantes tenéis en Rambouillet.

— ¿ Y cuál es la razón porque no puedo yo mirar á esas ventanas si me conviene? preguntó Chanlay.

— Porque son las de mi mujer.

— ¿ De vuestra mujer?

— Si, señor, de mi mujer, que acaba de llegar de París. Os prevengo que soy celoso.

— ¡ Diantre! murmuró para si Gastón; será el marido de la persona á cuyo cargo ha quedado Elena; y mudando repentinamente de tono con el fin de poner de su parte á aquel personaje importante, de quien podría tener necesidad en alguna ocasión, le dijo saludándole con la mayor cortesía:

— Eso, caballero, es otra cosa: si así es, estoy pronto á dejaros libre el puesto; porque yo no traía objeto.

— ¡ Diablos! dijo Dubois: ¡ vaya un conspirador atento!... no es esto lo que me conviene; es preciso disputar con él.

Gastón se disponía á marchar, cuando Dubois se acercó, y le dijo:

— Vos me engaáis, caballero.

Gastón se volvió con presteza, como si le hubiera picado una víbora. Sin embargo, prudente á causa de Elena, y también por la misión de que estaba encargado, se contuvo y exclamó:

— ¿ Dudáis de mi palabra, porque os he tratado con urbanidad?

— Me habéis tratado con urbanidad porque tenéis miedo; pero no es menos cierto que os he visto mirar á esas ventanas.

— ¡ Miedo yo! ¡ miedo! replicó Chanlay poniéndose de un salto delante de su antagonista. ¿ Habéis dicho que tenía miedo?

— Sí, señor, respondió friamente Dubois.

— Conque, por último, ¿queréis que riñamos?

— ¡Pardiez! ¡claro está! me parece... ¿Llegáis ahora de Quimpercoentín?

— Poco menos, repuso Gastón sacando la espada: ea, pues, desenvainad ese acero.

— Y vos, casaca al suelo, dijo Dubois quitándose la capa, y disponiéndose á hacer otro tanto con su casaca.

— ¡Casaca al suelo! dijo estupefacto el caballero; ¿y por qué?

— Porque no os conozco, y á veces los galanes nocturnos suelen llevar cota de malla.

No bien Dubois había pronunciado las anteriores palabras, cuando la capa y casaca del caballero estaban ya en el suelo. Pero en el momento en que Gastón con la espada desnuda se lanzaba sobre su adversario, el hombre que estaba echado en el escalón cayó rodando entre sus piernas; el del guitarrillo se apoderó de su brazo derecho, maese Tapin del izquierdo, y aquel que no se sabía dónde estaba, lo cogió por el cuerpo.

— ¡Un duelo! exclamaron todos á un tiempo, ¡un duelo á pesar de las órdenes del rey! Y le llevaron hacia la puerta en cuyos escalones estaba echado el fingido borracho.

— ¡Un asesinato! murmuró Gastón, no atreviéndose á gritar por no comprometer á Elena; ¡miserables!

— Caballero, nos han vendido, decía Dubois haciendo un lío con la casaca y capa del caballero, poniéndosele al propio tiempo debajo del brazo; pero tranquilizaos, mañana nos veremos.

Y echó á correr hacia la fonda, mientras encerraban á Gastón en la sala baja.

Dubois subió en dos saltos las escaleras, y encerrándose en su habitación sacó la preciosa cartera del bolsillo del caballero.

En una bolsa encontró medio zequí y un nombre escrito en un pedazo de papel cortado de un modo particular.

El zequí era sin duda una señal de reconocimiento.

— La *Jonquiere*, murmuró Dubois leyendo el nombre escrito en el papel; la *Jonquiere*, es; ya tenemos noticias de él. Muy bien.

Hojeó rápidamente el resto de la cartera, y no halló otra cosa.

— No es mucho, dijo; pero me basta.

Cogió las señas y el nombre, y tiró del cordón de la campanilla.

En seguida llamaron suavemente á la puerta, pues estaba cerrada por dentro.

— Es verdad, dijo Dubois, se me había olvidado; y se levantó á abrir.

Era maese Tapin.

— ¿Qué habéis hecho de él? preguntó Dubois.

— Está encerrado en una sala baja con un centinela de vista.

— Llevad esa capa y esa casaca á donde él las tiró, para que las encuentre en el mismo sitio. Excusaos con él, y ponedle en libertad. Cuidado que nada falte en los bolsillos de esta casaca; ni la cartera, ni la bolsa, ni el pañuelo. Conviene mucho que no conciba ninguna sospecha. De camino me traeréis mi casaca y mi capa que han quedado en el campo de batalla.

Maese Tapin hizo una profunda reverencia, y se retiró para cumplir las órdenes que acababa de recibir.

## VII

## La visita

La escena que acabamos de referir habia tenido lugar, según ya hemos indicado, en la callejuela que daba bajo las ventanas de Elena; y como ésta, en medio de todas aquellas voces, creyera oír la del caballero, se dirigía inquieta á asomarse á la ventana, cuando se abrió la puerta de su habitación y entró la señora Desroches.

Venia á decir á Elena que tuviese la bondad de pasar al salón, porque habia llegado la persona que debía visitarla.

Elena se estremeció, sintiéndose próxima á desmayarse. Quiso preguntar, pero le faltó la voz. Siguió, pues, silenciosa y temblando á la señora Desroches.

El salón en el cual la introdujo su conductora estaba á oscuras; se habia tenido el cuidado de apagar todas las luces, y sólo la chimenea, en que aun brillaban restos de fuego, despedía sobre la alfombra un resplandor casi imperceptible. Sin

— Llevad esa capa y esa casaca á donde él las tiró, para que las encuentre en el mismo sitio. Excusaos con él, y ponedle en libertad. Cuidado que nada falte en los bolsillos de esta casaca; ni la cartera, ni la bolsa, ni el pañuelo. Conviene mucho que no conciba ninguna sospecha. De camino me traeréis mi casaca y mi capa que han quedado en el campo de batalla.

Maese Tapin hizo una profunda reverencia, y se retiró para cumplir las órdenes que acababa de recibir.

## VII

## La visita

La escena que acabamos de referir habia tenido lugar, según ya hemos indicado, en la callejuela que daba bajo las ventanas de Elena; y como ésta, en medio de todas aquellas voces, creyera oír la del caballero, se dirigía inquieta á asomarse á la ventana, cuando se abrió la puerta de su habitación y entró la señora Desroches.

Venia á decir á Elena que tuviese la bondad de pasar al salón, porque habia llegado la persona que debía visitarla.

Elena se estremeció, sintiéndose próxima á desmayarse. Quiso preguntar, pero le faltó la voz. Siguió, pues, silenciosa y temblando á la señora Desroches.

El salón en el cual la introdujo su conductora estaba á oscuras; se habia tenido el cuidado de apagar todas las luces, y sólo la chimenea, en que aun brillaban restos de fuego, despedía sobre la alfombra un resplandor casi imperceptible. Sin

embargo, la señora Desroches tomó un jarro de agua y lo vertió sobre aquella llama moribunda, que apagándose de repente dejó la estancia en una completa oscuridad.

Entonces la Desroches, después de haber encargado á Elena que no tuviese miedo, se retiró.

Á los pocos momentos oyó la joven una voz que salía de detrás de aquella cuarta puerta que no se había aun abierto.

El sonido de esta voz la hizo estremecerse.

Con todo, y á pesar suyo, dió algunos pasos en dirección de la puerta y escuchó.

— ¿Está pronta? dijo la voz.

— Sí, monseñor.

— ¿Y por supuesto sola?

— Sí, monseñor.

— ¿Advertida de mi llegada?

— Sí, monseñor.

— ¿No seremos interrumpidos?

— No, monseñor.

— ¿Y no hay luz?

— La sala está en completa oscuridad.

Elena percibió pasos de personas que se acercaban; después éstas se pararon.

— Vamos, francamente, señora Desroches, volvió á decir la voz, ¿la encontráis tan hermosa como dicen?

— Más bella que lo que vuestra alteza puede figurarse.

— ¡Vuestra alteza! ¡Dios mío! ¿qué dice? murmuró la joven casi desfallecida.

En el mismo instante la puerta del aposento giró sobre sus dorados goznes: fuertes pisadas, aunque la mullida alfombra las apagaba un tanto, se oyeron en dirección de Elena, haciendo crujir el entarimado pavimento.

— Señorita, dijo la misma voz, tened la bondad de escucharme.

— Aquí estoy, balbuceó Elena medio desfallecida.

— ¿Estáis asustada?

— Confieso que sí... señor... ó... ¿cómo debo llamaros?

— Llamadme amigo mío.

En aquel momento su mano tropezó con la del desconocido.

Señora Desroches, ¿estáis ahí? exclamó Elena dando instintivamente dos pasos atrás.

— Señora Desroches, repuso la voz, decid á esta señorita que está aquí tan segura como en un templo delante de Dios.

— ¡Ah señor! estoy á vuestros pies, dijo Elena arrodillándose. ¡Perdonadme!

— Hija mía, levantaos y sentaos aquí. Señora Desroches, cerrad todas las puertas; y ahora, continuó el desconocido dirigiéndose á Elena, os ruego que me deis la mano.

La joven extendió su mano, que encontró por segunda vez la del personaje misterioso.

— Me parece que él también tiembla, dijo para sí.

— Veamos, ¿qué tenéis? repuso el incógnito, ¿os causo miedo, hija mía?

— No, señor, respondió Elena; pero al estrechar vos mi mano, una sensación extraña, un estremecimiento inexplicable.....

— Habladme, Elena, dijo la voz con una expresión de infinita ternura; sé que sois hermosa, pero esta es la primera vez que oigo el sonido de vuestra voz; hablad, os escucho.

— ¿Me habiais visto en otra ocasión? preguntó Elena timidamente.

— ¿Os acordáis que hace dos años se hizo vuestro retrato por orden de la abadesa de las Agustinas?

— Sí, me acuerdo; según me dijeron, fué expresamente un pintor de Paris para hacerlo.

— Yo fui quien envié ese pintor á Clissón.

— ¿Y ese retrato era para vos?

— Aquí está, respondió el desconocido, sacando del bolsillo una miniatura, que á pesar de no poder verse, hizo que Elena la tocase.

— Pero ¿qué interés podéis tener en mandar hacer y conservar el retrato de una pobre huérfana?

— Elena, repuso el desconocido después de un momento de silencio, yo soy el mejor amigo de vuestro padre.

— ¡De mi padre! exclamó Elena; ¿vive?

— Sí.

— ¿Y le volveré á ver?

— Será probable.

— ¡Oh! Dios os bendiga, repuso estrechando á su vez la mano del desconocido; bendiga el cielo al portador de tan buena noticia.

— ¡Querida niña! murmuró el desconocido.

— Pero si vive, continuó Elena con una ligera expresión de duda, ¿cómo ha tardado tanto en informarse de su hija?

— Tenía noticias vuestras todos los meses, y aunque desde lejos, velaba por vos, Elena.

— Y sin embargo, repuso ésta con acento de respetuosa reconvención, vos mismo confesáis que hace diez y seis años que no me ha visto.

— Creed que si no le hubieran detenido consideraciones de la más alta importancia, no se habría privado de esa dicha.

— Os creo, señor; no me toca á mí acusar á mi padre.

— No, pero os corresponde perdonarle si él se acusa á si mismo.

— ¡Á mi perdonarle! exclamó Elena admirada.

— Sí, y ese perdón que no puede pedirlo en persona, querida hija, vengo yo á pedirlo en su nombre.

— Señor, dijo Elena, no os comprendo.

— Escuchadme, repuso el desconocido.

- Ya escucho.  
 — Pero, primero dadme vuestra mano.  
 — Aquí está.

Hubo un instante de silencio, como si el desconocido hubiese querido traer á la memoria pasados acontecimientos, y luego continuó :

— Vuestro padre ejercía un mando superior en los ejércitos del difunto rey en la batalla de Nerwinde, donde al dar una carga, uno de sus escuderos, llamado Chaverny, cayó á su lado atravesado de un balazo : vuestro padre quiso socorrerle, pero la herida era mortal, y el desgraciado escudero, á quien no se le ocultaba esta funesta circunstancia, le dijo sacudiendo la cabeza : « No es en mi en quien debéis pensar, sino en mi hija. » Vuestro padre le apretó la mano en señal de promesa, y el herido, que se había incorporado sobre las rodillas, cayó como si no hubiese aguardado para morir más que la seguridad de que á su hija le quedaba un protector. Me escucháis, Elena, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! ¿ podéis hacerme semejante pregunta ?

— En efecto, continuó el narrador, concluida la campaña, el primer cuidado de vuestro padre fué asegurar la suerte de la huerfanita. Era una hermosa niña de diez á once años, la cual en aquella edad prometía ser tan bella como vos lo sois ahora ; la muerte del señor de Chaverny, su padre, la dejó sin apoyo y sin recursos : el vuestro la puso en el convento de la Visitación de las damas del

arrabal de San Antonio, y anunció que á su tiempo él solo se encargaría de su dote.

— ¡ Gracias, Dios mío ! gracias por haberme dado un padre que tan bien sabe cumplir sus promesas.

— Esperad, Elena, repuso el desconocido ; porque llega el momento en que vuestro padre va á cesar de merecer vuestros elogios.

Elena guardó silencio, y el desconocido añadió :

— Vuestro padre cuidó, según había prometido, de la educación de la huérfana hasta que llegó á los diez y ocho años : era entonces una joven hermosa ; así las visitas de vuestro padre al convento eran más frecuentes y más largas que lo que convenia. Su pupila comenzaba á inspirarle amor. Al conocerlo, su primer movimiento fué de horror, porque pensaba en la promesa que había hecho al señor de Chaverny, herido y moribundo, y comprendía que mal cumpliría con ella si trataba de seducir á su hija. Para evitar que semejante pasión se aumentara, encargó á la superiora que se informase de algún partido conveniente para la señorita de Chaverny, y supo de ella que su sobrino, noble breton, habiendo visto á la colegiala en una visita que hizo al convento, se enamoró y la manifestó el deseo de obtener su mano.....

— ¿ Y bien... señor?... preguntó Elena, viendo que el desconocido vacilaba en continuar.

— Grande fué la admiración de vuestro padre cuando supo de la misma boca de la superiora,

había respondido, que su más vivo deseo era permanecer en el convento donde se había criado, y que el día más feliz de su vida sería aquel en que pronunciara sus votos.

— ¿Amaba á otro? dijo Elena.

— Sí, hija mía, respondió el desconocido; lo habéis adivinado. ¡Ah! es imposible evitar lo que el destino tiene preparado. La señorita de Chaverny amaba á vuestro padre; por largo tiempo enterró aquel secreto en su corazón; pero un día que vuestro padre la rogaba que renunciase al singular proyecto de vivir siempre en el claustro, la pobre niña no pudo resistir por más tiempo, y lo confesó todo. Mi amigo, fuerte contra su amor, mientras no se creyó correspondido, sucumbió cuando supo que no necesitaba sino desear para conseguir. ¡Eran tan jóvenes los dos (vuestro padre apenas tenía veinticinco años, y la señorita Chaverny solo diez y ocho)!... que se olvidaron del mundo entero para no acordarse sino de que podían ser felices.

— Pero, supuesto que se amaban, preguntó Elena, ¿por qué no verificaban su enlace?

— Porque era imposible entre ellos, respondió el desconocido, á causa de la distancia que los separaba. ¿No os han dicho, Elena, que vuestro padre es un señor muy poderoso?

— ¡Ah! sí, respondió la joven; ya lo sé.

— Durante un año, continuó el desconocido, fué su dicha completa, y sobrepujó á sus esperanzas;

pero al fin del año, Elena, vos vinisteis al mundo y.....

— ¿Y qué? murmuró tímidamente Elena.

— Vuestro nacimiento costó la vida á vuestra madre.

Elena prorrumpió en lágrimas.

— Sí, añadió el desconocido con voz conmovida por sus recuerdos; llorad, Elena, llorad á vuestra madre, porque era una santa; y vuestro padre en medio de sus dolores, de sus placeres, de sus locuras tal vez, ha conservado un noble recuerdo de ella. En su consecuencia puso en vos todo el amor que la tenía.

— Y sin embargo, dijo Elena con ligero acento de reconvencción, mi padre ha querido vivir separado de mí; mi padre no me ha visto desde que nací.

— Elena, repuso el desconocido, en este punto perdonad á vuestro padre, pues no ha sido culpa suya: vos vinisteis al mundo en 1703, es decir, en la época más austera del reinado de Luis XIV: vuestro padre había caído en desgracia del rey, ó más bien en desgracia de la señora de Maintenón. Por vos más que por él tomó el partido de separaros de su lado. Os envió á Bretaña, y os confió á la buena madre Úrsula, superiora del convento donde os habéis educado. Por último, muerto el rey Luis XIV y habiendo mudado de aspecto las cosas en Francia, se ha decidido á traerlos á su lado. Por

lo demás, durante todo el camino habéis debido observar que su solicitud velaba por vos, y hoy mismo, cuando ha sabido que ibais á llegar por momentos á Rambouillet, no ha tenido paciencia para esperar á mañana y ha venido á recibirnos, Elena.

— ¡Oh Dios mio! exclamó la joven, ¡será verdad!

— Y al volveros á ver, ó más bien al escucharos, ha creído oír la voz de vuestra madre. La misma edad, la misma pureza, el mismo acento: ¡Elena, Elena! ¡ojala seáis más dichosa que ella! vuestro padre se lo pide al cielo con todo el fervor de su corazón.

— ¡Dios mio! volvió á decir Elena; esa emoción en vuestra voz, esta mano que tiembla; ¡señor, señor! ¿decís que mi padre ha venido á recibirme?

— Sí.

— ¿Aquí, á Rambouillet?

— Sí.

— ¿Decís que su satisfacción ha sido grande al encontrarme?

— ¡Ah, sí, muy grande!

— Pero esa satisfacción no le ha bastado, ¿no es cierto? Ha querido hablarme, contarme él mismo la historia de mi nacimiento: ha querido que pudiera yo darle gracias por su amor, arrojarme á sus pies y pedirle su bendición. ¡Oh!

exclamó Elena arrodillándose, á vuestros pies estoy, bendecidme, padre mio.

— ¡Elena! hija mía, querida hija, replicó el desconocido, ¡oh! no á mis pies, ven á mis brazos, á mis brazos.

— ¡Oh! ¡padre mio, padre mio! murmuró Elena.

— Y sin embargo, dijo el desconocido, no era esta mi intención al venir aquí: venía decidido á negarlo todo, á no darme á conocer á ti; pero al sentirte á mi lado, al estrechar tu mano, al oír el dulce metal de tu voz, no he tenido fuerzas para ello. Pero, Elena, no me hagas arrepentir de mi debilidad, y que un eterno secreto....

— Os lo juro por la memoria de mi madre.

— No deseo más, repuso el desconocido. Ahora escuchame, porque es preciso que te deje.

— ¡Tan pronto, padre mio!

— Es indispensable.

— Mandad, padre mio, obedezco.

— Te quedarás aquí, Elena, no tratarás de saber quién soy, y esperarás mi vuelta.

— Y no tardaréis, ¿no es verdad, padre mio? Porque no debéis olvidar que estoy sola en el mundo.

— Volveré lo más pronto que me sea posible. Y acercando por última vez sus labios á la frente de Elena, estampó en ella uno de esos besos suaves y castos que son tan dulces para el corazón de un

padre, como los besos del amor lo son para un amante.

El desconocido salió de la habitación.

Diez minutos después la señora Desroches entró con una bujía en la mano. Elena estaba postrada de hinojos y orando, con la cabeza apoyada en una silla. Alzó los ojos, y sin interrumpir su oración, hizo seña á la Desroches de que pusiese la luz sobre la chimenea. La señora Desroches obedeció y se retiró.

Elena permaneció inmóvil orando por algunos minutos todavía; después se levantó y miró á su alrededor, porque le parecía que despertaba de un sueño; pero todos los objetos testigos de su entrevista con su padre estaban allí presentes. Aquella bujía solitaria que apenas alumbraba la estancia, aquellas dos sillas próximas la una á la otra, aquella puerta cerrada hasta entonces, y que había dejado abierta la señora Desroches al retirarse, y sobre todo, aquella profunda emoción que sentía, le hicieron comprender que no había sido un sueño, sino un acontecimiento importante y verdadero que debía formar época en su vida.

Después, en medio de todo, se presentaba á su mente el recuerdo de Gastón. Aquel padre á quien tanto temía ver; aquel padre tan tierno y tan bueno; aquel padre que había sentido también en su pecho una pasión profunda, pasión que tanto le había hecho sufrir, no se opondría ciertamente á su volun-

tad. Por otra parte Gastón, aunque no descendía de una raza histórica ni ilustre, era el último vástago de una de las familias más antiguas de Bretaña; y sobre todo, ella amaba á Gastón tanto, que moriría si la separasen de él, y si su padre la amaba verdaderamente, su padre no querría su muerte.

No dejaría también de presentarse algún obstáculo por parte de Gastón; pero no podía ser sino leve en comparación del que hubiera podido suscitarse por el padre de Elena: este obstáculo se allanaría, pues, como los demás, y el porvenir que los dos jóvenes habían visto tan sombrío, y que ya se presentaba para ella tan lleno de esperanzas, sería después para ambos un paraíso de amor y felicidad.

Elena se durmió con estos risueños pensamientos, y dulces ensueños se sucedieron á aquella satisfactoria velada.

Con respecto á Gastón, diremos, que puesto en libertad después de muchos cumplimientos y excusas por parte de los que le habían arrestado, y que pretextaron haberle tenido por otro, había ido lleno de ansiedad á recoger su capa y su casaca, que halló en el mismo lugar en que las dejara. En seguida corrió á la fonda del Tigre Real, se encerró en su cuarto, y abrió precipitadamente la cartera. Esta se hallaba en el mismo estado en que él la había dejado, enteramente intacta, y en la bolsa

halló la media moneda y el nombre y señas del capitán la *Jonquiere*.

Después, si no más alegre, al menos más tranquilo, y atribuyendo el acontecimiento de aquella noche á los mil accidentes que pueden suceder á un paseante nocturno, dió sus instrucciones á Ové para el día siguiente, y se acostó pronunciado el nombre de Elena, como ésta había pronunciado el suyo.

En aquel mismo instante, dos coches salían de la fonda del Tigre Real: en el primero, alumbrado con muchas luces y precedido de dos monteros á caballo, iban dos caballeros en traje de caza; el segundo, sin faroles y conduciendo á un incognito viajero, seguía al anterior á doscientos pasos de distancia y sin perderle un momento de vista. Sólo al llegar á las puertas de París se separaron, y mientras el carruaje iluminado se detenía al pie de la escalera principal del Palacio Real, el coche sin faroles paraba delante de una pequeña puerta de la calle de Valois, ambos sin que les hubiese acontecido nada de particular.

## VIII

En que prueba Dubois que su policía secreta era mucho mejor por quinientas mil libras, que la general del Estado costando tres millones

El duque de Orleans, de cualquier modo que pasase sus noches, bien fuese en excursiones ó ya en orgias, en nada cambiaba el plan que tenia establecido. Las mañanas estaban dedicadas á los negocios, y éstos según su clase tenían su día de despacho determinado. Por lo común comenzaba á trabajar solo ó con Dubois antes de vestirse; luego hacía su tocador, que era corto, y durante el cual recibía á un reducido número de personas. En seguida daba audiencia hasta las once ó las doce; después eran admitidos los presidentes de los consejos: La Vrillère primero, luego Leblanc, que daba cuenta de todo su espionaje; Torey, que le llevaba las cartas importantes que había podido sustrear; y por último, el mariscal Villeroy, con quien, dice Saint-Simón, no trabajaba, pero lo aparentaba así. Á las dos y media le servían el chocolate, única cosa que tomaba por las mañanas á

halló la media moneda y el nombre y señas del capitán la *Jonquiere*.

Después, si no más alegre, al menos más tranquilo, y atribuyendo el acontecimiento de aquella noche á los mil accidentes que pueden suceder á un paseante nocturno, dió sus instrucciones á Ové para el día siguiente, y se acostó pronunciado el nombre de Elena, como ésta había pronunciado el suyo.

En aquel mismo instante, dos coches salían de la fonda del Tigre Real: en el primero, alumbrado con muchas luces y precedido de dos monteros á caballo, iban dos caballeros en traje de caza; el segundo, sin faroles y conduciendo á un incognito viajero, seguía al anterior á doscientos pasos de distancia y sin perderle un momento de vista. Sólo al llegar á las puertas de París se separaron, y mientras el carruaje iluminado se detenía al pie de la escalera principal del Palacio Real, el coche sin faroles paraba delante de una pequeña puerta de la calle de Valois, ambos sin que les hubiese acontecido nada de particular.

## VIII

En que prueba Dubois que su policía secreta era mucho mejor por quinientas mil libras, que la general del Estado costando tres millones

El duque de Orleans, de cualquier modo que pasase sus noches, bien fuese en excursiones ó ya en orgias, en nada cambiaba el plan que tenia establecido. Las mañanas estaban dedicadas á los negocios, y éstos según su clase tenían su día de despacho determinado. Por lo común comenzaba á trabajar solo ó con Dubois antes de vestirse; luego hacía su tocador, que era corto, y durante el cual recibía á un reducido número de personas. En seguida daba audiencia hasta las once ó las doce; después eran admitidos los presidentes de los consejos: La Vrillère primero, luego Leblanc, que daba cuenta de todo su espionaje; Torey, que le llevaba las cartas importantes que había podido sustrear; y por último, el mariscal Villeroy, con quien, dice Saint-Simón, no trabajaba, pero lo aparentaba así. Á las dos y media le servían el chocolate, única cosa que tomaba por las mañanas á

presencia de todos, hablando y riendo. El tiempo que dedicaba al descanso durante el día era media hora; después daba audiencia á las señoras, terminada la cual pasaba á la habitación de la duquesa, de donde salía para el consejo de regencia ó para ir á saludar al joven rey, á quien veía invariablemente una vez al día, á horas distintas, y siempre con aire de respeto y reverencia que enseñaban á todos cómo debía hablarse al rey. Añadiase á este programa el recibimiento de los ministros extranjeros una vez á la semana, y los domingos y días de fiesta la asistencia á una misa en la capilla particular.

Á las seis de la tarde, si había consejo, y á las cinco si no lo había, todo estaba concluido, y ya no se hablaba más de negocios. El regente entonces iba ó á la ópera ó á casa de duquesa de Berry, su hija; pero en la época á que nos referimos reemplazaba esta distracción por cualquiera otra, porque estaba reñido con su hija á causa de su casamiento con Riom, según ya sabemos. Después llegaba la hora de aquellas famosas cenas que tanto ruido hicieron, y que se daban en el verano en Saint-Germain y Saint-Cloud, y en el invierno en el Palacio Real.

Asistían á ellas de diez á quince personas, pocas veces más, pocas veces menos. Los caballeros concurrentes eran el duque de Broglie, Noil, Brancas, Biron, Canillac y algunos jóvenes calaveras, bri-

llantes por su talento, ó famosos por su disipación. Las damas eran las señoras de Parabere, de Phalaris, de Sabran y d'Averne, alguna célebre actriz de la ópera, y á veces la duquesa de Berry. La presencia de su alteza real aumentaba en algunas ocasiones la licencia de aquellas cenas, pero jamás la coartaba en lo más mínimo. En ellas reinaba la igualdad más absoluta: se murmuraba de reyes, ministros, consejeros y damas; se mondaba, se cernía, se aventaba, digámoslo así, la conducta de todos, y se hacían patentes sus menores faltas. Allí la lengua francesa adquiría la libertad de la latina; allí todo se decía ó hacía con tal que se contase ó hiciese con gracia y talento; por esto aquellas cenas tenían tal atractivo para el regente, que cuando, llegada la hora, entraba el último convidado, las puertas se cerraban y atrancaban; de modo, que cualquiera que fuese el negocio que sobreviniera, aunque interesase al rey, á la Francia ó al regente mismo, era inútil proponerse penetrar hasta él. La clausura duraba hasta rayar el alba.

Dubois raras veces asistía á semejantes cenas con motivo de su delicada salud; así era que sus enemigos se aprovechaban de aquellos momentos para desacreditarle. El duque de Orleans reía á carcajadas de los ataques que se dirigían á su ministro, al ver como cada uno daba su picotazo, dentellada ó arañazo en el descarnado esqueleto de su antiguo ayo. No ignoraba Dubois que la mayor parte del

tiempo él era quien hacía el gasto de la murmuración; pero como sabía también que siempre el regente olvidaba por la mañana lo que por la noche le habían dicho acerca de su ministro, hacia poco caso de aquellos asaltos que se daban á su reputación, derribada por las noches, y erigida por el día en mayores proporciones.

Y era también que el regente, que se sentía de día en día más pesado, sabía que podía contar con la vigilancia de Dubois: éste velaba cuando aquél dormía, cenaba ó cazaba. Dubois, al cual parecía que sus piernas no podían sostener, era infatigable; hallábase en todas partes en que el regente estaba, pasando detrás de él como una sombra, mostrando su semblante de zorro, ya á la puerta de un salón, ya atisbando al través de las persianas de un palco; Dubois, en fin, parecía poseer el don de segunda vista.

Al volver de su expedición á Rambouillet, donde le hemos visto velar por el regente con tanta solícitud y asiduidad, hizo llamar á maese Tapin, que cabalgando en un excelente caballo inglés disfrazado de montero, se había mezclado sin ser conocido entre la comitiva del príncipe. Habló con él por espacio de una hora, le dió sus instrucciones para el día siguiente, durmió cuatro ó cinco horas, se levantó, y á las siete, satisfecho de las ventajas que había alcanzado en el ánimo del regente, y de las cuales pensaba sacar gran partido, se presentó en

la puertecita de la alcoba, que el ayuda de cámara de S. A. R. le abría siempre, aunque el duque de Orleans no estuviese solo.

El regente dormía aún.

Dubois se acercó al lecho, y le miró por algún tiempo con una sonrisa que participaba á la vez de la expresión del mono y de la de Lucifer.

Finalmente, se decidió á despertarle, y en voz alta gritó:

— Vamos, monseñor, despertad, que ya es hora.

El duque de Orleans abrió los ojos, vió á Dubois, y creyendo librarse de él por medio de algunos de aquellos insultos á que su ministro estaba acostumbrado, y que se deslizaban por él como el agua por el hule, le dijo:

— ¡ Ah ! ¡ eres tú, abate ! ¡ Véte al infierno ! Y volvió la cara á la pared.

— Monseñor, de allí vengo; pero el diablo se halla demasiado ocupado para recibirme, y me ha enviado á vuestra alteza.

— Déjame en paz; estoy cansado.

— Ya lo creo: la noche ha sido tempestuosa, ¿ no es cierto ?

— ¿ Qué quieres decir ? preguntó el duque volviéndose un poco hacia Dubois.

— Que la ocupación que ha tenido vuestra alteza esta noche pasada no era para que me citase á las siete de la mañana.

— ¡ Abate! ¿ te he citado yo acaso para las siete?

— Sí, monseñor, ayer mañana, antes de salir vuestra alteza para Saint-Germain.

— ¡ Pardiez! ¡ es verdad! dijo el regente.

— Vuestra alteza ignoraba sin duda que la noche llegaría á ser un tanto fatigosilla.

— ¡ Fatigosa! me levanté de la mesa á las siete.

— Sí, pero después...

— ¡ Y bien! después...

— ¿ Está vuestra alteza contento? Vamos, decidme; ¿ vale al menos la muchacha la pena de hacer una expedición por ella?

— ¿ Qué expedición?

— La que emprendió vuestra alteza ayer noche después de comer, luego que se levantó de la mesa, á las siete.

— El que te oiga, creará que cuesta mucho trabajo venir de Saint-Germain aquí.

— Vuestra alteza dice muy bien; de Saint-Germain aquí no hay más que un paso; pero hay un medio de alargar el camino.

— ¿Cuál?

— Pasar por Rambouillet.

— Tú sueñas, abate.

— Puede ser: entonces contaré á vuestra alteza mi sueño; lo cual probará, que aun soñando, pienso en vos, monseñor.

— Algún nuevo chisme.

— No, monseñor: he soñado que vuestra alteza habia levantado un ciervo en la enrucijada de Freillaje, y que el animal, civilizado como un ciervo de ilustre casa, se dejó perseguir noblemente en un espacio de cuatro leguas cuadradas, dejándose coger por último hacia Chambourey.

— Hasta ahí tu sueño es verdadero. Continúa, abate, continúa.

— Después entró vuestra alteza en Saint-Germain, y se sentó á la mesa á las cinco y media, mandando que le tuviesen dispuesto el coche de incógnito con cuatro caballos para las siete y media.

— Vamos, no vas mal, abate, no vas mal.

— En efecto, á las siete y media vuestra alteza despidió á toda su comitiva, excepto á La Fare, con el cual subió al carruaje. ¿ Es cierto?

— Adelante.

— El coche se dirigió á Rambouillet, donde llegó á las diez menos cuarto, y se paró en las primeras casas del pueblo. Vuestra alteza se apeó, y mientras La Fare continuaba su camino hacia la fonda del Tigre Real, vos, monseñor, le seguiais bajo el traje de montero.

— Aquí es donde tu sueño empieza á embrollarse; ¿ no es verdad, abate?

— Nada de eso, monseñor.

— Continúa pues.

— Mientras el fatuo de La Fare tomaba una mala cena que le servian tratándole de excelencia,

vuestra alteza daba su caballo á un paje y se dirigia á pie hacia un pequeño pabellón.

— ¡ Eres el demonio ! ¿ y dónde estabas oculto ?

— Yo, monseñor, no he salido del Palacio Real, he dormido como un lirón, y la prueba es que ahora le cuento á vuestra alteza mi sueño.

— Dime, ¿ y qué había en aquel pabellón ?

— En primer lugar estaba á la puerta una horrible dueña, alta, seca, acartonada.

— Dubois, yo te recomendaré á la Desroches, y la primera vez que te encuentre, te sacaré los ojos.

— Después en lo interior... ¡ Ah! en lo interior...

— En lo interior, pobre abate, no has podido ver nada ni aun en sueños.

— ¡ Oh ! me quitaría vuestra alteza, y con razón, las quinientas mil libras esterlinas que gasto en policía secreta si con esta suma no pudiese entrar en lo interior.

— Vamos, ¿ y qué has visto ?

— Una bretoncita hechicera, de diez y seis á diez y siete años... sí... hermosa como el amor... más linda que ciertos amores ; que venia via recta del convento de Agustinas de Clisson, acompañada hasta Rambouillet por una anciana religiosa, cuya presencia no dejaba de ser un estorbo, y que por lo tanto recibió la orden de volverse... ¿ No es eso ?

— Dubois, más de una vez se me ha venido á la imaginación de que eres el diablo que ha tomado la figura de abate para perderme.

— Para salvaros, monseñor, para salvaros.

— ¡ Para salvarme ! mucho lo dudo.

— ¡ Y bien ! veamos, continuó Dubois con diabólica sonrisa ; ¿ ha quedado vuestra alteza contento de la niña ?

— ¡ Encantado, Dubois ; es preciosa !

— ¡ Pardiez ! vuestra alteza la ha hecho venir de muy lejos creyéndolo así ; y si no lo fuese, habría sido vuestra alteza robado.

El regente frunció las cejas ; pero reflexionando que Dubois ignoraba todo lo demás, se serenó completamente y al fin se sonrió.

— Vamos, Dubois, le dijo : verdaderamente eres un grande hombre.

— Solo vuestra alteza lo ha dudado ; y sin embargo no merezco vuestra confianza, monseñor.

— ¿ Tú ?

— Sin duda ; vuestra alteza me oculta sus amores.

— Vamos, no te enfades, Dubois.

— Sin embargo, no me faltan motivos.

— ¿ Por qué ?

— Porque puedo asegurar á vuestra alteza que yo hubiera encontrado una cosa tan buena ó talvez mejor. ¿ Por qué no me habéis dicho, monseñor, que queríais una bretona ? Yo la hubiera traído aquí, señor ; yo la hubiera traído.

— ¿ De veras ?

— ¡ Vaya ! á montones las hubiera yo encontrado.

— ¿Semejantes á ella?

— Y mejores.

— ¡ Señor abate!

— ¡ Pardiez! vaya una conquista que ha hecho vuestra alteza.

— ¡ Señor Dubois!

— ¡ Acaso creerá vuestra alteza haber hallado un tesoro!

— ¡ Hola! ¡ hola!

— Cuando vuestra alteza sepa á lo que se expone, y quién es esa bretona...

— No nos chanceemos, abate; te lo suplico.

— ¡ Ah! á decir verdad, confieso francamente que os compadezco, monseñor.

— No comprendo.

— Una apariencia os persuade; una noche os enamora como si fuéis un estudiantillo; y á la mañana siguiente no halláis nada comparable con la recién llegada. Pero, ¿ tan hermosa es, monseñor, esa niña?

— Divina.

— ¡ Y virtuosa!... ¡ Oh! la virtud misma; se la han escogido á vuestra alteza entre ciento, ¿ no es así?

— Exactamente, querido.

— Pues bien, yo declaro á vuestra alteza que se pierde.

— ¡ Yo!

— Monseñor, esa bretona es una muchacha cualquiera.

— ¡ Silencio, abate!

— ¡ Cómo silencio!

— Sí, no prosigas, te lo prohibo, repuso el regente con aire grave.

— Monseñor, habéis tenido un mal sueño; permitidme que os le explique.

— Señor José, os enviaré á la Bastilla.

— Á la Bastilla ó á donde vuestra alteza quiera; pero no por eso dejaré de deciros que es bribonzuela...

— ¡ Es mi hija, señor abate!

Dubois retrocedió espantado; á su maligna sonrisa sucedió la expresión de la mayor sorpresa.

— ¡ Hija de vuestra alteza!... ¿ Y de quién además, señor?

— De una mujer honrada, abate, que ha tenido el honor de no haberte conocido.

— ¡ Y la niña!...

— La niña ha permanecido oculta de todos, porque no empañasen su pureza, ni la mirada, ni las palabras de reptiles venenosos como tú.

Dubois se inclinó profundamente, y se retiró con respeto y en la actitud de un hombre asombrado. El regente le siguió con una mirada victoriosa hasta que hubo cerrado la puerta.

Peró Dubois no se turbaba con tanta facilidad, y no bien había cerrado la puerta que le separaba del

regente, cuando ya habia vislumbrado en la oscuridad que por un momento cubrió sus ojos, una luz que para él era muy brillante, y que le colmó de alegría. Así, pues, iba diciendo mientras bajaba la escalera:

— ¡Y yo que decía que esta conspiración llevaba en su seno mi mitra de arzobispo! ¡Imbécil!... en sabiéndola manejar con primor, dará á luz mi capelo de cadenal.

## IX

## Otra vez en Rambouillet

A la hora convenida, Gastón, en extremo impaciente, se presentó en la habitación de Elena; pero le fué preciso hacer antesala, porque la señora Desroches ponía dificultades en autorizar la visita. Mas Elena se explicó con tanta claridad como firmeza, y declaró que considerándose dueña de juzgar lo que era ó no decente, estaba decidida á recibir á su compatriota el caballero de Livry, que iba á despedirse de ella. El lector recordará que este era el nombre que Gastón habia tomado al ponerse en camino, y el que contaba llevar, excepto para aquellos con los cuales tenia que tratar el asunto que le obligaba á ir á Paris.

La señora Desroches se retiró, pues, de muy mal humor á su estancia, procurando no obstante oír la conversación de los dos jóvenes; pero temiendo Elena una sorpresa, cerró por sí misma la puerta del corredor, á la cual echó el cerrojo.

— Por fin estáis aquí, amigo mio; os esperaba

regente, cuando ya habia vislumbrado en la oscuridad que por un momento cubrió sus ojos, una luz que para él era muy brillante, y que le colmó de alegría. Así, pues, iba diciendo mientras bajaba la escalera:

— ¡Y yo que decía que esta conspiración llevaba en su seno mi mitra de arzobispo! ¡Imbécil!... en sabiéndola manejar con primor, dará á luz mi capelo de cadenal.

## IX

## Otra vez en Rambouillet

A la hora convenida, Gastón, en extremo impaciente, se presentó en la habitación de Elena; pero le fué preciso hacer antesala, porque la señora Desroches ponía dificultades en autorizar la visita. Mas Elena se explicó con tanta claridad como firmeza, y declaró que considerándose dueña de juzgar lo que era ó no decente, estaba decidida á recibir á su compatriota el caballero de Livry, que iba á despedirse de ella. El lector recordará que este era el nombre que Gastón habia tomado al ponerse en camino, y el que contaba llevar, excepto para aquellos con los cuales tenia que tratar el asunto que le obligaba á ir á Paris.

La señora Desroches se retiró, pues, de muy mal humor á su estancia, procurando no obstante oír la conversación de los dos jóvenes; pero temiendo Elena una sorpresa, cerró por sí misma la puerta del corredor, á la cual echó el cerrojo.

— Por fin estáis aquí, amigo mio; os esperaba

con tanta ansiedad, que no he dormido en toda la noche.

— Ni yo, Elena; pero permitidme que admire tanta magnificencia. Vos, en primer lugar, con ese primoroso traje de seda... con ese adorno en la cabeza... ¡Qué hermosa estáis así!

— No me parece que esto os lisonjea mucho.

Gastón no contestó, y continuó su examen.

— Y estas ricas colgaduras, y esta alfombra, y estos cuadros preciosos, tanta plata y oro... Vuestros protectores, al parecer, son opulentos.

— Ya lo creo, dijo Elena sonriéndose; sin embargo, estos tapices y estas molduras que os admiran, como á mi me han admirado, son viejos y no se estilan, y los reemplazarán con otros mejores.

— Estoy viendo que Elena va á ser una dama poderosa, dijo Gastón esforzándose por sonreirse; ya me he visto precisado á hacer antesala.

— Querido amigo, ¿no la haciais también en nuestro lago, cuando me esperabais en la barca horas enteras?

— Entonces estabais en el convento, y sólo esperaba que os dejase vuestra madre la digna abadesa.

— Ese título es muy sagrado, ¿no es verdad?

— ¡Oh! sí.

— ¿Os tranquiliza, os impone respeto y obediencia?

— Sin duda.

— Pues bien, figuraos, cuál será mi alegría,

amigo mio; aqui he hallado la misma protección, el mismo cariño, todavía más poderoso, más sólido, más duradero.

— ¡Cómo! exclamó Gastón admirado.

— He encontrado...

— ¿Á quién?

— Á mi padre.

— ¡Vuestro padre!... ¡Cuán feliz me siento con lo que me decís! Un padre que velará por mi amiga, por la elegida de mi corazón.

— En efecto, velará... pero de lejos.

— ¡Cómo! ¿se aparta de vos?

— ¡Ah! según parece, nos separa el mundo.

— ¿Es un secreto?

— Hasta para mí misma; ya comprenderéis que si no fuese así, os lo hubiera dicho todo.

— ¡Algún infortunio de nacimiento... alguna persecución contra vuestra familia... ó quizás algún obstáculo pasajero!

— Lo ignoro.

— ¿Conque verdaderamente es un secreto? Pero, añadió sonriéndose; como confío en vos, os permito que me lo ocultéis si vuestro padre os lo ha mandado. No obstante, voy á haceros otra pregunta, ¿no os incomodaréis?

— ¡Oh! ¡no!

— ¿Estáis contenta? ¿es un padre de quien podéis estar satisfecha?

— Así lo creo; su corazón parece noble y bueno, su voz es dulce y armoniosa.

— ¡ Su voz!... pero ¿ se os parece?

— No lo sé; no lo he visto.

— ¿ Decís que no le habéis visto?

— Sí; como era de noche...

— ¡ Un padre no ha procurado ver á su hija!... á vos, ¡ tan bella!... ¡ qué indiferencia!

— No lo creáis, amigo mío; no ha estado indiferente conmigo: me conoce; ya sabéis que tiene mi retrato, el que os dió tantos celos en la pasada primavera.

— Pero no comprendo...

— Os digo que era de noche.

— En ese caso se encienden luces, repuso Gastón con frialdad.

— Es verdad, pero cuando hay razones para no querer ser visto...

— ¡ Qué decís! replicó Gastón; ¿ qué razones puede tener un padre para ocultarse de su hija?...

— Me parece que puede tenerlas muy poderosas; y vos, que sois una persona de talento, podéis admirarlas mejor que yo: sin embargo, no me admiro...

— ¡ Oh! mi querida Elena, exclamó pensativo Gastón; ¡ qué me contáis!... ¡ qué incertidumbre acabáis de introducir en mi alma!...

— ¡ Vuestras palabras me asustan, amigo mío!

— Decidme, ¿ de qué os ha hablado vuestro padre?

— Del amor que siempre me ha tenido.

Gastón hizo un movimiento.

— Me ha prometido que en adelante sería dichosa; que desde luego quería que cesase toda la incertidumbre de mi pasada suerte; que despreciaría todas las consideraciones que hasta ahora le habian movido á negar que tenia tal hija.

— Palabras... y solo palabras; mas ¿ qué prueba os ha dado de ese amor?... Elena, perdonadme estas preguntas insensatas; preveo un abismo de desgracias; quisiera que por un momento, en vez de ese candor angelical, de que tan orgulloso estoy, tuvieseis la astucia infernal del espíritu maligno: entonces me comprenderíais, y no pasaría yo la humillación y vergüenza de ofender vuestra pureza con este interrogatorio, tan indispensable para nuestra futura felicidad.

— Gastón, no puedo contestaros, porque no comprendo lo que decís.

— Decid, ¿ os ha manifestado mucho cariño?

— ¡ Oh! sí, mucho,

— Pero, en fin, en esa oscuridad, para hablar... para aproximarse á vos...

— Me tomó la mano, y la suya temblaba entre las mías.

Gastón cerró los puños trémulo de cólera.

— Y os ha abrazado paternalmente, ¿no es verdad?

— Me ha dado un beso en la frente; un solo beso que he recibido de rodillas.

— ¡Elena! exclamó Gastón, ¡Elena! creo en mis presentimientos; os engañan, sois víctima de una trama infernal. Ese hombre que se oculta, que teme que le veáis, que os llama hija suya, no es vuestro padre.

— Gastón, me destrozáis el corazón.

— Elena, las criaturas celestiales podrían envidiar vuestra inocencia, pero en la tierra se abusa de todo; los ángeles han sido profanados é insultados muchas veces por los mortales; ese hombre á quien conoceré, á quien no dudo encontrar y al que obligaré á tener confianza en el honor y en el cariño de una hija tan leal como vos, me dirá si no es el más vil de los seres creados, y si puedo llamarle mi padre, ó matarle como á un infame.

— Gastón, vuestra razón se extravía; ¡qué estáis diciendo! ¿por qué teméis tan horrorosa traición? Y ya que despertáis mis sospechas, ya que ilumináis los innobles dédalos del corazón humano, que yo repugnaba examinar, os hablaré con la misma franqueza: ¿no me tenía ese hombre en su poder? ¿no es suya esta casa? ¿no estarían prontos sus criados á ejecutar sus órdenes?... Gastón, habéis concebido contra mi padre un mal pensamiento, de que me pediréis perdón si me amáis.

Gastón se dejó caer desesperado en un sitial.

— Amigo mío, no acibaréis la única alegría pura que he gozado en mi vida, cuya eterna soledad me ha arrancado tantas lágrimas, creyéndome abandonada para siempre, y sin otra afección que aquella de que el cielo nos prohíbe ser pródigas. Dejad que el amor filial me indemnice de los remordimientos que siento á veces por amaros con una idolatría culpable.

— ¡Elena, perdonadme! exclamó Gastón; sí, decís bien, he empañado con mi contacto material vuestro puro gozo y el afecto, quizás noble, de vuestro padre; pero en nombre de Dios, Elena, prestad por un momento oído á los temores de mi experiencia y de mi amor. No es la primera vez que las criminales pasiones del mundo especulan con la inocente credulidad. El argumento que os parece tan poderoso, es débil: apresurarse á manifestaros un amor tan culpable, sería una torpeza de que son incapaces los hábiles corruptores... pero arrancar poco á poco la virtud de vuestro corazón; seduciros por medio del lujo, con los adornos que halagan á vuestra edad; acostumbrar vuestra alma al placer, vuestros sentidos á nuevas impresiones; engañar, en fin, por medio de la persuasión, es victoria más dulce que la que resulta de la violencia. ¡Oh! Elena querida, creed á mi prudencia de veinticinco años; solo mi amor os habla; mi amor, que humilde y atento obedecerá las

menores insinuaciones de vuestro padre cuando sepa que realmente lo es.

Elena bajó la cabeza y no contestó.

— Yo os lo suplico, continuó Gastón; no toméis ninguna resolución extrema; pero estad prevenida, y no dejéis de vigilar á los que os rodean. Desconfiad de los perfumes que os ofrezcan, del licor que os presenten en cinceladas copas, hasta del sueño que os permitan. Guardaos, Elena; ya sabéis que sois mi honor, mi felicidad, mi vida, mi todo.

— Amigo mío, os obedeceré; pero tened entendido que no por eso he de dejar de amar á mi padre.

— Y adorarle, si yo me engañase, Elena.

— Sois un amigo noble y generoso, querido Gastón... quedamos convenidos.

— A la menor sospecha, escribidme...

— ¡Escribiros! ¿Acaso os vais?

— Voy á París á orillar ciertos asuntos de familia, de que ya os he enterado algo... Pararé en la fonda de *Los Toneles de Amor*, calle de Bourdonnais. Anotad estas señas, amiga mía, y no las enseñéis á nadie.

— ¿Y por qué tantas precauciones?

Gastón titubeó antes de contestar.

— Porque... si conociesen á vuestro defensor, en caso de que se formase algún proyecto contra vos, podrían desconcertar sus medios de socorremos.

— Vamos, vamos; veo también que estáis algo

misterioso, mi querido Gastón. Tengo un padre que se oculta, y un... amante (esta palabra me cuesta trabajo pronunciarla) que ya á ocultarse.

— Pero, no ignoráis las intenciones de éste, contestó Gastón; procurando sonreirse para encubrir su turbación.

— ¡Ah! ya vuelve la señora Desroches.... ha abierto la primera puerta; quizás le haya parecido demasiado larga nuestra entrevista; amigo mío, estoy en tutela lo mismo que en el convento.

Gastón besó la mano que le tendía su hermosa amiga por despedida.

La señora Desroches entró. Elena hizo un saludo muy ceremonioso, que Gastón le devolvió con la misma seriedad; mientras tanto, la señora Desroches dirigía al joven miradas escudriñadoras, de las que debían resultar las más exactas señas que puede tomar un espía de un individuo sospechoso.

Después de esta entrevista, Gastón emprendió su marcha para París. Ovénle esperaba con impaciencia. Para que los luises no sonasen en su bolsa de cuero, los había cosido en el forro de su calzón de ante. Tal vez, obrando así, quería acercarlos más á su persona.

Gastón llegó en tres horas á París. Esta vez Ovén no tuvo por qué quejarse de su lentitud, porque hombres y caballos llegaron bañados de sudor.

título de *Los Toneles de Amor*, el famoso bodegón que ya hemos mencionado, y en el que habitaba ó parecía habitar aquel la Jonquiere, que era por el momento la pesadilla de Dubois.

El dueño del figón creyó que Agazapado era un viejo escribiente de procurador, y contestó con mucha afabilidad y precisión á sus preguntas. Por él supo el esbirro que efectivamente estaba allí el capitán la Jonquiere; pero que habiéndose retirado la noche anterior después de las doce, se hallaba todavía durmiendo: esto era tanto más natural cuanto que apenas eran las seis de la mañana.

Agazapado no deseaba saber más: era un hombre lógico, y casi algebraico, que procedía de deducción en deducción. Si el capitán la Jonquiere dormía, era prueba evidente que estaba acostado; estaba acostado, luego vivía en la posada.

Agazapado volvió en seguida al Palacio Real, y halló á Dubois que salía de ver al regente, radiante de alegría al distinguir su capelo en perspectiva. Y no había necesitado menos que esta feliz disposición de ánimo para no enviar con cajas destempladas á sus emisarios, que le habían ya puesto bajo los cerrojos del Fuerte del Obispo una multitud de falsos la Jonquiere.

El uno era un capitán de contrabandistas llamado la Jonquiere, el cual había sido descubierto y preso por Hulismeo, y cuyo nombre era el que más conexión guardaba con el original.

## X

## El capitán la Jonquiere

Había en la calle de Bourdonnais (según el lector recordará por las señas que dió Gastón á Elena) un bodegón que casi podía llamarse fonda; no faltaba en ella lo necesario para comer y habitar, pero lo que sobre todo se podía hacer allí era beber.

Cierto esbirro, llamado el *Agazapado*, había tenido una conferencia con Dubois, quien le dió orden de buscar al célebre capitán la Jonquiere: maese Agazapado transmitió está orden á Hulismeo, el cual la comunicó á los jefes del la brigada, y todos se pusieron al punto en busca del militar sospechoso, empezando por registrar activamente todos los garitos y casas de Paris de equivoca reputación. Por experiencia sabían que en esta especie de casas es donde más suelen encontrarse los conspiradores.

Todos, pues, repetimos, se habían puesto en movimiento en busca de la Jonquiere; pero bien fuese casualidad ó destreza, solo maese Agazapado, después de invertir dos horas en investigaciones, descubrió en la calle de Bourdonnais, y con el

Otro era un tal la Jonquille, sargento de guardias francesas. Como quiera que habían sido recomendadas á los espías las casas de mala fama, y se hubiese hallado á maese la Jonquille en una de ellas, fué víctima de un momento de debilidad por su parte, y de error por la de los emisarios del abate.

También había sido preso otro llamado la Jupiniere, lacayo de la casa de un grande. Desgraciadamente el portero de esta casa era tartamudo, y el esbirro, que tenía muy buenos deseos, había oído la Jonquiere en vez de la Jupiniere.

Por último, antes que se tuviera noticia del resultado de las investigaciones de la mitad de la brigada, había ya diez personas presas, y era probable que las prisiones continuaban, y que se pasaba revista á todas las analogías nominales. Desde que Dubois diera aquella orden, la analogía reinaba despóticamente en París.

Cuando Dubois, que á pesar de su buen humor juraba y maldecía por no perder la costumbre, oyó la relación de Agazapado, se frotó las narices hasta hacerse sangre: esta era buena señal.

— Entonces, dijo Dubois, ¿es el capitán la Jonquiere que tú has hallado?

— Sí, monseñor.

— ¿Se llama verdaderamente la Jonquiere?

— Sí, monseñor.

— L-a la, J-o-n Jon-la Jon, q-u-i qui, e-r-e ere

la Jonquiere, dijo de nuevo Dubois deletreando las palabras.

— La Jon-qui-ere, repuso maese Agazapado.

— ¿Un capitán?

— Sí, monseñor.

— ¿Un verdadero capitán?

— He visto sus insignias.

Esta respuesta pareció suficiente á Dubois en cuanto al grado; pero faltaba la identidad.

— Bueno, dijo continuando sus preguntas, ¿y qué hace?

— Aguarda, se aburre y bebe.

— Ese debe ser, repuso Dubois: aguarda, se aburre y bebe.

— Y bebe, repitió Agazapado.

— ¿Y paga? preguntó Dubois, para quien era de mucho interés esta circunstancia.

— Y muy bien, monseñor.

— Perfectamente, Agazapado; eres hombre de talento.

— Monseñor, contestó Agazapado con modestia, es favor que me dispensáis, pues la cosa es sencilla; si no pagase no podría ser hombre peligroso.

Ya hemos indicado que maese Agazapado era muy lógico.

Dubois le dió diez luises por vía de gratificación, y le comunicó nuevas órdenes: dijo á su secretario que si iban otros esbirros, les hiciese saber que no se necesitaban más la Jonquieres, se vistió con

presteza y se dirigió á pie á la calle de Bourdonnais.

Desde las seis de la mañana el director de caminos, Mr. de Argenson, habia puesto á disposición de Dubois media docena de guardas disfrazados de soldados y con instrucciones. Algunos le seguían, otros le habian precedido.

Digamos ahora algo sobre el interior del figón donde vamos á introducir al lector.

*Los Toneles de Amor* era, como hemos dicho, semi-fonda, semi-taberna. En ella se bebía, se comía y se dormía. Las habitaciones estaban en el primer piso, y las salas de la taberna en el bajo.

La principal de estas salas, que era la general, estaba amueblada con cuatro mesas de encina, una multitud de banquillos, cortinas encarnadas y blancas, algunos bancos á lo largo de las paredes, vasos en un mostrador; estampas puestas en medias cañas doradas que representaban unas los diversos viajes del Judío Errante, y otras la sentencia y ejecución de Duchauffour; todo ennegrecido por el humo y exhalando un nauseabundo olor á tabaco. En esta sala estaba paseándose un hombre grueso, de rostro colorado, de unos treinta y cinco años de edad, y bullía una muchacha de unos doce á catorce, de semblante pálido.

Eran estos el dueño de la fonda de *Los Toneles de Amor* y su hija única, que debiendo heredar algún

día su casa y su comercio, se adiestraba en él bajo la dirección paterna.

Un marmitón componía en la cocina un guisado que despedía un fuerte olor á riñones de carnero con vino.

La sala estaba todavía desierta; pero en el momento en que el reloj daba la una, entró un soldado de guardias francesas, el cual deteniéndose junto á la puerta murmuró:

« Calle de Bourdonnais, figón de *Los Toneles de Amor*... en la sala general... una mesa á la izquierda... sentarse y esperar. »

Después, obedeciendo á esta consigna, el digno defensor de la patria fué á sentarse en el sitio indicado, silbando una canción de cuerpo de guardia, y atusándose el bigote con cierto aire de coquetismo militar muy cumplido.

No bien se habia sentado, y cuando levantaba el puño para dar sobre la mesa; lo que en la lengua de todas las tabernas del mundo equivale á decir: ¡ vino! otro soldado, vestido exactamente de la misma manera, se presentó en el umbral de la puerta, murmuró también algunas palabras, y después de haber titubeado un momento, fué á sentarse junto al primero.

Los dos soldados se miraron fijamente; después, cada uno por su lado dejó escapar esta exclamación: « ¡ Ah! ¡ ah! » la cual en todas partes y paises indica la sorpresa.

— ¡ Eres tú, Merodeo! dijo el uno.

— ¡ Eres tú, Escamote! dijo del otro.

— ¿ Qué vienes á hacer á esta taberna?

— ¿ Y tú?

— No lo sé.

— Ni yo tampoco.

— ¿ Luego estás aquí?..

— De orden superior.

— ¡ Calla! lo mismo que yo, ni más ni menos.

— ¿ Y tú esperas?..

— A un hombre que debe venir.

— Y decirme una palabra convenida.

— ¿ Y luego?..

— Obedecer á ese hombre como si fuese al mismo maese Agazapado.

— Eso es; y mientras espero me han dado un doblón para beber.

— A mí también me han dado otro doblón; pero no me han dicho que fuese para beber.

— Y en la duda....

— En la duda, como dice un sabio, no me abstengo.

— Entonces bebamos.

Y la mano que se había levantado sobre aquella mesa, cayó esta vez para llamar al tabernero: pero era inútil, porque el huésped, que había visto entrar á los dos parroquianos, y que por su uniforme conoció eran aficionados, permanecía de pie con las piernas unidas, la mano izquierda en el

bolsillo de los calzones, y la derecha en el gorro de algodón.

No había hombre más divertido que el dueño de *Los Toneles de Amor*.

— ¡ Vino! gritaron á un tiempo Escamote y Merodeo.

— De Orleáns, añadió el primero, que parecía más inteligente en vino; me gusta más porque rasca la garganta.

— Señores, dijo el huésped con horrible sonrisa, no es cierto que mi vino rasque; pero si lo es que tiene muy buen gusto.

Y trajo una botella destapada.

Los dos soldados llenaron sus vasos y bebieron. Después los dejaron sobre la mesa, haciendo cada uno un gesto diferente, pero que demostraba que habían recibido la misma impresión.

— ¿Cómo diablos has dicho que tu vino no rasca? Desuella.

— ¡ Ah! ¡ es un valiente vino, señores! repuso el huésped.

— Si, replicó Escamote, no le falta más que el estragón.

El tabernero se sonrió como hombre inteligente en materia de chanzas.

— ¿ Queréis otra botella? preguntó.

— Si la queremos se os pedirá.

El huésped se inclinó y comprendió la invitación,

dejando á los dos soldados que hablasen de sus negocios.

— Pero, dijo Merodeo á Escamote, tú sabes que hay algo más que lo que me has dicho; ¿no es verdad?

— Sí, sé que se trata de cierto capitán, contestó Escamote.

— Eso es; más para prender á ese capitán presumo que nos prestarán auxilio.

— Sin duda; dos contra uno no es suficiente.

— Te olvidas del hombre de la consigna: ese es el auxiliar.

— Me parece que oigo ruido.

— En efecto, alguien baja la escalera.

— ¡Chist!

— ¡Silencio!

Y los fingidos soldados, más esclavos de su consigna que si hubieran sido verdaderos militares, llenaron los vasos y hubieron, volviendo con disimulo la vista hacia la escalera.

No se habían engañado nuestros dos observadores. En efecto, los peldaños de una escalera que daba al piso principal, de la cual hemos olvidado hacer mención, crujían bajo un peso bastante respetable, y los huéspedes interinos de la sala general pudieron ver primero unas piernas, después un cuerpo y luego una cabeza que se acercaban. Las piernas estaban calzadas con finas medias de seda, los mus-

los iban cubiertos con un calzón de casimir blanco; el cuerpo se hallaba vestido con una casaca azul, y la cabeza ostentaba un sombrero de tres picos, inclinado con gracia sobre la oreja. Un hombre menos experto que los soldados de guardias hubiera debido ver en el total un capitán, porque sus charreteras y su espada no dejaban duda alguna acerca del grado.

Este capitán, que no era otro que la Jonquiere, era un hombre de cinco pies y dos pulgadas, bastante grueso, de rostro animado, de ojos que expresaban una sagacidad maravillosa. Hubiérase dicho que conocía á los espías bajo su disfraz de soldados de guardias, porque los volvió la espalda apenas entró, y después dió un giro particular á su conversación con el huésped.

— Voy á salir, dijo: de buena gana comería aquí, porque ese olor á riñones me excita; pero estoy convidado con unos amigos en el figón de Pafos. Puede que venga un joven compatriota á preguntarme por mí; tengo que entregarle cien doblones, pero no puedo esperar más tiempo; si viene, que exprese cómo se llama, y le diréis que tenga la bondad de esperarme, que dentro de una hora estoy de vuelta.

— Está bien, capitán, dijo el posadero.

— ¡Eh! ¡vino! gritaron los soldados.

— ¡Ah! ¡ah! murmuró el capitán dirigiendo una mirada al parecer indiferente á los bebedores;

poco respeto tienen esos soldados á las charreteras.

Después, volviéndose al huésped, le dijo:

— Servid á esos señores; ya veis que están de prisa.

— ¡ Ah! dijo Merodeo levantándose, si lo permitís....

— Ya se ve que lo permito, contestó la Jonquiere, procurando sonreirse, y reprimiendo los deseos que tenía de zurrar á los dos blanquillos, cuyo aspecto le desagradaba. Después se dirigió á la puerta.

— Pero, capitán, dijo el huésped deteniéndole, no me habéis dicho cómo se llama el caballero que debe venir á buscaros.

La Jonquiere vaciló: un movimiento bastante militar de Escamote, que se volvió cruzando una pierna sobre otra y atusándose el bigote, le inspiró alguna confianza; al mismo tiempo Merodeo hizo saltar con las puntas de los dedos el tapón de la botella, imitando con la boca el ruido que hace en estos casos una botella de vino de Champaña. La Jonquiere se tranquilizó completamente.

— El caballero Gastón de Chanlay, dijo, respondiendo á la pregunta del huésped.

— Gastón de Chanlay, repitió éste. ¡ Diablos! esperad; nada tendría de extraño que se me olvidase. Gastón... Gascón... bueno, me acordaré de

de Gascón... Chanlay... bien, me acordaré de chancillería.

— Eso es, dijo gravemente la Jonquiere: Gascón Chancillería. No sería malo que abrieseis un curso de mnemónica, querido; y si todas vuestras reglas son tan seguras, no dudo que haríais fortuna.

El huésped se sonrió, y el capitán la Jonquiere salió después de haber mirado á uno y otro lado de la calle, como para examinar qué tiempo hacia, pero en realidad para ver si las esquinas y los portales ocultaban gente sospechosa.

Apenas había andado cien pasos en la calle de San Honorato, hacia la cual se dirigía, cuando Dubois se presentó á la puerta de la taberna de *Los Toneles de Amor*. Pasó por el lado del capitán la Jonquiere; pero como nunca había visto á tan importante personaje, no pudo conocerle.

Presentóse con atrevida desenvoltura en el umbral de la puerta, teniendo en la mano su raído sombrero; llevaba además una casaca de paño gris, calzón pardo y medias de lana; traje completo de un mercader de provincia.

— Cabalmente.

— ¿Y que está siempre dispuesto á levantar el palo cuando no se hace al punto lo que manda?

— Ese es, ese es el capitán la Jonquiere.

— ¿Luego le conocéis? preguntó el huésped.

— ¿Yo? no, respondió Dubois.

— ¡Ah! es verdad, porque habéis debido encontrarle á la puerta.

— ¡Diablo! ¿ha salido? dijo Dubois con un movimiento de despecho mal reprimido; mas conociendo al momento la imprudencia que cometía en dejarse llevar de su mal humor, hizo aparecer en sus labios una amable sonrisa.

— ¡Oh! no hace cinco minutos, repuso el huésped.

— ¿Pero volverá sin duda? preguntó Dubois.

— Dentro de una hora.

— ¿Me permitis que le aguarde?

— No hay inconveniente, con tal que toméis alguna cosa mientras viene.

— Dadme guindas en aguardiente, dijo Dubois; nunca bebo vino más que en las comidas.

Los dos soldados se miraron sonriéndose desdenosamente.

El tabernero llevó una tacita que contenía las guindas pedidas.

— ¡Ah! exclamó Dubois, no hay más que cinco. En San Germán en Laye dan seis.

— Bien puede ser, respondió el huésped; pero

XI

El señor Moutonnet, mercader de paños en San Germán en Laye

Después de haber dirigido Dubois una rápida mirada á los soldados, que continuaban bebiendo, se adelantó hacia el tabernero que estaba paseándose entre los banquillos y toneles.

— ¿No es aquí, preguntó aparentando cierta timidez, donde vive el señor capitán la Jonquiere? Desearía verle y hablarle.

— ¿Queréis hablar al capitán la Jonquiere? dijo el dueño del figón examinándole de pies á cabeza.

— Si no hay inconveniente, contestó Dubois, confieso que tendría mucho gusto en ello.

— Pero, ¿es al que vive aquí á quien queréis hablar? volvió á preguntar el huésped, que no tenía á Dubois por el sujeto que la Jonquiere esperaba.

— Así lo creo, dijo modestamente Dubois.

— ¿Uno grueso?

— Sí, señor.

— ¿Que bebe mucho?

no debéis echar en olvido que en San Germán no hay derechos de puertas.

— Es verdad, dijo Dubois; es la pura verdad; no me acordaba de los derechos de puertas; perdonad.

Y se puso, aunque de muy mala gana, á comer poco á poco una guinda; pero á pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, no pudo menos de hacer un gesto de los más marcados.

El huésped, que no perdía de vista uno solo de los movimientos de Dubois, notó aquel gesto, y se sonrió de satisfacción.

— Pero, ¿ dónde habita el valiente capitán la Jonquiere? preguntó Dubois como para entablar conversación.

— Esa es la puerta de su cuarto, contestó el posadero; ha preferido las habitaciones bajas.

— ¡ Ya! murmuró Dubois; las ventanas dan á la calle.

— Sin contar que su cuarto tiene una puerta que da á la de las Dos Bolas.

— ¡ Cómo! ¡ una puerta que da á la calle de las Dos Bolas! Amigo, esa es mucha comodidad; y el ruido que se hace aquí, ¿ no le molesta?

— ¡ Oh! tiene otro cuarto allá arriba, y duerme unas veces en uno y otras en otro.

— Como Dionisio el Tirano, dijo Dubois, que no podía dejar la costumbre de sus citas latinas ó históricas.

— ¿ Qué decís? repuso el tabernero.

Dubois comprendió que había cometido otra nueva imprudencia, y se mordió los labios. Felizmente uno de los soldados pidió en aquel momento vino, y el huésped, siempre pronto á semejante reclamo, se lanzó fuera de la sala.

Dubois le siguió con la vista: después, volviéndose hacia los dos soldados, les dijo:

— ¡ Vosotros, alerta!

— ¿ Qué hay, paisano? preguntaron los soldados.

— *Francia y Regente*, respondió Dubois.

— ¡ La contraseña! exclamaron á un tiempo los fingidos militares levantándose.

— Entrad en ese cuarto, dijo Dubois señalando el de la Jonquiere; abrid la puerta que da á la calle de las Dos Bolas, y ocultaos detrás de una cortina, debajo de una mesa, de un armario, en fin, donde podáis. Si cuando entre os llego á ver, os suspendo de sueldo por seis meses.

Los dos soldados vaciaron sus vasos, como hombres que no quieren perder nada de los bienes de la tierra, y entraron inmediatamente en el aposento indicado. Entretanto Dubois, que notó que no habían pagado, echó sobre la mesa una moneda de doce sueldos; después corrió á abrir la ventana, y dirigiéndose á un cochero simón que estaba parado delante de la casa, le dijo:

— Hulismeo, véte con el coche á la puerta que da á la calle de las Dos Bolas, y di á Tapin que suba

cuando yo le haga seña dando unos golpecitos en los vidrios. Ya tiene instrucciones, anda.

Cerró la ventana, y al mismo tiempo se oyó el ruido de un coche que se alejaba.

El huésped volvió con el vino : al primer golpe de vista echó de menos á los soldados.

— ¡ Calla ! dijo, ¿ dónde están esos hombres ?

— Un sargento los ha llamado por la ventana.

— ¡ Y se han ido sin pagar ! exclamó el huésped.

— No tal ; han dejado sobre la mesa una moneda de doce sueldos.

— ¡ Diablo ! ¿ doce sueldos ! repitió el tabernero ; yo no vendo mi vino de Orleans á menos de ocho sueldos la botella.

— ¡ Ah ! dijo Dubois, sin duda han creído que como eran militares les haríais alguna rebaja.

— En fin, replicó el tabernero, que saliendo todavía ganancioso se consolaba con facilidad : en fin, no se ha perdido todo ; estos chascos no son raros en nuestro oficio.

— Por fortuna, no tendréis que temer nada de eso con el capitán la Jonquiere, repuso Dubois.

— ¡ Oh ! eso sí que no ; el capitán es el *non plus ultra* de los huéspedes ; lo paga todo al contado, sin regatear. Verdad es que jamás encuentra nada bueno.

— ¡ Diantre ! exclamó Dubois ; eso será una manía.

— En efecto, es una manía, habéis dicho muy bien.

— Celebro mucho lo que me manifestáis acerca de la buena paga del capitán.

— ¿ Venís á pedirle dinero ? dijo el huésped : recuerdo que me ha significado que esperaba á uno, á quien debía entregar cien doblones.

— Al contrario, repuso Dubois ; le traigo cincuenta luises.

— ¡ Cincuenta luises ! vamos, es una cantidad regular : entonces no habré entendido bien ; en vez de pagar me diría que tenía que recibir. ¿ Sois por casualidad el caballero Gastón de Chanlay ?

— ¡ El caballero Gastón de Chanlay ! exclamó Dubois con mal reprimido gozo ; ¿ espera al caballero Gastón de Chanlay ?

— Al menos así me lo ha dicho, respondió el huésped, no sin admirarse del calor con que hacía la pregunta el comedor de guindas, que continuaba su tarea con los mismos gestos que un mono comiendo almendras amargas ; con que decidme, ¿ sois el caballero Gastón de Chanlay ?

— No, no tengo el honor de ser noble ; me llamo Moutonnet á secas.

— La nobleza no da ni quita honra ; bien puede uno llamarse Moutonnet y ser hombre honrado, dijo el tabernero con aire sentencioso.

— Sí, Moutonnet, repuso Dubois, apoyando con una inclinación de cabeza la teoría del huésped ;

Moutonnet, mercader de paños en San Germán en Laye.

— ¿Y decís que traéis cincuenta luises para el capitán?

— Sí, señor, contestó Dubois bebiendo conienzudamente el aguardiente después de haberse comido las guindas del mismo modo: figuraos que al registrar los antiguos libros de mi padre hallé en la casilla de las deudas pasivas la suma de cincuenta luises á favor del padre del capitán la Jonquiere. Entonces me puse en camino, y no he descansado un instante hasta que, á falta del padre que ha muerto, he encontrado al hijo.

— ¿Sabéis, maese Moutonnet, repuso el tabernero asombrado de tanta delicadeza, que no hay muchos deudores como vos?

— Los Moutonnet todos somos y hemos sido así de generación en generación; pero también cuando nos deben somos inflexibles. Á propósito de esto, voy á referiros el caso siguiente. Había un sujeto, muy honrado á fe mía, pero que desgraciadamente debía á la casa de Moutonnet ó hijo ciento sesenta libras: pues bien, mi abuelo le hizo reducir á prisión, y allí ha permanecido tres generaciones consecutivas, hasta que ha muerto hará unos quince días. Después de liquidadas mis cuentas, he visto que durante treinta años que ha estado preso nos ha costado doce mil libras; mas no importa, se hán sostenido los principios.

— Mas perdonadme, añadió Dubois, que miraba con disimulo á la puerta de la calle, junto á la cual hacia un momento que habia visto una sombra parecida á la del capitán: dispensadme que os entretenga con superfluidades que no os interesan. Por otra parte, aquí viene otro parroquiano.

— Vamos, justamente es la persona que esperáis, dijo el huésped.

— ¡El valiente capitán la Jonquiere! exclamó Dubois.

— El mismo. Entrad capitán, continuó diciendo el tabernero, os están esperando.

El capitán no habia podido desechar las sospechas que concibiera por la mañana; habia visto en la calle hombres que no conocía, caras que le parecieron siniestras. Al volver, pues, á casa lleno de desconfianza, dirigió una mirada investigadora, primero al sitio donde habia dejado á los soldados, cuya ausencia le tranquilizó un poco, y después al recién venido, cuya presencia no dejaba de incomodarle. Pero los hombres cuya conciencia no está muy tranquila hallan en fin en el exceso mismo de su inquietud, valor para arrostrar los peligros que presienten, ó por mejor decir se familiarizan con su miedo, y ya no le prestan oído. Además, tranquilizado la Jonquiere á vista de las trazas que presentaba el fingido mercader de paños de San Germán en Laye, le saludó cortesmente: Dubois contestó al saludo con una profunda reverencia.

Entonces la Jonquiere, dirigiéndose al huésped, le preguntó si había ido el amigo á quien esperaba.

— No ha venido nadie más que el señor, contestó aquél, pero no perdéis nada en el cambio de visitas: el uno venía á pedirnos cien doblones, y el otro viene á entregaros cincuenta lises.

La Jonquiere admirado se volvió hacia Dubois, que sostuvo aquella mirada, dando á su rostro toda la expresión de agrado y estupidez de que era susceptible.

El capitán, sin dejarse precisamente engañar, quedó satisfecho de la historia que Dubois le repitió con un aplomo admirable, y aun aquella restitución inesperada halagó su codicia á causa de la pasión immoderada que profesan los hombres á los sucesos imprevistos cuando se trata de cobrar dinero. Por otra parte, la generosa acción de aquel hombre que le buscaba por todas partes para entregarle unos fondos tan poco esperados, ganó su voluntad, y para mostrarse agradecido mandó al huésped que llevase una botella de vino de España, é invitó á Dubois á que pasase á su cuarto.

Dubois se aproximó á la ventana para tomar su sombrero que había dejado en un banco, y mientras la Jonquiere hablaba con el dueño de la casa, dió unos golpecitos en los vidrios.

En aquel momento se volvió el capitán.

— Pero acaso os molestaré en vuestro cuarto,

dijo Dubois, dando á su semblante la expresión más franca y risueña que podía tomar.

— Nada de eso, dijo el capitán; tiene buenas vistas; veremos pasar la gente mientras bebemos, y sobre todo os haré observar las caras tan lindas que hay en la calle de Bourdonnais. Os sonreis, ¿con que no os disgustan las caras bonitas, eh?

— Tal cual, dijo Dubois rascándose las narices distraído.

Este ademán imprudente le hubiera perdido en un sitio menos apartado del Palacio Real, pero en la calle de Bourdonnais pasó desapercibido.

La Jonquiere siguió al tabernero que llevaba las botellas y vasos; Dubois, que iba el último, tuvo tiempo de hacer una seña de inteligencia á Tapin, que se presentó en la sala acompañado de otros dos individuos. En seguida Dubois entró en el cuarto de la Jonquiere, y como hombre bien educado, cerró la puerta tras sí.

Los dos dependientes de Tapin se dirigieron á la ventana y corrieron las cortinas, mientras su jefe se colocaba detrás de la puerta del cuarto de la Jonquiere, de modo que le ocultase cuando se abriera.

El tabernero volvió al momento: había servido al capitán y á maese Moutonnet, y recibido del primero, que pagaba siempre al contado, un escudo de tres libras; iba pues á sentar aquella entraña en su libro y á poner el dinero en el cajón. Pero

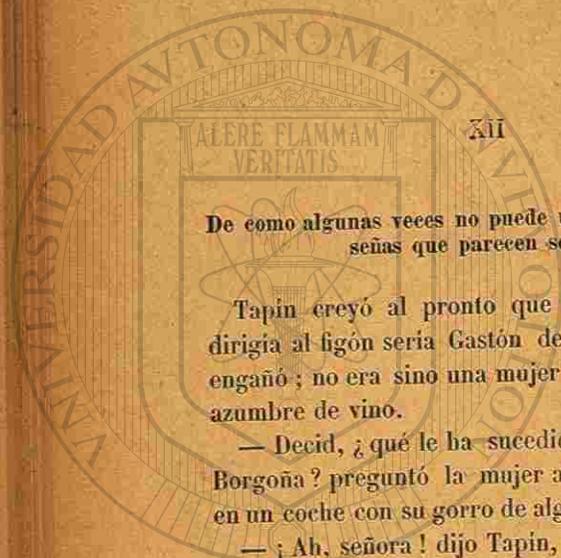
no bien hubo abierto y vuelto á cerrar la puerta, Tapin, que le acechaba, le puso su pañuelo en la boca, le bajó el gorro de algodón hasta la corbata, y le llevó como si fuera una pluma á un segundo coche de alquiler que cubría enteramente la puerta. Al mismo tiempo, uno de los corchetes se apoderó de la muchacha que estaba haciendo huevos para una tortilla, y el otro envolvió en una manta al marmitón que tenía el mango de la sartén, y en un momento el tabernero, su hija y su criado, escoltados por los dos individuos, se dirigieron hacia la cárcel de San Lázaro, conducidos rápidamente por dos buenos caballos y un cochero demasiado impaciente para ser simón.

Acto continuo Tapin, con el instinto de un buen agente de policía, revolvió la ropa de un armario que había encima de la puerta de la cocina, y sacó de él un gorro de algodón, una chaqueta y un delantal, con los cuales se disfrazó; después hizo una seña á un espía que estaba en la calle junto á la ventana, entrando éste para transformarse en mozo de taberna. En aquel momento se oyó en el cuarto del capitán un ruido semejante á una mesa que derribaran, botellas y vasos que se rompieran, luego juramentos, después caer una espada al suelo, y por último el más completo silencio.

Al cabo de un minuto hizo estremecer la casa el ruido de un carruaje que se alejaba por la calle de las Dos Bolas.

Tapin, que había prestado oído con ademán inquieto, dispuesto á precipitarse en el cuarto con su cuchillo de cocina en la mano, se enderezó con alegre rostro, y dijo: ¡Bien! ya está todo corriente.

— Ya era tiempo, mi amo, repuso el mozo, pues aquí viene un parroquiano.



De como algunas veces no puede uno fiarse de ciertas señas que parecen seguras

Tapin creyó al pronto que la persona que se dirigía al figón sería Gastón de Chanlay, pero se engañó ; no era sino una mujer que iba por media azumbre de vino.

— Decid, ¿ qué le ha sucedido al pobre maese Borgoña ? preguntó la mujer al entrar : le llevan en un coche con su gorro de algodón y su delantal.

— ¡ Ah, señora ! dijo Tapin, una desgracia que estábamos muy lejos de prever. Ese pobre maese Borgoña, en el momento en que menos se esperaba, estando hablando ahí conmigo, ha sido acometido de una apoplejía fulminante.

— ¡ Dios mío !

— ¡ Ah ! repuso Tapin alzando los ojos al cielo ; esto prueba, señora mía, que todos somos mortales.

— Pero, ¿ y la muchacha que se la llevan también ? continuó la vecina.

— Va á cuidar á su padre ; ese es su deber.

— ¿ Y el marmitón ? repuso la vecina, que no quería quedarse con la menor dificultad.

— Les hará la comida ; ese es su oficio.

— ¡ Bondad divina ! yo lo vi todo desde mi puerta, y nada comprendía. Así, aun cuando no se necesitaba, he venido por media azumbre de vino blanco para saber lo que hay.

— Pues ya lo sabéis, parroquiana.

— Y vos ¿ quién sois ?

— Yo soy Champaña, primo de Borgoña. Llegué esta mañana de la tierra : casualmente le traía dinero y noticias de la familia, cuando de repente la alegría, el enternecimiento... en fin... cayó de golpe... Preguntad á Espárrago, continuó Tapin señalando á su ayudante de cocina, que concluía la tortilla que habían empezado la hija del tabernero y el marmitón.

— ¡ Oh ! si, todo ha sucedido exactamente según lo cuenta maese Champaña, respondió Espárrago, enjugándose una lágrima con el mango de la espumadera.

— ¡ Pobre maese Borgoña ! entonces ¿ creéis que habrá que rogar á Dios por él ?

— Nunca es malo, ni está de más el rogar á Dios, dijo sentenciosamente Tapin.

— Vaya, pues, hacedme buena medida.

Tapin hizo un gesto afirmativo, y sirvió en efecto con conciencia á la vecina ; la cosa no era difícil, pues sólo se trataba de prodigar la hacienda ajena.

Borgoña habría bramado de dolor si hubiese visto la medida que Tapín llenaba de buen vino de Macón, y daba á la mujer por dos sueldos.

— Vamos, dijo ésta, voy á tranquilizar el barrio que comenzaba ya á commoverse, y os prometo que vendré siempre aquí por vino, maese Champaña. Hay más, si Borgoña no fuese vuestro primo, diría lo que pienso de él.

— Decid lo que queráis, vecina.

— Pues me parece que robaba mucho; esta jarra que vos acabáis de llenarme por dos sueldos, apenas lo hacía él por cuatro.

— ¡ Esas tenemos! dijo Tapín.

— ¡ Oh! maese Champaña, por más que se diga, si no hay justicia aquí abajo, la hay allá arriba. En fin, siempre ha sido una fortuna el que os hayáis encontrado aquí para continuar el comercio.

— Ya lo creo, dijo para sí Tapín; fortuna para sus parroquianos.

Y se apresuró á despedir á la mujer, temiendo nos llegase el caballero, y que semejantes explicaciones le pareciesen sospechosas.

Efectivamente, en el momento mismo y cuando el reloj daba las dos y media, entró un joven de noble aspecto cubierto con una capa azul llena de nieve.

— ¿Es esta la fonda de *Los Toneles de Amor*? preguntó el caballero á Tapín.

— Sí, señor.

— ¿Y vive aquí el señor capitán la Jonquiere?

— Sí, señor.

— ¿Está en casa?

— Sí, señor; acaba de entrar ahora poco.

— Hacedme el favor de decirle que está aquí el caballero Gastón de Chanlay.

Tapín se inclinó, y ofreciendo al caballero un asiento que no fué aceptado, entró en el cuarto del capitán la Jonquiere.

Gastón sacudió la nieve que tenía en las botas, después la que cubría su capa, y con la curiosidad de un hombre desocupado que espera, se puso á mirar los cuadros que estaban colgados en las paredes de la taberna, sin sospechar que tenía á su inmediación tres ó cuatro puñales que podían pasar á su pecho desde las vainas á una sola señal de aquel posadero tan humilde y tan obsequioso.

Después de trascurrir cinco minutos, volvió á entrar Tapín dejando abierta la puerta para indicar el camino, diciendo:

« El señor capitán la Jonquiere está á las órdenes del caballero de Chanlay. »

Gastón penetró en el cuarto, que estaba arreglado de un modo verdaderamente militar. En él se hallaba la persona que el tabernero presentó á Gastón como capitán la Jonquiere, en cuya fisonomía observó el caballero, ó que ocultaba perfectamente su genio, ó que no era un gran malón.

Pequeño, delgado, la nariz encarnada, los ojos grises, envuelto en un uniforme bastante raído, y

cuyas costuras le incomodaban, sin embargo, pegado á una espada tan larga como él : tal pareció á Gastón aquel formidable capitán á quien debía guardar la mayor consideración, según las instrucciones que llevaba del marqués de Pontcalec y de los demás conjurados.

— ¡ Qué feo es ! tiene toda la facha de un sacristán, » dijo para sí Gastón.

Después, al ver que aquel hombre se adelantaba hacia él para recibirle, le dijo :

— ¿ Es el capitán la Jonquiere á quien tengo el honor de hablar ?

— El mismo, dijo Dubois metamorfoseado en capitán ; en seguida, saludando á su vez, añadió :  
¿ Sois el caballero Gastón de Chanlay ?

— Sí, señor, respondió Gastón.

— ¿ Traéis las señales convenidas ?

— Aquí está la media moneda de oro, dijo Chanlay.

— Aquí está también la otra media, repuso Dubois.

Aproximaron los dos fragmentos del zequi, que encajaban perfectamente.

— Ahora, dijo Gastón, veamos los dos papeles.

El joven sacó de su bolsillo un papel cortado de un modo extraño, en el cual estaba escrito el nombre del capitán la Jonquiere.

Dubois sacó al momento otro papel igual en que estaba escrito el nombre del caballero Gastón de

Chanlay ; pusiéronles uno sobre otro ; estaban cortados ambos de un mismo modo, y sus recortes inferiores se ajustaban exactamente.

— Muy bien, dijo Gastón ; ahora la cartera.

Las carteras de Gastón y del fingido la Jonquiere fueron comparadas ; eran enteramente iguales, y ambas, aunque nuevas, contenian un calendario del año 1700, es decir, anterior en 19 años á la época en que se hallaban : esta era otra precaución de las que se habían tomado, temiendo que pudiesen ser imitadas las señas de reconocimiento.

Mas Dubois no habia tenido necesidad de imitar, habiéndose apoderado de cuanto tenia el capitán la Jonquiere ; con su diabólica astucia y su infernal instinto, lo adivinó todo y de todo pensó sacar partido.

— ¿ Y ahora ? dijo Gastón.

— Ahora, repuso Dubois, podemos hablar de nuestros negocios. ¿ No es eso lo que queréis decir, caballero ?

— Justamente ; pero, ¿ estamos seguros ?

— Como si nos halláramos en medio de un desierto.

— Sentémonos pues, y hablemos.

— Con mucho gusto, caballero.

Sentáronse uno á cada lado de la mesa, en la cual habia una botella de Jerez y dos vasos. Dubois llenó el uno ; pero en el momento de ir á llenar el

otro, Gastón puso la mano encima, dando á entender que no quería beber.

« ¡ Diablos ! pensó Dubois, es delgado y sobrio ; mala señal : César desconfiaba de los hombres flacos que no bebían nunca vino : así eran Bruto y Casio.

Gastón parecía que reflexionaba, y de vez en cuando dirigía una mirada escurridora á Dubois.

Este bebía su vino de España á tragos muy pequeños, y sostenía perfectamente la mirada del caballero.

— Capitán, dijo por último Gastón después de un rato de silencio, cuando se emprende así un negocio en que se arriesga la cabeza, bueno es conocerse á fin de que lo pasado responda del porvenir. Montlouis, Talhonet, de Couédie y Pontcalec son los que me envían á vos ; sabéis mi nombre y mi clase ; me ha educado un hermano que tenía motivos de odio contra el regente ; este odio lo he heredado yo ; y cuando hace tres años se formó en Bretaña la liga de la nobleza, entré en la conspiración. Ahora los conjurados bretones me han elegido para entenderme con los de París, recibir instrucciones del barón de Valef, que ha llegado de España, transmitírselas al duque de Olivares, agente de S. M. C. en Francia, y asegurarme de su asentimiento.

— ¿ Y qué debe hacer en todo eso el capitán la Jonquiere ? preguntó Dubois como si fuera él el que dudase de la identidad del caballero.

— Debe presentarme al duque. He llegado hace

dos horas ; he visto en primer lugar al barón de Valef, y después he venido á presentarme á vos. Ahora, ya sabéis la historia de Gastón de Chanlay tan bien como él mismo.

Dubois había escuchado esta narración fingiendo las diversas impresiones, como lo hubiera hecho el más eminente actor ; después, cuando Gastón hubo cesado de hablar, dijo, recostándose en su silla con noble indolencia :

— Por mi parte debo confesaros que mi historia es un poco más larga y está más llena de aventuras que la vuestra. Sin embargo, si deseáis que os la cuente, consideraré como un deber el obedeceros.

— Os he dicho, capitán, repuso Gastón inclinándose, que cuando ha llegado el caso en que nosotros nos hallamos, lo que más se necesita es conocerse mutuamente.

— Pues bien, replicó Dubois, me llamo como sabéis, la Jonquiere ; mi padre era lo mismo que yo, oficial aventurero. Este es un oficio en que se gana mucha gloria, pero que generalmente produce poco dinero. Mi glorioso padre murió, pues, dejándome por toda herencia su tizona y uniforme. Ceñime la primera que era un poco larga, y endoséme el segundo, que era un poco ancho. Desde entonces, continuó Dubois, mostrando al caballero la holgura de su casaca que ya Gastón había notado ; desde entonces he contraído la costumbre de mandarme hacer los uniformes anchos.

Chanlay se inclinó, queriendo dar á entender que nada tenía que objetar contra aquella costumbre, y que tenía por bueno el uniforme de Dubois, aunque él llevara un vestido que le venia más justo.

— Gracias á mi buena presencia, continuó Dubois, fui admitido en el regimiento *Real Italiano*, que al principio por economía y después porque la Italia no era ya nuestra, se reclutaba por entonces en Francia. Allí ocupé la plaza de cabo segundo; pero la víspera de la batalla de Malplaquet tuve con mi sargento un ligero altercado acerca de una orden que me comunicaba con la punta del bastón hacia arriba en vez de dármela, como era regular, con la punta del bastón hacia abajo.

— Perdonad, replicó Gastón, pero no comprendo en qué consistía la diferencia entre la orden dada de un modo y la que se diera de otro.

— La diferencia fué que al bajar su bastón dió en un pico de mi sombrero y me lo dejó caer, de lo que resultó un desafío, en que se introdujo mi sable por medio de su cuerpo. Ahora bien, como irremisiblemente me habrían pasado por las armas si hubiese tenido la complacencia de esperar á que me prendieran, di media vuelta á la izquierda, y á la mañana siguiente desperté; el diablo me lleve si sé cómo sucedió aquello; pero, como iba diciendo, lo cierto fué que desperté en el ejército del duque de Marlborough.

— Es decir, que desertasteis, repuso el caballero sonriéndose.

— Tenia en mi favor el ejemplo de Coriolano y del gran Condé, continuó Dubois, y esto me pareció suficiente excusa para con la posteridad. Asistí, pues, como actor (debo decirlo, porque hemos prometido no ocultarnos nada el uno al otro) á la batalla de Malplaquet, con que en vez de hallarme de un lado del río, me encontré del otro, y en lugar de volver la espalda al pueblo, lo tenía enfrente de mí. Creo que esta mudanza de sitio fué feliz para vuestro servidor. El *Real Italiano* dejó ochocientos hombres en el campo de batalla, mi compañía quedó destruida, y á mi compañero de cama le partió el cuerpo una de las diez y siete mil balas de cañón que se dispararon aquel día. La gloria de que mi difunto regimiento se habia cubierto llenó de tanta satisfacción al duque de Marlborough, que me hizo alférez en el campo de batalla. Con tal protector mucho podía yo haber adelantado; pero ya sabéis que su esposa, la maldita lady Marlborough, á quien Dios confunda, cometió la torpeza de dejar caer un vaso de agua en el vestido de la reina Ana. Aquel gran acontecimiento cambió la faz de la Europa, y en el trastorno que ocasionó, me hallé sin otro protector que mi mérito personal y los enemigos que me habia creado.

— ¿Y qué hicisteis entonces? preguntó Gastón,

que tomaba cierto interés en la vida aventurera del fingido capitán.

— Qué queréis, aquel aislamiento me llevó á pesar mío á alistarme al servicio de Su Majestad Católica, quien, debo hacerle esta justicia, no tuvo inconveniente en acceder á mi petición: al cabo de tres años me hicieron capitán; pero del sueldo de treinta reales diarios nos descontaban veinte, haciendo valer á nuestros ojos el grande honor que nos dispensaba el rey de España con quedarse con nuestro dinero. Como esta colocación de mis fondos no me pareciese que presentaba las seguridades necesarias, pedí á mi coronel el permiso de dejar el servicio de Su Majestad Católica y volver á mi querida patria, suplicándole me proporcionase alguna recomendación para que no se me molestara por aquella evolución de la batalla de Malplaquet. El coronel me recomendó entonces á S. E. el príncipe de Cellamare, el cual, habiendo encontrado en mí cierta disposición natural á obedecer las órdenes que se me dan sin hacer ninguna observación cuando se me han prevenido de un modo conveniente y acompañadas de cierta ceremonia, trató de emplearme activamente en la famosa conspiración á que dió su nombre; cuando de pronto se malogró el golpe por la delación de la Fillón y de un miserable escribiente llamado Buvat. Pero como S. E. pensase con mucha razón que aunque el negocio se había diferido no estaba

perdido aún, me recomendó á su sucesor, á quien espero que mis cortos servicios podrán ser de alguna utilidad, y á quien debo la honra de haber conocido á un caballero tan cumplido como vos. Disponed, pues, de mí como de vuestro atento y seguro servidor.

— Mi petición se limitará, capitán, respondió Gastón, á rogaros que me presentéis al duque, único con quien mis instrucciones me permiten franquearme y á quien debo entregar los pliegos del barón de Valef.

— Hoy mismo, caballero, dijo Dubois, dentro de una hora si queréis, dentro de diez minutos si es preciso.

— Lo más pronto posible.

— Escuchad, dijo Dubois; he hablado con alguna ligereza prometiéndos que podía presentaros al duque dentro de una hora. En París no se puede estar seguro de nada. Acaso S. E. no está advertido de vuestra llegada; tal vez no os espera: quizá no le encuentre yo en casa.

— Ya lo conozco; tendré paciencia.

— Puede ser también, continuó Dubois, que me sea imposible volver á buscaros.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? ¡Diablo! Bien se conoce que es la primera vez que venís á París.

— ¿Qué queréis decir?

— Quiero decir, amigo mío, que hay en París

tres policías enteramente distintas, y que sin embargo se enlazan, entrecruzan y reúnen cuando se trata de perseguir á los hombres honrados que no quieren sino destruir el régimen existente para reemplazarle con otro que no existe; primera, la policía del regente, que no es muy temible; segunda, la del director Argensón; ésta tiene días en que lo es, por ejemplo, cuando su señoría está de mal humor, ó cuando no le han recibido bien en el convento de la Magdalena de Tresnel; tercera, la de Dubois; ¡ah! esta es otra cosa; maese Dubois es un gran.....

— Un gran infame, añadió Gastón; sobre eso nada me decis de nuevo; ya lo sé todo.

Dubois se inclinó dejando escapar de sus labios su eterna y fatal sonrisa de mono.

— Veamos, dijo Gastón; para librarnos de las tres policías.....

— Es preciso proceder con gran cautela, caballero.

— Instruidme, capitán, porque vos parecéis estar más al corriente que yo. Ya os he dicho que soy un provinciano, y nada más.

— Pues bien, en primer lugar será prudente que no habitemos la misma posada.

— ¡Díantre! exclamó Gastón que se acordaba de las señas que había dado á Elena; eso desconcierta mis planes: tengo razones para desear permanecer aquí.

— Entonces yo me mudaré, caballero; tomad uno de mis cuartos, éste ó el del piso principal; el que gustéis.

— Prefiero éste.

— Tenéis razón; está en el piso bajo, la ventana da á una calle, á otra da una puerta secreta: vamos, vamos, veo que sois inteligente y que se puede hacer algo de vos.

— Volvamos á nuestro asunto, dijo el caballero.

— Sí, eso es: ¿qué estaba yo diciendo?

— Deciais que quizás no podriais venir á buscarme en persona.

— En efecto; y en ese caso no sigáis sino al que venga á buscaros con alguna seña indudable de reconocimiento.

— Decidme en qué podré conocer que viene de vuestra parte.

— Primeramente es necesario que el que venga traiga una carta mía.

— No conozco vuestra letra.

— Es verdad, voy á daros una muestra.

Dubois tomó pluma y papel, y escribió las siguientes líneas.

« Caballero: seguid sin reparo al dador, encargado por mí de conducir os á la casa en que os esperan el duque de Olivares y el capitán la Jonquiere. »

— Tomad, dijo entregándole el billete; el que

venga en mi nombre, os presentará una esquila como ésta.

— ¿Y será esto suficiente?

— Nada lo es jamás; os enseñará también la mitad de la moneda de oro, y cuando lleguéis á la puerta de la casa donde os lleve, le pediréis la tercera señal de reconocimiento.

— Que será.....

— El papel.

— Muy bien, dijo Gastón; con semejantes precauciones es imposible ser engañados. Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

— Ahora, esperad. ¿Pensáis salir hoy?

— No.

— Pues bien, quedaos aquí, nada os faltará; voy á recomendaros al posadero.

— Gracias.

— Querido Champaña, dijo el fingido la Jonquiere á Tapin abriendo la puerta: el caballero de Chanlay va á ocupar desde hoy mi habitación, y os lo recomiendo para que le tratéis como si fuera yo mismo.

Después cerró la puerta, y dijo al salir: «Maese Tapin, este joven vale un Perú; ni vos, ni vuestra gente le habéis de perder de vista un solo instante. Me respondéis de él con vuestra cabeza.

## XIII

## Su excelencia el duque de Olivares

Dubois se separó del caballero, admirando, como en más de una ocasión lo había hecho, la casualidad providencial que ponía de nuevo en sus manos todo el porvenir de la Francia y del regente. Al atravesar la sala general del figón vió á Hulismeo, que estaba hablando con Tapin, y le hizo seña de que le siguiera. Debemos recordar que Hulismeo era el encargado de llevarse al verdadero capitán la Jonquiere. Llegados á la calle, Dubois se informó con interés de lo que había pasado con el digno capitán. Había sido llevado ocultamente y bien atado á las prisiones de Vincennes, para que no pudiese impedir la acción del gobierno; en aquella época reinaba un sistema preventivo muy cómodo para los ministros.

Dubois, informado ya acerca de este importante punto, continuó pensativo su camino. Quedaba todavía la mitad por hacer; lo que acababa de verificarse, era lo más fácil; lo más difícil consistía en decidir al regente á que entrase en la clase de

venga en mi nombre, os presentará una esquila como ésta.

— ¿Y será esto suficiente?

— Nada lo es jamás; os enseñará también la mitad de la moneda de oro, y cuando lleguéis á la puerta de la casa donde os lleve, le pediréis la tercera señal de reconocimiento.

— Que será.....

— El papel.

— Muy bien, dijo Gastón; con semejantes precauciones es imposible ser engañados. Y ahora, ¿qué tengo que hacer?

— Ahora, esperad. ¿Pensáis salir hoy?

— No.

— Pues bien, quedaos aquí, nada os faltará; voy á recomendaros al posadero.

— Gracias.

— Querido Champaña, dijo el fingido la Jonquiere á Tapin abriendo la puerta: el caballero de Chanlay va á ocupar desde hoy mi habitación, y os lo recomiendo para que le tratéis como si fuera yo mismo.

Después cerró la puerta, y dijo al salir: «Maese Tapin, este joven vale un Perú; ni vos, ni vuestra gente le habéis de perder de vista un solo instante. Me respondéis de él con vuestra cabeza.

## XIII

## Su excelencia el duque de Olivares

Dubois se separó del caballero, admirando, como en más de una ocasión lo había hecho, la casualidad providencial que ponía de nuevo en sus manos todo el porvenir de la Francia y del regente. Al atravesar la sala general del figón vió á Hulismeo, que estaba hablando con Tapin, y le hizo seña de que le siguiera. Debemos recordar que Hulismeo era el encargado de llevarse al verdadero capitán la Jonquiere. Llegados á la calle, Dubois se informó con interés de lo que había pasado con el digno capitán. Había sido llevado ocultamente y bien atado á las prisiones de Vincennes, para que no pudiese impedir la acción del gobierno; en aquella época reinaba un sistema preventivo muy cómodo para los ministros.

Dubois, informado ya acerca de este importante punto, continuó pensativo su camino. Quedaba todavía la mitad por hacer; lo que acababa de verificarse, era lo más fácil; lo más difícil consistía en decidir al regente á que entrase en la clase de

negocios á que más horror tenía; es decir, la política de asechanzas y alevosías. Comenzó pues por indagar el sitio en donde se hallaba el príncipe, tratando de saber en qué se ocupaba.

En efecto, lo averiguó. El duque de Orleans estaba en su laboratorio, no como regente, sino como artista, concluyendo un grabado al agua fuerte, preparado por Humbert, su químico, el cual en una mesa inmediata disecaba una cigüeña por el método de los Egipcios; método que pretendía haber descubierto.

Al mismo tiempo un secretario leía al príncipe una correspondencia, cuya cifra solo el regente conocía.

De improviso se abrió la puerta con gran admiración del duque, que se retiraba á aquella estancia siempre que quería desentenderse de los negocios, y un ujier anunció con voz sonora al señor capitán la Jonquiere.

El regente se volvió.

— ¡La Jonquiere! dijo, ¿quién es la Jonquiere?

Humbert y el secretario se miraron sorprendidos de que se introdujese de aquel modo un extraño en su santuario.

Acto continuo, una cabeza puntiaguda y prolongada, muy semejante á la de un zorro, se asomó á la puerta.

El regente tardó un rato en reconocer á Dubois, tan bien disfrazado estaba; pero al fin la nariz afi-

lada de éste, que no tenía igual en el reino, le descubrió.

Entonces sucedió en el rostro del príncipe la expresión de una risa continuada, á la de sorpresa que al principio había mostrado.

— ¡Cómo! ¡eres tú, abate! ¿Qué significa ese nuevo disfraz?

— Esto significa, señor, que he mudado de piel; y de zorra que era me he vuelto león. Y ahora, señores químico y secretario, dispensadme el obsequio, vos de ir á embalsamar vuestro pájaro á otra parte, y vos de dejar vuestra carta para otra ocasión.

— ¿Y por qué? dijo el regente.

— Porque tengo que hablar á vuestra alteza de negocios importantes.

— ¡Vete al diablo con tus negocios! se ha pasado la hora; vuelve mañana.

— Creo que vuestra alteza no querrá exponerme á que me quede hasta mañana con este maldito traje, y si me muriese de repente... ¡oh! ¡Dios me libre! no me consolaría jamás.

— Composte como puedas; he decidido dedicar al placer el resto del día.

— Pues bien; justamente vengo á proponer á vuestra alteza que adopte otro disfraz.

— ¡Yo un disfraz! ¿qué es eso, Dubois? continuó el regente creyendo que se trataba de algún baile de máscaras.

— Vamos, monseñor, ya se os hace la boca agua.

— Habla, ¿cómo lo has arreglado?

— En primer lugar, que salgan de aquí el químico y el secretario.

— ¿Te empeñas en ello?

— Absolutamente.

El regente despidió con un ademán amistoso á Humbert, y al secretario con una indicación de mando.

— Veamos, ¿qué me quieres?

— Deseo presentar á vuestra alteza un joven que acaba de llegar de Bretaña, y que me le han recomendado muy particularmente; es un buen muchacho en toda la extensión de la palabra.

— ¿Y cómo se llama?

— El caballero Gastón de Chanlay.

— De Chanlay... repitió el regente; de Chanlay... ese nombre no me es del todo desconocido.

— ¿De veras?

— No; me parece haberle oído pronunciar en otro tiempo, pero no recuerdo en qué circunstancias. ¿Y qué vine á hacer á París tu protegido?

— Monseñor, no quiero privaros de la sorpresa de saberlo; él mismo os lo dirá.

— ¡A mi!

— Sí, monseñor; es decir, á su excelencia el duque de Olivares, cuyo papel desempeñaréis, si gustáis. ¡Ah! mi protegido es un conspirador muy discreto, y no me ha costado poco (gracias á mi

policía siempre la misma) ponerme al corriente de todas estas cosas. Venía dirigido á un tal la Jonquiere, que debía presentarle al duque de Olivares. ¿Me comprendéis ahora, monseñor?

— Te confieso que no entiendo una palabra.

— Pues bien; yo he sido el capitán la Jonquiere; pero no puedo ser á la vez la Jonquiere y duque de Olivares.

— ¿Y por consiguiente has reservado ese papel?.....

— Para vuestra alteza.

— Gracias; conque es decir, que por medio de un nombre fingido sorprenda los secretos.....

— De vuestros enemigos, interrumpió Dubois; ¡vive Dios que es un gran delito! ¡como cuesta tanto el cambiar de nombres y de trajes! ¡como si por semejantes medios no hubieseis sorprendido otras cosas más graves que secretos!... Pero acordaos que en virtud de este carácter aventurero con que nos ha dotado el cielo, nuestra vida es una especie de máscara continua. Monseñor, me parece que después de haberos llamado Alain y maese Juan, bien podéis sin degradaros tomar el nombre de su excelencia el duque de Olivares.

— Querido, me gusta disfrazarme cuando esta broma puede proporcionarme una distracción cualquiera; pero.....

— Pero disfrazaros, continuó Dubois, para conservar el reposo de la Francia, para impedir á los

intrigantes trastornar el reino, y á los asesinos que os den de puñaladas, eso no. Ya entiendo, si fuese para seducir á la quincallerita de Puente-Nuevo, ó á la viudita de la calle de San Agustín, pase; esto ya valdría la pena.

— Pero en fin, dijo el regente, si como siempre, cediese á tu deseo, ¿qué resultaría?

— Resultaría, que tal vez podría convenceros de que no soy un visionario, y me permitiría velar por vuestra persona, ya que vos, monseñor, no queréis hacerlo.

— Pero si todo ello no vale nada, ¿me veré desde ahora para siempre libre de tus importunidades?

— Sí, monseñor, empeño mi palabra de honor.

— Abate, si te fuese igual, mejor querría que hiciese otro juramento.

— Monseñor, sois sumamente descontentadizo; cada uno jura lo que puede.

— Está visto que este tunante ha de hacer de mí lo que quiera.

— ¿Consiente vuestra alteza?

— ¿En esa tontería?

— Después verá monseñor si lo es.

— Creo, Dios me perdone, que inventas las conspiraciones para asustarme.

— Entonces están bien inventadas: ya veréis esta, monseñor.

— ¿Estás satisfecho de ella?

— Muchísimo.

— Si no llego á tener miedo, ¡pobre de ti!

— Vuestra alteza exige demasiado.

— Me adulas; ¿no estás acaso seguro de tu conspiración?

— Muy seguro; y os juro, monseñor, que gozaréis de cierta sorpresa, y tendréis una gran satisfacción en hablar por boca del duque de Olivares.

Y Dubois, que temía que el regente revocase su decisión, se inclinó y salió del aposento.

Después de esto, entró un correo precipitadamente en la antecámara, y dió una carta á un paje, el cual entró en la habitación del regente, que solo al ver la letra dejó escapar una exclamación de sorpresa.

— ¡Ah! de la Desroches, ¿qué habrá ocurrido?

Abrió la carta apresuradamente y leyó lo que sigue:

« Monseñor: la joven que me habéis confiado me parece que aquí no está segura. »

— ¡Bah! exclamó el regente; después continuó:

« La vida de París, que vuestra alteza temía por ella, es mucho mejor que este retiro, y no me siento con fuerzas para defender como quisiera, ó tal vez como sería preciso, la persona que vuestra alteza me ha confiado. »

— ¡Hola! esto se va embrollando, dijo el regente.

» Un joven que había ya escrito ayer á la señorita

Elena antes de que vuestra alteza llegase, se presentó esta mañana en el pabellón; quise negarle la entrada, pero la señorita me ordenó con tono tan resuelto que obedeciese y me retirase, que en su mirada de fuego y en su aire distinguido no he podido menos de reconocer (no quisiera desagradar á V. A. R.) la sangre que circula por sus venas.

— Si, sí, dijo el regente sonriéndose á pesar suyo; es hija mía. » Luego añadió. « ¿Quién podrá ser ese hombre? Algún mozalbeta que la habrá visto en el locutorio del convento. Si esta necia de Desroches me dijese al menos su nombre... » y continuó leyendo :

« Creo, monseñor, que la señorita y el expresado joven se conocen hace mucho tiempo. Me he atrevido á escuchar su conversación por el mejor servicio de vuestra alteza, y no obstante estar cerradas las dos puertas, en un momento en que alzaban la voz, he podido distinguir estas palabras : « veros como antes. »

« Dignese, pues, vuestra alteza librarne del inminente peligro que corre mi vigilancia, suplicándole me comunique una orden positiva por escrito, con la cual pueda yo escudarme y sostener la cólera de la señorita. »

— ¡Diablo! continuó el regente: ¡ahora viene el amor á complicar la situación! Pero, no, es imposible. Educada severamente en tan absoluto retiro, en el único convento de Francia tal vez en que los

hombres no pasan jamás del locutorio, en una provincia en que se dice que las costumbres son tan puras... No, esta es una aventura que la Desroches no comprende, acostumbrada como está á las intrigas de la corte, y alarmada por las diabluras de mis otras hijas... Pero veamos lo que me dice en postdata :

« P. D. Acabo de informarme en la fonda del *Tigre Real*. El joven llegó ayer á las siete de la tarde, es decir, tres cuartos de hora antes que la señorita : venia por el camino de Bretaña y viajaba con el nombre del caballero de Livry. »

— ¡Hola! dijo el regente, esto es más peligroso. Este es un plan concertado de antemano. ¡Pardiez! no reiría poco Dubois si le hablase de esta circunstancia; no dejaría de repetirme mis disertaciones sobre la pureza de las jóvenes que se hallan lejos de Versalles y de Paris. Pero creo que, á pesar de su policía, no sabrá nada de esto. — ¡Hola! ¡paje!

El paje que había llevado la carta entró.

El duque escribió apresuradamente algunas líneas.

— ¿Está ahí el mensajero que ha llegado de Rambouillet?

— Monseñor, está esperando la contestación, respondió el paje.

— Bien, dale este billete y que salga al punto.

Un instante después resonaban en el patio las herraduras del caballo del correo que se alejaba.

Mientras Dubois disponia la entrevista de Gastón con el duque de Olivares, hacia *in pectore* el siguiente cálculo: Tengo influencia con el regente; por él mismo y por medio de su hija: la intriga de ese joven es sin consecuencia ó seria; si es sin consecuencia, la destruyo exagerándola; si es seria, el duque reconocerá el mérito que he adquirido. Pero es preciso no dar dos golpes de una vez: *Bis repetita placent...*; Bueno!; otra cita latina!; que no he de poder jamás perder esta costumbre!... Está dicho; salvemos primero al duque y después á su hija: habrá dos recompensas... ¿No es esto?... Veamos... el duque primero. Sí; si la joven sucumbe, nadie se pierde; si el hombre muere, queda perdido un reino... Empecemos pues por el duque.

Y tomada esta resolución, Dubois despachó un correo á Nantes con pliegos urgentes para el señor de Montarán. Ya hemos dicho que éste habia sido en otro tiempo gobernador de Bretaña.

Gastón habia tomado su partido; avergonzado de tener que entenderse con un hombre como la Jonquiere, y hallarse respecto á semejante bribón en una posición inferior, se felicitaba porque en adelante iba á entrar en relaciones con otro jefe más digno, resuelto como estaba, si en el jefe veía la misma venalidad y bajeza, á volverse á Nantes para contar á sus amigos lo que habia visto y preguntarles lo que debia hacer.

De Elena no dudaba; conocia su ánimo varonil, su amor y su lealtad; y sabia que se dejaria matar antes que cometer una falta que le hiciese avergonzarse delante de su amigo más querido: veía con placer que la dicha de haber hallado un padre no habia alterado en nada su cariño, y que la fortuna presente no le hacia olvidar lo pasado. Pero tampoco le dejaban sosegar un momento sus temores acerca de aquella paternidad misteriosa. En efecto, ¿qué monarca no habria declarado públicamente que una persona como Elena era hija suya á no oponerse algún obstáculo vergonzoso?

Gastón se vistió con elegancia. Hay dos especies de coquetismo; el del placer y el del peligro. Embelecó su persona, joven y graciosa, con el atractivo que el airoso traje de la época podia prestar á un rostro pálido y varonil, coronado de hermosos cabellos negros; su pierna fina y nerviosa se dibujaba bajo la seda; sus hombros y pecho cubiertos de terciopelo; por último, una pluma rodeaba el sombrero y caía después ondulando graciosamente á un lado. Ataviado así el joven se miró al espejo, se sonrió y le pareció que tenia un aire de conspirador muy distinguido.

El regente, por consejo de Dubois, se puso un traje de terciopelo negro y una gran corbata que le cubria la mitad del rostro, por temor de que el joven le conociese, pues habia en aquella época multitud de retratos del duque de Orleans.

La entrevista debía verificarse en una casa pequeña del arrabal de Saint-Germain, en que vivía una de las queridas de Dubois, la cual la desocupó por mandato de éste. Entre los dos cuerpos principales del edificio había un pabellón cerrado completamente á la luz, y adornado con espesos tapices y alfombras. Al anochecer llegó allí el regente en una berlina que había salido del Palacio Real por una puerta trasera.

## XIV

Mousséñor, somos bretones

Según ya sabemos, mientras que Gastón se quedaba vistiendo en su nuevo aposento del piso bajo, maese Tapin continuaba su aprendizaje de posadero. Así por la noche sabía ya medir media azumbre de vino tan bien como su antecesor y aun acaso mejor: porque adivinaba que la indemnización que se pagase después á Borgoña, figuraría en la cuenta lo que hubiera dado de más; y calculaba que cuanto menos diera ahora, más cuenta le tendría luego; por lo tanto, la parroquiana que había ido por el día, se retiró muy poco contenta por la noche.

En seguida que Gastón estuvo vestido, para acabar de formar su opinión acerca del carácter del capitán la Jonquiere, hizo inventario de la biblioteca: componíase ésta de tres clases de libros; libros obscenos, y libros de aritmética y de táctica. En estos últimos el *Perfecto sargento mayor* estaba encuadernado de un modo particular y parecía haber sido muy leído; después se hallaban las

memorias del capitán, memorias de gastos, se entiende, redactadas con el orden y minuciosidad de un furriel. Esto admiró bastante á Gastón, más lo creyó un disfraz para ocultar el carácter de conspirador.

Mientras Chanlay se dedicaba á aquel examen, entró un hombre, que le presentó Tapin, saliéndose éste al momento discretamente y dejándolos solos. Luego que se hubo cerrado la puerta, el hombre se aproximó á Gastón, y le manifestó que no pudiendo ir á buscarle el capitán la Jonquiere, le habia enviado á él en su lugar. Gastón le pidió las señas convenidas, y el desconocido sacó primero una carta del capitán redactada exactamente y de la misma letra que la muestra que Gastón tenia en la mano, y después le enseñó la mitad de la moneda de oro. El joven conoció entonces que aquel era efectivamente el enviado del capitán á quien esperaba, y no puso ninguna dificultad en seguirle. Subieron ambos á un coche enteramente cerrado, lo que nada tenia de extraño, atendiendo al objeto de la expedición.

Gastón vió que atravesaba el río por el Puente Nuevo, y que bajaba á lo largo de los malecones; pero al entrar en la del Bac dejó de ver, porque á poco se detuvieron en un patio enfrente de un pabellón. Entonces el compañero del joven sacó del bolsillo y le presentó sin que se lo pidiese, el papel cortado en el cual se hallaba escrito el nom-

bre del caballero; de modo que si éste hubiese abrigado alguna duda, habria desaparecido.

La portezuela se abrió, y ambos se apearon. Después de haber subido las cuatro gradas del vestibulo, se hallaron en un ancho corredor circular que rodeaba la pieza principal de que se componia el pabellón. Antes de abrir la mampara de una de las entradas, volvió Gastón la cabeza en busca de su guía; mas habia desaparecido. El caballero estaba solo.

El corazón le latía con violencia. No era ya un hombre vulgar con quien iba á conferenciar; no se trataba del vil instrumento puesto en acción, sino del pensamiento mismo del complot: iba á ver cara á cara la idea de la conspiración hecha hombre; iba á hallarse como representante de la Francia delante del representante de otro rey; iba á hablar con la España, y á presentar al extranjero la oferta de una guerra de coalición contra su patria. Jugaba un reino con otro reino.

Al cabo de breves instantes sonó en lo interior una campanilla. Su sonido hizo estremecer á Gastón; miróse en un espejo, y se vió pálido. Apoyóse en la pared, porque sus rodillas se doblaban involuntariamente: asaltáronle en el acto mismo multitud de pensamientos que jamás se le habian ocurrido. El pobre caballero tenia aun mucho que sufrir.

En aquel momento se abrió la puerta, y Gastón

se halló delante de un hombre en quien reconoció á la Jonquiere.

— ¡ Otra vez ese hombre ! murmuró con despecho.

Pero el capitán, á pesar de su vista perspicaz y experimentada, no pareció notar la indignación del joven.

— Venid, caballero, le dijo ; nos esperan.

Entonces Gastón, tranquilizado, considerando la importancia misma de la acción que iba á emprender, se adelantó con paso firme por la alfombra que apagaba el ruido de sus pisadas. Asemajábase á una sombra que se disponía á comparecer delante de otra.

En efecto, un hombre estaba sentado, ó por mejor decir, sepultado, mudo é inmóvil, en un ancho sillal dando la espalda á la puerta : de él no se distinguían más que las piernas, que tenia cruzadas una sobre otra. La luz de la única bujía que había sobre la mesa en un candelero de plata sobredorada, se hallaba cubierta con una pantalla y no iluminaba más que la parte inferior del cuerpo. La cabeza y los hombros estaban protegidos por la oscuridad que proyectaba sobre ellos la pantalla.

Sin embargo de todo y de la inmensa corbata en que se sepultaba á veces el rostro de aquel individuo, Gastón creyó reconocer en los rasgos de su fisonomía cierto aire de autoridad y de nobleza :

sin duda era noble y sabría apreciar á los de su clase. Gastón vió que aquel no era un capitán la Jonquiere : mostraba una sonrisa agradable, tenía ojos grandes, y sus miradas eran atrevidas y fijas, como las de los reyes ó las del águila. El caballero leyó en aquella frente pensamientos elevados, y en los finos contornos de la parte inferior del semblante, mucha prudencia y alguna firmeza.

— Al menos este es el águila, dijo para sí ; el otro era el cuervo ó á lo más el buitre.

El capitán la Jonquiere permaneció respetuosamente de pie, esforzándose en tomar una actitud marcial.

El desconocido, después de haber mirado por algún tiempo á Gastón, que le saludó en silencio, y con la misma atención con que éste le había mirado antes, se levantó, inclinó la cabeza con aire majestuoso, y se colocó de espaldas á la chimenea.

— Este caballero es la persona de quien he tenido el honor de hablar á V. E., dijo la Jonquiere ; el caballero Gastón de Chanlay.

El desconocido se inclinó de nuevo ligeramente, pero no contestó.

— ¡ Pardiez ! le dijo Dubois al oído, si vuestra alteza no le habla, no responderá.

— Según creo, caballero, ¿ llegáis de Bretaña ? preguntó el duque con frialdad.

— Sí, monseñor ; pero dignese V. E. perdonarme : el señor capitán la Jonquiere le ha dicho

mi nombre, y yo todavía no tengo el honor de saber el de V. E. Tal vez esta pregunta será descortés, pero es un tanto disculpable, porque no soy yo quien la hace, sino el país que me envía.

— Tenéis razón, caballero, se apresuró á decir la Jonquiere; y sacando de una cartera que había encima de la mesa un papel, en cuya parte inferior había una firma y estaba estampado el sello de las armas de España, añadió: Este es su nombre.

« Duque de Olivares, » leyó Gastón.

En seguida, volviéndose hacia el supuesto duque, sin observar el ligero encarnado que cubría sus mejillas, se inclinó respetuosamente.

— Ahora, caballero, dijo el desconocido, me parece que no vacilaréis en hablar.

— Yo creía tener que escuchar primero, repuso Gastón manteniéndose á la defensiva.

— Es verdad, caballero; pero vamos á empezar un diálogo, y cada uno hablará á su vez en la conversación.

— Señor duque, V. E. me hace demasiado honor, y voy á darle una prueba de confianza.

— Os escucho.

— Los estados de Bretaña....

— Los descontentos de Bretaña, interrumpió sonriéndose el regente á pesar de una mirada terrible por parte de Dubois.

— Esos descontentos son tantos, repuso Gastón,

que deben ser considerados como los representantes de la opinión de la provincia. No obstante, emplearé las palabras que me indica V. E. Los descontentos de Bretaña se dirigen por mi conducto á V. E. para saber las intenciones de España en este negocio.

— Sepamos primero las de Bretaña, replicó el regente.

— Monseñor, la España puede contar con nosotros, tiene nuestra palabra, y la lealtad bretona es proverbial.

— ¿Y á qué se han comprometido los bretones con la España?

— Á secundar en lo posible los esfuerzos de la nobleza francesa.

— Pero, ¿ acaso no sois vosotros franceses?

— Monseñor, somos bretones. La Bretaña, reunida á la Francia por medio de un tratado, debe considerarse separada de ella desde el momento en que la Francia no respeta los derechos que en el tratado mismo se reconocieron á favor suyo.

— Si, ya estoy enterado de la antigua historia del contrato de Ana de Bretaña. Mucho tiempo hace que se firmó ese contrato, caballero.

El falso de la Jonquiere volvió á dirigir otra terrible mirada al regente.

— ¿ Qué importa, replicó Gastón, si cada uno de nosotros lo sabe de memoria!

Maese Andrés

— Deciais, pues, que la nobleza bretona está dispuesta á secundar los esfuerzos de la francesa; ¿y qué quiere ésta?

— Que en el caso de ocurrir la muerte de S. M., se coloque al rey de España en el trono de Francia, como solo y único heredero de Luis XIV.

— Bien, muy bien, dijo la Jonquiere introduciendo sus dedos hasta la primera falange en una caja de tabaco, y tomando un polvo con la mayor satisfacción.

— Pero, repuso el regente, habláis de todas esas cosas como si el rey hubiese muerto; todavía no ha llegado semejante caso.

— El gran delfin, el duque de Borgoña, la duquesa y sus hijos han desaparecido de un modo bien deplorable.

El regente se puso pálido de cólera. Dubois empezó á toser.

— ¿Se cuenta con la muerte del rey? preguntó el duque.

— Generalmente, respondió el caballero.

— Así se explica porqué espera todavía el rey de España ocupar el trono de Francia á pesar de haber renunciado formalmente sus derechos á él. ¿No es esto? Pero entre los gobernantes piensa sin duda encontrar alguna oposición.

El regente pronunció con marcada intención estas últimas palabras.

— Ya se ha previsto ese caso, señor duque, replicó Gastón.

— ¡Ah! exclamó Dubois; ¡ah! ¡se ha previsto ese caso! ¡Muy bien! ¡admirablemente bien! ¡Cuando yo decía á V. E. que nuestros bretones valían un imperio! Continudad, señor de Chanlay, continuad.

Mas no obstante esta amistosa invitación, el joven guardó silencio.

— Y bien, dijo el duque cuya curiosidad se habia excitado á pesar suyo, ¿cómo se ha previsto ese caso?

— Este secreto no es mio, monseñor, respondió Gastón.

— Entonces, dijo el duque, ¿no poseo yo la confianza de vuestros jefes?

— Al contrario, solo V. E. la posee.

— Os comprendo, caballero, pero el capitán es de los nuestros, y os respondo de él como de mí mismo.

— Tengo instrucciones para no franquearme más que con V. E.

— Caballero, repuso el duque con altivez, ya os he dicho que yo respondo del capitán.

— Y yo, replicó Gastón inclinándose, he dicho ya á V. E. todo cuanto tenia que decirle.

— Ya lo oís, capitán, dijo el regente; haced el favor de dejarnos solos.

— Al momento, contestó Dubois, pero antes de separarme de V. E., me permitirá decirle dos palabras.

Gastón se retiró á cierta distancia.

— Monseñor, obligadle á que lo diga todo; á que descubra hasta las entrañas de la conjuración; jamás se os habrá presentado una ocasión semejante. ¿Qué tal! ¿qué le parece á vuestra alteza de nuestro bretón? es de gentil presencia.

— Es un joven apreciable, dijo el regente; modales muy nobles, y miradas de firmeza é inteligencia. Es una gran cabeza.

— Tanto mejor para cortársela, murmuró Dubois rascándose la nariz.

— ¿Qué dices, Dubois?

— Nada, monseñor, que soy exactamente de vuestro parecer. Después, volviéndose hacia Gastón, le dijo:

— Señor de Chanlay, hasta luego. Otro se enojaría porque no queréis hablar delante de mí, pero yo no soy orgulloso, y con tal que el negocio salga

como yo deseo, poco me importa lo demás.

Chanlay se inclinó ligeramente.

«Vamos, dijo Dubois al retirarse; parece que no tengo aire muy militar. ¡Diablo de nariz! esta lo echa á perder todo, pero en cambio, la cabeza es buena.

— Caballero, dijo el regente luego que Dubois hubo cerrado la puerta, estamos solos; ya escucho.

— Monseñor, V. E. me confunde.

— Hablad, hablad, añadió el príncipe; y después continuó sonriéndose: no debéis extrañar mi impaciencia.

— No lo extraño, porque indudablemente estará V. E. admirado de no haber recibido de España ciertos pliegos del cardenal Alberoni.

— Es cierto, dijo el regente haciendo un esfuerzo para mentir, pero arrastrado por la situación.

— Voy, pues, á explicar á V. E. este retraso. El mensajero que debía traer los pliegos ha caído enfermo y no ha podido salir de Madrid. Mi amigo el barón de Valef, que casualmente se hallaba en España, se ofreció entonces á traerlos; titubearon algunos días en dárselos, y por último, como todos sabían que era un hombre cuya lealtad habia sido ya puesta á prueba en la conspiración de Cellamare, se los confiaron.

— Justamente, repuso el duque; el barón de Valef escapó por milagro de los emisarios de

Dubois. ¿Sabéis, caballero, que se necesita mucho valor para anudar de nuevo una trama tan destruida como lo fué aquella? Yo sé que al ver el regente á madama de Maine y al principe de Cellamare desterrados, á los señores de Richelieu, de Polignac, de Malezieux, la señorita de Lannay y Brigand en la Bastilla, y á ese infeliz de la Grange-Chancel á la isla de Santa Margarita, ha creído que todo estaba concluido.

— Ya ve V. E. que se ha equivocado.

— Pero, ¿vuestros conspiradores de la Bretaña no temen, al sublevarse ahora, que caigan las cabezas de los conspiradores de París?

— Al contrario, esperan salvarles, y de no, tendrán á gloria morir con ellos.

— ¿Cómo salvarles!

— Volvamos á los pliegos; ante todo debo entregarlos á V. E.; aquí están.

— Muy bien.

El regente tomó la carta; pero en el momento de romper el sello, viendo que iba dirigida al Excmo. señor duque de Olivares, la puso sobre la mesa sin abrirla.

— Señor duque, no comprendo... dijo Chanlay.

— Vos, sin duda, sabéis lo que contienen estos pliegos, dijo el regente.

— Tal vez no lo sé todo; pero sí al menos lo que se ha resuelto de común acuerdo.

— Veamos, decid; quiero ver hasta qué punto

estáis iniciado en los secretos del gabinete español.

— Cuando nos hayamos desembarazado del regente, dijo Gastón sin advertir el ligero estremecimiento que al oír estas palabras agitó á su interlocutor, se hará reconocer interinamente en su lugar al duque de Maine, y éste romperá en seguida el tratado de la cuádruple alianza, negociado por ese miserable Dubois.

— ¡Oh! cuánto siento, repuso el regente, que no esté aquí el capitán la Jonquiere. Habría experimentado mucho placer en oiros hablar así. Proseguid, caballero.

— Una escuadra conducirá al pretendiente á las costas de Inglaterra; se encenderá la guerra entre la Holanda por una parte, y la Prusia, la Suecia y la Rusia por otra; el imperio se aprovechará de esta lucha para recobrar á Nápoles y la Sicilia, á cuyos reinos tiene derecho por la casa de Suabia; se dará al hijo segundo del rey de España el granducado de Toscana, próximo á quedar sin soberano por la extinción de la línea de los Médicis; la Cerdeña se adjudicará al duque de Saboya; Commachio al papa; la Francia será el alma de la gran liga del Mediodía contra el Norte, y si S. M. Luis XV llega á morir, Felipe V se coronará por rey de la mitad del mundo.

— Todo eso lo sé, respondió el regente, y también sé que no es más que una segunda edición del plan de Cellamare; sin embargo, en lo que me

habéis dicho hay una frase que no comprendo.

— ¿Cuál, monseñor?

— Esta: cuando nos hayamos desembarazado del regente... ¿cómo os desembarazaréis del regente, caballero?

— El antiguo plan, como V. E. sabe, era apoderarse de él y conducirlo al castillo de Zaragoza ó al alcázar de Toledo.

— Si, pero este plan se ha frustrado por la vigilancia del duque.

— Es que también era impracticable; mil obstáculos se oponían á que el duque llegase á Toledo ó á Zaragoza; no era posible encontrar un medio de atravesar la Francia con semejante prisionero.

— Difícil era, dijo el duque; jamás he concebido cómo adoptaron tal medio: ahora veo con placer que se ha hecho en el plan una ligera modificación.

— Un prisionero puede sobornar la guardia, fugarse de la prisión, volver á Francia, recobrar el poder y vengarse de sus enemigos. Felipe V y Alberoni nada tendrían que temer; el duque de Olivares estaría en España, y mientras la mitad de los conjurados se escapaban, la otra pagaría por todos.

— Sin embargo...

— Á la vista tenemos el ejemplo de la última conspiración: unos han logrado evadirse, otros,

como V. E. ha dicho muy bien, están todavía en la Bastilla.

— Lo que decís es muy lógico, caballero, contestó el duque.

— Por el contrario, continuó Gastón; deshaciéndose del regente...

— Sí, sí, se evita que vuelva. Bien puede escaparse de la prisión, y evadirse de una fortaleza; pero no podrá salir de la tumba. ¿No es eso lo que queréis decir, caballero?

— Si, monseñor, respondió Gastón con voz algo conmovida.

— Entonces, ya comprendo el objeto de vuestra misión. Habéis venido á Paris para deshaceros del regente, ¿no es verdad?

— Justamente.

— ¿Matándole?

— Si, monseñor.

— ¿Y sois vos, caballero, continuó el regente fijando una mirada escudriñadora en el joven, sois vos el que se ha ofrecido voluntariamente para esta sangrienta misión?

— No, monseñor, jamás hubiera elegido voluntariamente el papel de asesino.

— ¿Mas, entonces, quién os obliga á desempeñarle?

— La fatalidad, señor duque.

— Explicaos, caballero.

— Formábamos una comisión de cinco nobles

asociados á la liga bretona, liga parcial en medio de la gran asociación, y se decidió por unanimidad que se llevasen á debido efecto las resoluciones que adoptase la mayoría.

— Comprendo, dijo el duque; y la mayoría ha resuelto que se asesine al regente.

— Sí, monseñor; cuatro votos opinaron por el asesinato, y uno solo en contra.

— ¿Y quién fué este último? preguntó el príncipe.

— Aunque pierda la confianza de V. E., debo decirle que fui yo.

— Pero, ¿cómo os habéis encargado de ejecutar una cosa que desaprobabais?

— Se había decidido que la suerte designaría al que hubiese de dar el golpe.

— Y la suerte...

— Me tocó á mí, monseñor.

— ¿Y cómo no habéis rehusado esa misión?

— El escrutinio era secreto, y nadie sabía mi voto; me hubieran tenido por un cobarde.

— ¿Y habéis venido á París?...

— Con el objeto de cumplir la misión que se me ha confiado.

— ¡Contando conmigo!

— Como un enemigo del regente para ayudarme á llevar á cabo una empresa que no sólo interesa muchísimo á España, sino que salva á nuestros amigos de la Bastilla.

— ¿Creéis que corren tanto peligro?

— La muerte gira en derredor de sus cabezas; el regente tiene pruebas, y ha dicho, hablándose de Richelieu, que aunque tuviese cuatro cabezas podía legalmente hacérselas cortar.

— Eso lo ha dicho en un momento de cólera.

— ¡Cómo, señor! ¡V. E. defiende al duque! ¡cuando un hombre se sacrifica por la salvación, no sólo de sus cómplices, sino de dos reinos, V. E. vacila en aceptar su sacrificio!

— Si la empresa tuviese mal éxito...

— Todas las cosas tienen su lado bueno y su lado malo. Cuando uno no tiene la dicha de salvar al país, le queda al menos la gloria de ser mártir de su causa.

— Pero considerad que facilitándoos los medios de llegar hasta el regente, me hago cómplice vuestro.

— ¿Y eso os asusta, monseñor?

— Sin duda, porque si os prenden...

— ¿Qué?...

— Pueden á fuerza de tormentos haceros confesar los nombres de los...

Gastón interrumpió al regente con un ademán y una sonrisa de superior desprecio.

— V. E. es extranjero, le dijo; por lo tanto, no puede saber de lo que es capaz un noble francés; por eso perdono á V. E. la injuria.

— Entonces, ¿se puede contar con vos?

— Pontcalec, de Couëdic, Talhouët y Montlouis dudaron de mí un momento, y después me presentaron sus excusas.

— Muy bien, caballero, repuso el regente, os prometo que meditaré acerca de lo que me habéis dicho. Sin embargo, en vuestro lugar...

— En mi lugar...

— Renunciaria á esa empresa.

— Hubiera deseado no haber entrado en ella; pero una vez empeñada mi palabra, es de todo punto indispensable el cumplirla, y no puedo volverme atrás.

— ¿Aun cuando yo me negase á secundaros?

— La comisión bretona ha previsto ese caso, respondió Gastón.

— ¿Y ha decidido?...

— Que se lleve á cabo lo resuelto.

— Así, pues, vuestra resolución...

— Es irrevocable, monseñor.

— Os he hecho presente lo que debía, repuso el regente; mas puesto que lo queréis absolutamente, proseguí en vuestra empresa.

— Señor, dijo Gastón, parece que V. E. desea retirarse.

— ¿Tenéis alguna otra cosa que decirme?

— Hoy no; pero mañana, ó pasado...

— Avisándome por conducto del capitán, nos veremos cuando queráis.

— Monseñor, replicó Gastón con un acento de

firmeza que cuadraba muy bien á su actitud noble y digna, hablemos con franqueza; no es mi gusto tener por intermediario al capitán la Jonquiere. Vos y yo, por mucho que nos separen la categoría y el mérito, somos iguales al menos ante el patíbulo que nos amenaza, y aun la ventaja en ese punto es mía, porque es evidente que corro más peligro que vos. Ahora bien: sois, monseñor, un conspirador como yo, con la única diferencia de que, como jefe, tenéis el derecho de ver caer mi cabeza antes que la vuestra. Séame, pues, permitido tratar de igual á igual con vos, y veros cuando tenga necesidad de ello.

El regente reflexionó un instante.

— Está bien, dijo; ya supondréis que ésta no es mi casa; en la mía recibo á pocas personas desde que la guerra se ha hecho inminente: mi posición en Francia es precaria y delicada: Cellamare está preso en Blois; yo no soy más que una especie de cónsul, bueno solamente para proteger los intereses de los Españoles, y para servir de rehenes. Tengo, pues, que usar de muchas precauciones.

El regente hacía grandes esfuerzos para mentir, y trataba de concluir pronto cada una de sus frases.

— Podéis escribir al correo con el sobre á maese Andrés, diciéndome en la carta la hora que queréis hablarme, y nos veremos aquí.

— ¡ Al correo ! repuso Gastón.

— Si ; no es más que un retraso de tres horas. Todas las mañanas un confidente mío estará en el correo esperando carta vuestra, y cuando la haya, tres horas después estaré aquí.

— Monseñor halla eso muy fácil, dijo sonriéndose Gastón ; pero ignoro dónde estoy, qué calle es esta y el número de la casa, á causa de haber venido de noche. ¿ Como queréis que acierte á volver ? Soy de opinión que puede hacerse otra cosa. Vos me habéis pedido algunas horas para reflexionar ; tomaos de tiempo hasta mañana, y á las once podéis enviarme á buscar. Lo primero que debemos procurar es convenirnos en el plan para no comprometer su éxito, como los conspiradores vulgares y de callejuelas á quienes dispersa un coche que pasa ó cuyo entusiasmo se apaga como la lluvia.

— Perfectamente pensado, dijo el regente ; mañana, pues, caballero Chanlay, mañana á las once estaré aquí : irán á buscaros á vuestra casa, y nos comunicaremos mutuamente nuestros secretos.

— Dignese V. E. recibir la expresión de mi respeto, dijo Gastón haciendo una profunda reverencia.

— Dios os guarde, caballero, contestó el regente, devolviéndole su saludo.

Gastón halló en la antecámara al guía mismo que le había introducido ; solamente observó que atra-

vesaron un jardín que no había visto al entrar y que salían por distinta puerta. En ésta esperaba también el mismo carruaje ; subió á él, y apenas se hubo sentado, el coche se dirigió con rapidez á la calle de Bourdonnais.

cerró, disipóse el ruido, y Gastón se durmió como se duerme á los veinticinco años, aun cuando se esté enamorado ó conspirando.

Sin embargo, Gastón no se había engañado: habiase detenido un caballo á la puerta del figón, y la conversación había tenido lugar. El que llegó á aquella hora era un buen vecino de Rambouillet, á quien una mujer joven y hermosa habia dado dos luises por llevar un billete á toda prisa al caballero Gastón de Chanlay, calle de Bourdonnais, fonda de *Los toneles de Amor*.

Los lectores ya conocen á aquella mujer joven y hermosa.

Tapin tomó la carta, la dió mil vueltas entre sus manos, y en seguida, quitándose el delantal que tenia atado á la cintura, y encargando el cuidado de la taberna á su primer cocinero, que era mozo despierto é inteligente, corrió con toda la ligereza que le prestaban sus largas piernas á casa de Dubois, que á la sazón volvía de la calle del Bac.

— ¡Hola, hola! exclamó Dubois, ¡ una carta! Veamos.

Quitóla el sello como hábil escamoteador, por medio de un vapor hirviente: leyó la carta, después la firma, y prorumpió en expresiones de extremado júbilo.

— ¡ Bueno, excelente! dijo; esto es magnífico. Dejemos á los niños que adelanten terreno; camino llevan de andar mucho en poco tiempo; pero aquí

## XVI.

## La casita del arrabal de San Antonio

El caballero no se hacía ilusiones. Tal vez dentro de uno ó dos días debería poner manos á la obra; ¡ y qué obra!

El enviado español había producido una impresión profunda en Gastón; estaba, pues, seguro de que aquél por lo menos era un noble.

Pasábale luego por la imaginación una extraña reminiscencia; habia entre aquella frente severa y aquellos ojos centelleantes, y la frente pura y los dulces ojos de Elena, una de esas semejanzas vagas y lejanas que dan al pensamiento que las contempla la incoherencia de un sueño. Gastón, sin poder explicarse el motivo, unía aquellas dos imágenes en su pensamiento, y á pesar suyo no podía separarlas.

En el momento en que iba á acostarse fatigado de las emociones del día, oyó el paso de un caballo en la calle; abrióse la puerta del figón, y el caballero desde su cuarto creyó oír una conversación bastante animada; pero á poco la puerta se

tenemos la brida, y no irán más lejos de lo que queramos.

Terminadas estas palabras, volvió á cerrar artísticamente la misiva, y después haciendo una seña al mensajero, le dijo:

— Toma, entrega esa carta á quien va dirigida.

— ¿Cuándo? preguntó Tapin.

— Inmediatamente, contestó Dubois.

Tapin dió un paso hacia la puerta.

— No, no; ahora que pienso en ello, dásele mañana y será mejor.

Tapin hizo otro ademán de salir, y al llegar á la puerta se detuvo.

— Ahora, dijo, ¿me será permitido hacer á monseñor una observación que me es enteramente personal?

— Habla, tunante.

— Monseñor, como vuestro agente que soy, gano tres escudos diarios.

— ¡Bribón! ¿y no es bastante?

— Como agente, sí, monseñor, no me quejo; pero á la verdad no me parece suficiente como tabernero. ¡Oh! ¡qué oficio tan tonto!

— ¡Animal! bebe, pues, para distraerte.

— Monseñor, aborrezco el vino desde que me ocupo en venderlo.

— Porque ves como se hace; pero bebe Champaña ó moscatel; Borgoña paga. Á propósito, Borgoña ha tenido en efecto un ataque apoplético; así

tu embuste no ha sido más que una equivocación cronológica.

— Monseñor, ¿de veras?

— Sí, el miedo que le causaste ha sido el motivo; ya se ve; tú querías heredarle, bribón.

— No, monseñor, el oficio es muy poco divertido.

— Vamos, aumento tres escudos diarios á tu sueldo mientras desempeñes ese destino, y después te regalaré la tienda para que formes un dote á tu hija mayor. Anda, tráeme muchas cartas como ésta y siempre serás bien recibido.

Tapin volvió á la taberna de *Los Toneles de Amor* con el mismo paso que había llevado para ir á casa de Dubois; y, según éste se lo había mandado, esperó á la mañana siguiente para entregar la carta.

Á las seis ya se había levantado Gastón. Debemos hacer justicia á Tapin; al punto que oyó ruido en el cuarto, entró y puso la carta en manos del caballero.

Al ver Gastón la letra tornóse pálido y después encendido; pero á medida que iba leyendo desaparecía el color de sus mejillas y se aumentaba su palidez.

Tapin le observaba á hurtadillas, haciendo como que arreglaba los muebles.

En efecto, la noticia era importante y grave. La carta decía así:

« Amigo mío : voy siendo de vuestro parecer, y  
 » acaso teniais razón en todo. Tengo miedo; acaba  
 » de llegar un coche; la señora Desroches ha man-  
 » dado disponerlo todo para marchar. He querido  
 » resistirme y me han encerrado en mi cuarto.  
 » Afortunadamente, en este momento pasa un hom-  
 » bre á dar agua á su caballo, le doy dos luises y  
 » me ha prometido llevaros este billete. Oigo que  
 » están haciendo los últimos preparativos: dentro  
 » de dos horas saldremos para París.

» Luego que llegue os avisaré dónde hemos ido á  
 » parar, aunque deba saltar por una ventana, si me  
 » ponen algún obstáculo.

» Permaneced tranquilo : la mujer que os ama se  
 » conservará digna de vos y de sí misma. »

— ¡ Oh! eso es, exclamó Gastón al concluir la  
 carta: no me había yo equivocado. Las ocho de la  
 noche. ¡ Dios mío! ¡ ya ha salido de Rambouillet, y  
 ha debido llegar á París también! Maese Borgoña,  
 ¿ por qué no me habéis dado esta carta inmediata-  
 mente?

— Señor, estabais durmiendo, y juzgué que no  
 sería prudente el despertaros, » respondió Tapin  
 con la mayor humildad.

Nada podía decirse á un hombre que tanto res-  
 peto mostraba á su huésped. Por otra parte, Gas-  
 tón reflexionó que si se dejaba llevar de su cólera,  
 se exponía á descubrir el secreto, y por lo tanto se  
 contuvo. Mas ocurriósele una idea: quiso ver si por

casualidad Elena no había llegado todavía, y salir  
 á esperarla en el camino: se vistió apresurada-  
 mente, ciñóse la espada y marchó después de haber  
 dicho á Tapin:

— Si el señor capitán la Jonquiere viene á bus-  
 carme, decidle que estaré de vuelta á las nueve.

Gastón llegó sudando á la puerta que da al  
 camino de Rambouillet, pues no encontrando nin-  
 gún coche de alquiler, había tenido que ir á pie.

Mientras aguarda inútilmente á Elena que había  
 entrado en París á las dos de la madrugada, volva-  
 mos un poco la vista atrás.

Sabemos ya que el regente recibió una carta de  
 la señora Desroches, y envió la respuesta por el  
 mismo mensajero, pues era urgente tomar una  
 resolución pronta para sustraer á Elena á las ten-  
 tativas del caballero de Livry.

Pero, ¿ quién podía ser este joven? solo Dubois  
 podía saberlo. Así, cuando el abate se presentó á  
 las cinco de la tarde para acompañar al regente á  
 la calle del Bac, éste le dijo:

— Dubois, ¿ quién es un tal Livry de Nantes?

Dubois le veía venir, y se rascó las narices.

— ¡ Livry... Livry!... repuso.

— Sí, Livry.

— Será algún hidalgo de provincia.

— ¡ Bien! esa no es una explicación; todo lo  
 más es una hipótesis.

— ¿ Y quién conoce á Livry? Mande vuestra

alteza llamar á Nocé, y acaso éste podrá decirnos algo.

— ¡ Imbécil !

— Pero, monseñor, replicó Dubois yo no entiendo de genealogías; yo soy plebeyo...

— Basta de necedades.

— Parece que vuestra alteza no gusta que se tengan bromas respecto á los Livrys; ¿ Se trata por ventura de ordenar alguno de ellos? Entonces es otra cosa; procuraré hallarles un origen distinguido.

— Vete al diablo, y de paso enviame á Nocé.

Dubois se sonrió del modo más agradable que le fué posible, y salió de la estancia.

Diez minutos después se abrió la puerta y entró Nocé.

Era este hombre de cuarenta años, de noble presencia, alto, delgado, de buena figura, burlón é ingenioso, uno de los compañeros de placeres más fieles y estimados del regente.

— ¿ Me ha llamado vuestra alteza? dijo al entrar.

— ¡ Ah! ¿ eres tú, Nocé! buenos días.

— Estoy á las órdenes de vuestra alteza, repuso Nocé inclinándose. ¿ En qué puedo serle útil?

— Préstame tu casa del arrabal de San Antonio, pero limpia y decente; yo pondré en ella criados míos; sobre todo no quiero que haya pinturas que indiquen mucha galantería, ¿ entiendes?

— ¿ Es para algún pudor espantadizo?

— Si, Nocé.

— Entonces ¿ por qué no toma vuestra alteza una casa en la ciudad? Las del arrabal tienen muy mala reputación; os lo prevengo, monseñor.

— La persona que quiero que la ocupe no está enterada de eso.

— ¡ Diantre! reciba vuestra alteza mi más sincera y cordial felicitación.

— Pero, ¡ silencio! ¿ lo entiendes, Nocé?

— Absoluto silencio.

— Ni flores ni emblemas. Haz que quiten todos los cuadros que puedan ser un poco alegres; ¿ qué tal son los espejos y tapices?

— Pueden quedar; son muy decentes.

— ¿ De veras?

— Si, monseñor.

— Queden, pues; pero tú sales responsable.

— Monseñor, no quisiera verdaderamente cargar con semejante responsabilidad; mi pudor no es espantadizo, y acaso sería mejor blanquearlo y pintarlo fodo otra vez.

— ¡ Bah! ¡ para un día! Nocé, la cosa no vale la pena. Serán algunas pinturas mitológicas, ¿ no es verdad?

— ¡ Psit! hizo Nocé.

— Además, para eso se necesitaría tiempo y tengo muy pocas horas disponibles. Bueno será que me des las llaves en seguida.

— Dentro de un cuarto de hora las tendra vues-

tra alteza en su poder; ahora mismo voy á buscarlas.

— Adiós, Nocé; dáme la mano; cuidado con espiarme, poca curiosidad; te lo recomiendo, te lo ruego.

— Monseñor, mañana salgo de caza, y no volveré hasta que me mandéis llamar.

— Eres un buen amigo; adiós.

Seguro ya el regente de tener una casa donde recibir á su hija, escribió otra carta á la Desroches y le envió una berlina con orden de llevar á Elena á París, después de haberla leído aquel billete sin enseñárselo para que no viese la letra.

El billete estaba concebido en estos términos:

« Querida hija: he reflexionado y quiero tenerte  
» á mi lado. Hazme el obsequio de seguir á la señora  
» Desroches sin pérdida de tiempo. Á vuestra lle-  
» gada á París recibiréis noticias mías. — Tu  
» padre que te idolatra. »

Cuando la señora Desroches leyó esta carta á Elena, ésta se resistió, suplicó, lloró; pero todo fué inútil, y se vió obligada á obedecer. Entonces fué cuando aprovechándose de un momento que estuvo sola, escribió á Gastón la carta que hemos leído, y se la remitió por un aldeano. Después salió dejando aquella habitación que le era querida, porque en ella había creído hallar á un padre y había vuelto á ver á su amante.

Gastón, como hemos dicho, en el instante en que recibió la carta, se apresuró á dirigirse al camino

de Rambouillet: empezaba á amanecer cuando llegó; y aunque pasaron muchos carruajes, en ninguno iba Elena. Poco á poco se aumentaba el frío de la atmósfera, y se disminuía la esperanza en el pecho del caballero, hasta que desvanecido del todo, se encaminó Gastón á su posada, juzgando que acaso en ella encontraría carta.

Al atravesar el jardín de las Tullerías oyó dar las ocho. En aquel momento entraba Dubois en la alcoba del regente con aire de triunfo y una cartera debajo del brazo.

— Creo que ignora todo lo que se hace en su nombre.

— ¡Y el cardenal Alberoni!; es gracioso el modo con que dispone de la Europa entera! El pretendiente á Inglaterra; la Prusia, la Suecia y la Rusia repartiéndose la Holanda; el imperio recobrando á Nápoles y Sicilia; el gran ducado de Toscana al hijo segundo de Felipe V; la Cerdeña al duque de Saboya; Commachio al papa, y la Francia á España. He aquí un plan que no deja de ser vasto y complicado para haber salido del cerebro de un campanero.

— Todos esos proyectos y planes, repuso el duque, no son más que sueños.

— ¿Y nuestra comisión bretona, lo es también?

— Esa me veo obligado á confesar que existe.

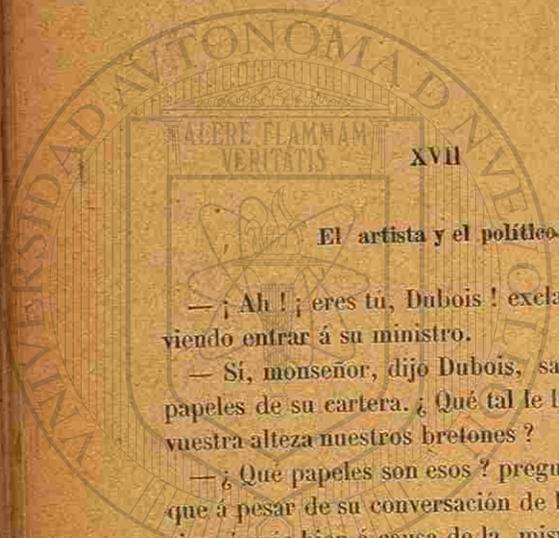
— ¿Y es también un sueño el puñal de nuestro conspirador?

— No; al contrario, debo decir en honor á la verdad, que me parece vigorosamente empuñado.

— ¡Diablo! Vuestra alteza se quejaba cuando la otra conspiración de no encontrar más conspiradores de filigrana; pues bien, ahora ha quedado V. A. servido á su gusto.

— ¿Sabes, dijo el regente con ademán pensativo, que ese caballero de Chanlay tiene un alma enérgica y vigorosa?

— ¡Bien!; bueno!; sólo faltaría que V. A. se



### El artista y el político

— ¡Ah!; eres tú, Dubois! exclamó el regente viendo entrar á su ministro.

— Sí, monseñor, dijo Dubois, sacando algunos papeles de su cartera. ¿Qué tal le han parecido á vuestra alteza nuestros bretones?

— ¿Qué papeles son esos? preguntó el regente, que á pesar de su conversación de la noche anterior, ó más bien á causa de la misma, sentía una secreta simpatía hacia Gastón.

— ¡Oh! poca cosa, contestó Dubois. En primer lugar un testimonio de lo que pasó ayer noche entre el caballero de Chanlay y S. E. el duque de Olivares.

— ¿Nos escuchaste? dijo el regente.

— ¡Pardiez! monseñor, ¿y qué queriais que hiciese?

— ¿Y has oído?...

— Todo. Y bien, ¿qué piensa V. A. de las pretensiones de S. M. C.?

prendase de ese bellaco ! Monseñor, os considero capaz de ello.

— ¿ Por qué ha de suceder siempre que un príncipe encuentre almas de un temple semejante entre sus enemigos, y nunca entre sus servidores ?

— ¡ Ah monseñor ! porque el odio es una pasión; y la fidelidad es muchas veces una bajeza. Pero si vuestra alteza tuviera á bien descender por un momento de las alturas de la filosofía, y tomarse el trabajo material de echar aquí un par de firmas...

— ¿ En dónde ?

— Primero en este nombramiento ; es de un capitán á quien es preciso hacer comandante.

— ¿ El capitán la Jonquiere ?

— ¡ Oh ! no, monseñor ; otro capitán á quien haremos ahorcar en estatua tan luego como no lo necesitemos, pero á quien es preciso premiar entretanto.

— ¿ Y quién es ese capitán ?

— Un valiente oficial que halló vuestra alteza hace ocho días, ó por mejor decir, hace ocho noches, en una casa honrada de la calle de San Honorato.

— No comprendo.

— Vuestra alteza tiene muy poca memoria.

— Vamos, habla, perillán ; nunca se puede saber al primer golpe el objeto de tus palabras.

— Voy á explicarme. Vuestra alteza salió hace ocho noches disfrazado de mosquetero por la

puerta secreta de la calle de Richelieu, acompañado de Nocé y de Simiane.

— Sí, es verdad ; ¿ y qué pasó en la calle de San Honorato ? Veamos.

— ¿ Queréis saberlo, monseñor ?

— Sí, eso me divertirá.

— No puedo negaros nada.

— Habla, pues.

— El regente cenaba en una casa de la calle de San Honorato.

— ¿ Con Nocé y Simiane ?

— No, monseñor, con otra persona : Nocé y Simiane estaban cenando también, pero cada uno en cuarto separado.

— Continúa.

— Su alteza el regente estaba cenando, como llevo dicho, cuando á los postres un valiente oficial, que probablemente no acertaba con la puerta de su habitación, se puso á llamar con tanta obstinación á la del aposento donde cenaba su alteza, que el regente impaciéntado se levantó, salió y no trató muy bien al importuno que no había de ser muy sufrido, el cual echó mano á la espada, y su alteza, que para hacer una locura no necesita que se le ocurra dos veces, sacó con gentileza su tizona, y se batió con el capitán.

— ¿ Y el resultado de este duelo ?...

— Fué que su alteza recibió un ligero rasguño en un hombro, en cambio del cual dió á su adver-

sario una estocada soberbia que le atravesó el pecho.

— Pero la estocada no es peligrosa, ¿eh? dijo el regente manifestando el mayor interés.

— No, monseñor; por fortuna el acero no interesó ningún órgano esencial.

— ¡Oh! me alegro.

— Pero, no es esto todo.

— ¿Hay más?

— Parece que su alteza tenía enemistad particular con ese oficial.

— ¡Yo! en mi vida le he visto.

— Lo creo; pero los príncipes no necesitan ver á las personas para causarles daño... dan desde lejos.

— ¿Qué quieres decir? vamos, acaba.

— Quiero decir que me he informado, y que este oficial era ya capitán hace ocho años, siendo destituido cuando vuestra alteza tomó las riendas del gobierno.

— Si fué destituido sería porque lo mereciese.

— ¡Ah! monseñor, me ocurre una idea, y es la de hacernos reconocer por infalibles como el papa.

— Cometería alguna cobardía.

— Era uno de los soldados más valientes del ejército.

— Acaso alguna acción indigna...

— Era el más honrado de los hombres.

— Entonces hay que reparar una injusticia.

— Cabalmente, y por eso traigo aquí extendido el nombramiento de comandante.

— Dámelo, Dubois, dámelo: tienes algunas veces rasgos de bondad.

Una sonrisa diabólica se deslizó á través de los labios de Dubois, que precisamente en aquel momento sacaba otro papel de la cartera.

El regente seguía todos sus movimientos con la vista.

— ¿Qué otro papel es ese? le preguntó.

— Monseñor, respondió Dubois; después de reparar una injusticia, es indispensable cometer otra.

— ¡La orden de prender al caballero de Chantlay y conducirlo á la Bastilla! exclamó el regente; ¡ah, bribón! ya comprendo ahora porque me presentabas primero el cebo de una buena acción. Pero, esto debe meditarse antes.

— ¿Piensa vuestra alteza que le propongo un abuso de poder? preguntó el abate riendo.

— No; pero...

— Monseñor, repuso el ministro con energía, cuando se tiene en las manos el gobierno de un reino, lo primero de todo es gobernar.

— Pero, me parece, señor pedante, que yo soy muy dueño...

— De recompensar, monseñor, pero con la condición de castigar. El equilibrio de la justicia queda falseado cuando una misericordia eterna y ciega

pesa en uno de los lados de la balanza. Hacer lo que vuestra alteza quiere siempre que se haga, y lo que muchas veces se hace, no es ser bondadoso, es ser débil. Veamos, dígame vuestra alteza, ¿cuál será la recompensa de los que han merecido si no se castiga á los que han faltado?

— Entonces, dijo el regente, con tanta más impaciencia cuanto que conocía haberse puesto á defender una mala aunque noble causa, si deseabas que fuese severo, no debías haber preparado á ese joven una entrevista conmigo; no debías haberme puesto en estado de conocer y apreciar su valor; debías haberme dejado creer que era un conspirador vulgar.

— Es verdad, y ahora, porque se ha presentado á vuestra alteza bajo formas novelescas, ya se exalta vuestra imaginación de artista. ¡Pardiez! monseñor, hay tiempo para todo; ocúpese vuestra alteza en hacer experimentos de química con Humbert, en el grabado con Audran, en la música con La Fare, en amores con todo el mundo; pero conmigo es preciso que se ocupe en asuntos políticos.

— ¿Qué vale mi vida! exclamó el regente; mi vida espiada, torturada, calumniada, para que yo la defienda!

— Pero no es vuestra vida la que defendéis, monseñor: entre todas las calumnias que os dirigen, y á las cuales, á Dios gracias, deberíais ser impenetrable, la acusación de cobardía es la única

que ni vuestros más crueles enemigos se han atrevido á presentaros. En Steinkerque, en Nerwinde y en Lérida, probasteis que ningún aprecio hacíais de la vida; y en verdad, si se tratara de asesinar á un particular, ó á un ministro, y aun á un príncipe de la sangre, no sería más que el corazón de un hombre que había dejado de latir; pero con razón ó sin ella, vos, monseñor, habéis querido ocupar vuestro lugar entre los poderosos de la tierra, á cuyo fin rompisteis el testamento de Luis XIV, arrojasteis á los bastardos del trono, donde ya habían puesto sus plantas, os habéis hecho regente de Francia, es decir, la llave de la bóveda del mundo; y muerto vos, no es un hombre el que cae, es la columna que sostiene el edificio europeo que se desploma; entonces nuestra laboriosa obra de cuatro años de vigiliias y de lucha queda destruida, y todo sucumbe en derredor nuestro. Volved, monseñor, los ojos hacia Inglaterra, y veréis al caballero de San Jorge pronto á renovar en ella las locas empresas del pretendiente; dirigid la vista hacia la Holanda, y veréis como la Prusia, la Suecia y la Rusia se disponen á repartirse sus despojos; tended una mirada al Austria, y distinguiréis el águila de dos cabezas dispuesta á lanzarse sobre Venecia y Milan para indemnizarse de la pérdida de España; contemplad el estado de la Francia, y conoceréis que no es ya una nación independiente, sino sujeta á Felipe V; por último, observad la

situación de Luis XV, esto es, del último resto de uno de los mayores reinados de la tierra, y veréis á ese niño que á fuerza de vigilancia y cuidados hemos podido librar de la suerte de su padre, de su madre y de sus tíos, para sentarle sano y salvo en el trono de sus mayores, caer otra vez en manos de aquellos á quienes una ley adúltera llama imprudentemente á la sucesión de la corona. Así habrá por todas partes muerte y desolación, ruinas é incendios, guerras civiles y extranjeras; ¿y esto por qué? Porque á S.A. Felipe de Orleans le plugo creer que continuaba todavía en el cargo de mayor-domo mayor de la real casa, ó de jefe del ejército de España, olvidando que había dejado de ser todo esto el día en que se hizo regente de Francia.

— ¡Tú lo quieres! exclamó el regente tomando una pluma.

— Un instante, monseñor, dijo Dubois; no quiero que se diga que en un asunto de tanta importancia ha cedido vuestra alteza á mis importunidades. He dicho cuanto tenía que decir; ahora os dejo solo; ahí queda el papel; tengo que dar algunas órdenes; dentro de un cuarto de hora volveré á buscarlo.

Y Dubois, que en aquel momento dominaba la situación, saludó al regente y salió de la estancia.

Al verse el duque solo, cayó en una meditación profunda. Toda aquella conspiración tan sombría y tenaz, aquella nueva cabeza de la serpiente humi-

llada y venciada, se levantaba otra vez en su imaginación entre una multitud de negras visiones: había arrostrado el fuego enemigo en las batallas, y burlándose de los proyectos de raptó de los Españoles y bastardos de Louis XIV; pero esta vez un secreto é inexplicable horror le acobardaba. Sentíase atraído por una admiración involuntaria hacia aquel joven, cuyo puñal estaba levantado sobre su pecho; le aborrecía en ciertos momentos, le disculpaba y aun le amaba en otros. Dubois, apoderado de aquella conspiración como una furia infernal de una presa agonizante, y registrando con sus acerradas uñas hasta en las entrañas del complot, le parecía un hombre dotado de una firmeza é inteligencia sublimes. El, tan valiente de ordinario, conocía que en esta circunstancia habría defendido muy mal su vida. Tenía la pluma en la mano; la orden estaba allí como invitándole á que la firmase.

— Si, dijo por último, si: Dubois tiene razón; ha dicho la verdad, y mi vida, que á cada paso expongo por bagatelas, ha dejado de pertenecerme. Ayer mismo me decía mi madre lo que él acaba de decirme ahora. ¡Quién sabe lo que sería de la Europa si yo muriese! Sucedería quizás lo que aconteció á la muerte de mi abuelo Enrique IV. Después de haber reconquistado palmo á palmo su reino, y con la fuerza que le daban diez años de paz, de economía y de popularidad, iba á agregar á la

Francia la Alsacia, la Lorena y tal vez la Flandes, mientras que el duque de Saboya, bajando de los Alpes, se formaba un reino en el Milanesado, y con el sobrante enriquecía á Venecia y fortificaba los ducados de Módena, Florencia y Mantua. Desde entonces la Francia iba á hallarse á la cabeza del movimiento europeo. Todo estaba pronto para obtenerse este inmenso resultado, que habia sido el objeto de las meditaciones de toda la vida de aquel rey soldado y legislador. Pero llegó el 13 de mayo: un coche con la librea real pasó por la calle de la Feronnerie, y dieron las tres en el reloj de los Innocentes..... En un segundo vino todo á tierra, prosperidad pasada, esperanzas futuras; y fué preciso un siglo entero, un ministro que se llamase Richelieu y un rey titulado Luis XIV para cicatrizar en el costado de la Francia la herida que en él abriera el puñal de Ravaillac... Si, si, Dubois tiene razon, continuó el duque, exaltándose por momentos; debo abandonar á ese joven á la justicia humana. Además yo no he de ser el que le condene; jueces hay que decidirán. Y por otra parte, añadió sonriéndose, ¿no me queda en todo caso mi prerrogativa de perdonar?...

Y tranquilizado interiormente con la prerrogativa real que ejercía en nombre de Louis XV, firmó la orden, llamó á su ayuda de cámara y pasó á otro aposento para acabar de vestirse.

Diez minutos después se abrió suavemente la

puerta de la estancia, en la que acababa de pasar la anterior escena. Dubois adelantó con precaución y lentitud su cabeza de zorro, se aseguró de que no habia nadie, se acercó con presteza á la mesa delante de la cual habia estado sentado el príncipe, dirigió una rápida ojeada á la orden, sonrióse con aire de triunfo viéndola firmada, la dobló muy despacio, la puso en su bolsillo, y salió de la habitación sumamente satisfecho.

En que se dan á conocer los instintos de la raza

Cuando Gastón de vuelta de su correría al camino de Rambouillet entró en su cuarto de la calle de Bourdonnais, halló á la Jonquiere sentado junto á la estufa probando el vino de una botella de Peralta que acababa de destapar.

— Y bien, caballero, dijo al ver á Gastón, ¿qué tal os parece mi cuarto? ¡eh!... es bastante cómodo; ¿no es verdad? Sentaos y probad de este vino; es como los mejores de Rousseau. ¿Habéis conocido á Rousseau? No, sois de provincia, y en Bretaña no se bebe vino se bebe sidra ó cerveza; yo no he podido beber allí más que aguardiente.

Gastón no respondió, ni aun prestó atención á lo que decía el capitán la Jonquiere; tan ocupado estaba con una sola idea; dejóse caer desconsolado en una silla, apretando entre las manos que tenía en los bolsillos la primera carta de Elena.

— ¿Dónde estará? decía para sí. Este París inmenso, sin límites, va á ocultármela quizás para siempre. ¡Oh! son demasiadas dificultades á la vez

para un hombre que carece de poder y experiencia.

— Á propósito, dijo la Jonquiere, que había seguido en la imaginación del joven el curso de sus ideas, tan fácilmente como si el cuerpo de Gastón hubiera sido transparente; á propósito, caballero, aquí hay una carta para vos.

— ¿De Bretaña? preguntó temblando el caballero.

— No, de Paris; es de una letrita bonita, que según todas las apariencias, debe ser de mano de mujer.

— ¿Dónde está? preguntó Gastón.

— Pedídsela al fabernero. Cuando entré la tenía en la mano.

— Dádmela, exclamó Gastón precipitándose en la sala general y dirigiéndose al fabernero.

— ¿Qué mandáis, caballero? preguntó Tapin con su acostumbrada política.

— Esa carta.

— ¿Qué carta?

— La que habéis recibido para mí.

— ¡Ah! perdonad, es cierto; ¡y yo que me había olvidado de dárosla!...

Y sacando la carta de su bolsillo, se la entregó á Gastón.

— ¡Pobre imbécil! decía entretanto el falso la Jonquiere; ¡y estos necios se ponen á conspirar! son como d'Harmental; quieren ocuparse á un tiempo de política y de amor; ¡estúpidos! sin embargo, más vale que sean así, principalmente

para nosotros, de quienes no están enamorados.

Gastón entró gozoso, leyendo, relejendo y deletreando la carta de Elena.

« Calle del arrabal de San Antonio, una casa  
» blanca, detrás de los árboles, álamos según creo;  
» el número no he podido verle, pero es la que  
» hace treinta y una ó treinta y dos á la izquierda,  
» después de haber dejado á la derecha un castillo  
» flanqueado de torres, que parece una cárcel. »

— Si, exclamó Gastón, no puede equivocarse, ese castillo es la Bastilla; pronto encontraré la casa.

Estas palabras las pronunció de modo que Dubois las oyó.

— ¡ Pardiez ! ya creo que la hallarás, dijo Dubois para sí, aunque debiera llevarte yo mismo.

Gastón miró su reloj, y viendo todavía que tenía dos horas suyas antes de la cita en la calle del Bac, tomó de nuevo su sombrero, que había dejado al entrar en una silla, y se dispuso para salir.

— ¿ Qué es eso, os vais? preguntó Dubois.

— Tengo que hacer indispensablemente.

— ¿ Y nuestra reunión que ha de verificarse á las once?

— Todavía no han dado las nueve: tranquilizaos, pronto volveré.

— ¿ Me necesitáis?

— No, gracias.

— Si preparáis algún rapto, soy experimentado en

esas materias, y por consiguiente podré ayudaros.

— Gracias, volvió á decir Gastón, ruborizándose á su pesar; no se trata de semejante cosa.

Dubois se puso á silbar una canción, como hombre que toma las respuestas por lo que valen.

— ¿ Estareis aquí cuando vuelva? preguntó Gastón.

— No lo sé... acaso tenga yo que ir también á tranquilizar á una hermosa dama que se interesa por mi persona; de cualquier modo, á la hora convenida hallaréis aquí al hombre de ayer con el mismo carruaje y el mismo cochero.

Gastón se despidió apresuradamente de su compañero. En la esquina del cementerio de los Inocentes halló un coche de alquiler, subió y se hizo conducir á la calle de San Antonio. Al llegar á las veinte casas bajó, ordenando al cochero que le siguiera; y en seguida se adelantó examinando todas las casas de la acera izquierda de la calle. Á poco rato se encontró al frente de una gran tapia, más elevada aun que los altos y espesos álamos que la rodeaban. Esta casa correspondía tan perfectamente á las señas que le había escrito Elena, que no dudó fuese la que habitaba la joven; pero allí comenzaban las dificultades: en aquellas paredes no había ninguna abertura; no se veía á la puerta ni aldaba ni campanilla, porque de nada servían para los grandes señores que iban precedidos de lacayos que llamaban á las puertas

que querían se les abriesen con el puño de plata de sus bastones. Gastón hubiera hecho en aquella circunstancia el oficio de lacayo, y habría llamado, bien con el pie ó con una piedra, pero temía que hubiese órdenes para no abrir á nadie: mandó, pues, á su cochero que se detuviese; y queriendo por medio de una señal bien conocida de Elena advertirla que estaba allí, se adelantó por la callejuela á que hacia esquina la casa, y aproximándose todo lo que le fué posible á una ventana abierta que daba á un jardín, llevó las manos á la boca é imitó con toda la fuerza que pudo el grito del mochuelo.

Elena se estremeció; reconoció aquel grito que tantas veces había oído; le pareció que se hallaba aun en el convento de las Agustinas de Clisson, y que el caballero surcando las aguas del lago á impulsos del silencioso movimiento del remo iba á detenerse debajo de su ventana, en medio de las cañas que crecían á la orilla. Aquel grito, cuyo eco subía hasta su oído, le anunciaba la anhelada presencia de Gastón. Corrió á la ventana, y al divisar al joven, trocó una mirada con él, que quería decir por una parte: *os esperaba*, y por la otra: *aquí estoy*; después, volviendo á su estancia, cogió una campanilla que debia á la munificencia de la señora Desroches, la cual se la había dado sin duda para otro uso muy distinto, y la tocó con tanta fuerza, que no sólo la señora Desroches, sino la doncella y un lacayo, acudieron precipitadamente.

— Id á abrir la puerta de la calle, dijo imperiosamente Elena; está esperando una persona para entrar.

— Deteneos, dijo la señora Desroches al criado que se disponía á obedecer; antes quiero ver quién es esa persona.

— Es inútil, señora, yo lo sé, y basta; ya os he dicho que la esperaba.

— Sin embargo, si no debéis recibirla... replicó la dueña procurando mostrar firmeza.

— Yo no estoy en el convento, ni menos en ninguna prisión, señora; y así, recibiré á quien me parezca.

— Pero al menos, ¿podré saber quién es?

— No hay inconveniente; es la misma que recibí en Rambouillet.

— ¡El caballero de Livry!

— Justamente.

— Tengo orden formal de no dejar entrar á ese joven.

— Y yo os mando que le conduzáis aquí ahora mismo.

— ¡Señorita! ¿desobedeceréis á vuestro padre? dijo la señora Desroches con voz entre colérica y respetuosa.

— Mi padre nada tiene que ver aquí, y menos por vuestros ojos, señora.

— Sin embargo, ¿quién dispone de vuestra suerte?

— ¡Yo, yo sola! exclamó Elena, ardiendo en ira al notar que se quería ejercer tal dominio sobre ella.

— Señorita, os juro no obstante que vuestro padre...

— Mi padre, si lo es, aprobará lo que yo haga.

Estas palabras, pronunciadas con todo el orgullo de una emperatriz, confundieron á la señora Desroches, la cual entonces se atrincheró en un silencio y una inmovilidad que imitaron la doncella y el lacayo.

— ¡Qué es esto! dijo Elena: he mandado abrir la puerta; ¿no se obedece lo que yo mando?

Nadie respondió: los criados esperaban las órdenes de la dueña.

Elena se sonrió desdeñosamente, y no queriendo comprometer su autoridad con la servidumbre, hizo con la mano un ademán tan imperioso, que la señora Desroches se apartó de la puerta delante de la cual se hallaba, y le dejó libre el paso. Entónces Elena bajó majestuosamente las escaleras seguida de la señora Desroches, que estaba absorta al ver tanta energía y firmeza en una joven que hacía doce días había salido del convento.

— ¡Parece una reina! dijo la doncella á la señora Desroches; yo iba á abrir ya la puerta si ella misma no hubiese ido.

— ¡Ah! dijo la dueña, así son todas en la familia.

— ¿Habéis conocido á su familia? preguntó la doncella sorprendida.

— Sí, dijo la dueña, notando que había dicho demasiado; sí, conocí en otro tiempo al marqués su padre.

Entretanto Elena bajó los últimos escalones, atravesó el patio y se hizo abrir la puerta con su autoridad. En el umbral se hallaba Gastón.

— Venid, amigo mio, le dijo Elena.

Gastón la siguió, la puerta se cerró detrás de ellos, y ambos entraron en las habitaciones del piso bajo.

— Me habéis llamado, Elena, y al punto he acudido, le dijo el joven; ¿tenéis algo que temer? ¿os amenaza algún peligro?

— Mirad al rededor vuestro, le contestó Elena, y juzgad.

Los jóvenes se hallaban en aquel elegante gabinete en donde nosotros introdujimos al lector cuando siguiendo al principio de esta historia al regente y á Dubois, quiso éste que fuese testigo el padre de los desórdenes de su hijo. Este gabinete, según ya sabemos, estaba inmediato á un comedor, con el cual se comunicaba por dos puertas y por un arco lleno de flores de las más olorosas, raras y magníficas. Veíase colgado de raso azul, sembrado de rosas con follaje de plata; en la parte superior de las puertas había pinturas que representaban la historia de Venus en cuatro cuadros; su nacimiento

al salir de la espuma del mar; sus amores con Adonis; su rivalidad con Psiquis, á quien hacia azotar con varas; y por último el despertar de su sueño en los brazos de Marte, y bajo las redes tendidas por Vulcano. En las paredes estaban bosquejados otros episodios de la misma historia; pero las pinturas eran tan suaves en los contornos, tan voluptuosas en la expresión, que no podía dudarse acerca del uso á que estaba destinado aquel lindo aposento. Las pinturas que Noé, en la inocencia de su alma, habia asegurado que eran muy decentes, habian bastado sin embargo para asustar á Elena.

— Gastón, dijo ésta, teniais razón en manifestarme que desconfiase de ese hombre que se vendia por padre mio; y á deciros verdad, tengo más miedo aquí que en Rambouillet.

Gastón examinó todas aquellas pinturas poniéndose sucesivamente pálido y encarnado, al ocurrirle la idea de que existia un hombre que habia creído posible halagar los sentidos de Elena por semejantes medios: después pasó al comedor, lo examinó también detalladamente del mismo modo que lo habia hecho con el gabinete, y vió que contenia las mismas pinturas eróticas, las mismas imágenes voluptuosas. Luego bajaron ambos al jardín, que estaba todo lleno de estatuas y grupos en que el mármol se animaba representando nuevos episodios que parecian haber sido olvidados en el lienzo.

Al volver á las habitaciones, pasaron por delante

de la señora Desroches, que no les habia perdido un instante de visita, y á quien en un momento de desesperación se le escapó decir, alzando los ojos y las manos al cielo:

— ¿ Oh Dios mio! ¡ qué pensará su alteza!

Estas palabras hicieron que estallase la tempestad por largo tiempo contenida en el pecho de Gastón.

— ¡ Su alteza; exclamó: ya lo habéis oido: ¡ su alteza! ¡ Teniais razón en temer, y vuestros castos instintos os advertian el peligro. Aquí nos hallamos en la casa de alguno de esos grandes pervertidos, que compran el placer á costa del honor. Jamás he visto estas moradas de perdición, Elena, pero adivino lo que son: estos cuadros, estas estatuas, estas pinturas al fresco, esta luz misteriosa que penetra en las habitaciones, estos corredores preparados de modo que la presencia de los criados no turbe los placeres del amo; todo esto, creedme, me lo dice todo. En nombre del cielo, no os dejéis engañar más, Elena. Yo tenia razón en prever el peligro en Rambouillet; aquí la tenéis vos para temerle.

— ¡ Dios mio! dijo Elena; y si ese hombre viniese, si con el auxilio de sus criados quisiese detenernos á la fuerza...

— Tranquilizaos, Elena, replicó Gastón, ¿ no estoy yo aquí?

— ¡ Oh! ¡ Dios mio! ¡ Dios mio! ¡ cuán cruel es

tener que renunciar á la dulce idea de poseer un padre, un protector, un amigo !

— ¡ Ah ! ; y en qué momento ! cuando vais á quedar sola en el mundo, dijo Gastón, descubriendo sin saber lo que hacía una parte de su secreto.

— ¿ Qué estais diciendo, Gastón ? ¿ qué significan esas palabras siniestras ?

— ¡ Nada... nada !... repuso el joven ; algunas palabras inconexas que se me han escapado, y á las cuales no debe darse sentido alguno.

— Gastón, vos me ocultáis alguna cosa, terrible sin duda, pues que en el momento mismo que pierdo á mi padre habláis de abandonarme.

— ¡ Oh, Elena ! ; no os abandonaré sino con la vida !

— Si, eso es, repuso la joven ; vuestra vida corre peligro y teméis abandonarme muriendo. Gastón, en vano pretendéis ocultarlo, no sois el Gastón de otro tiempo. Vuestra alegría no ha sido completa al encontrarnos hoy ; vuestro dolor, no de los más intensos al perderme ayer ; tenéis en la cabeza proyectos más importantes que los que abrigáis en el corazón. Hay alguna cosa en vos, orgullo ó ambición, que puede más que el amor. Si... y en este momento mismo os ponéis pálido... Gastón ¿ qué tenéis ? ¡ en nombre del cielo ! me partís el corazón con vuestro silencio.

— Nada, nada, Elena, yo os lo juro. En efecto,

¿ no es bastante para conmoverme todo lo que os sucede ? ¿ No es bastante hallaros sola y sin defensa en esta casa de perdición, y no saber cómo protegeros ? porque sin duda ese hombre es poderoso. En Bretaña tendría amigos y doscientos hombres que me defendieran ; aquí no tengo á nadie.

— ¡ No es más que eso Gastón ?

— ¿ Y no es demasiado ?

— No, Gastón, no ; porque al instante mismo vamos á dejar esta casa.

Gastón se puso pálido : Elena bajó los ojos, y dejando caer su mano entre las frías y húmedas de su amante, le dijo :

— Delante de todas esas personas que nos miran, á la vista de esa mujer vendida, que no puede pensar sino en urdir contra mi una traición, vamos á salir juntos.

Los ojos de Gastón brillaron con un relámpago de alegría ; después un pensamiento sombrío disipó su brillo como una nube.

Elena siguió en el rostro de su amante esta noble expresión.

— ¿ No soy vuestra esposa ? le dijo : mi honor ¿ no es el vuestro ? Salgamos pues.

— ¿ Pero qué hemos de hacer ? ¿ dónde llevaros ?

— Gastón, respondió Elena, yo no sé nada ni puedo nada ; ni en París, ni en el mundo conozco á nadie más que á vos. Pues bien, vos me habéis

abierto los ojos, y ahora desconfío de todo y de todos, menos de vuestra lealtad y amor.

El corazón del joven estaba destrozado; seis meses antes su vida le hubiera parecido insuficiente para pagar el generoso afecto de la animosa joven.

— Elena, medítadlo bien, dijo Gastón. Si nos engañásemos; si ese hombre fuera verdaderamente vuestro padre...

— Gastón, vos sois quien me ha enseñado á desconfiar de ese padre, y ¡ ahora lo olvidáis !

— ¡ Ah ! ¡ sí, Elena, sí ! repuso el joven; salgamos de aquí, y sea como quiera ; ¡ salgamos !

— No necesito que me digáis á dónde vamos, dijo Elena; basta que vos lo sepáis. Ved aquí un Crucifijo y una Virgen, chocantemente colocados en medio de estas imágenes impuras; jurad ante ellos que respetaréis el honor de vuestra esposa.

— Elena, respondió Gastón, no os haré el agravio de prestar semejante juramento; he vacilado por mucho tiempo en haceros la oferta que vos me habéis hecho hoy. Rico, feliz y seguro en cuanto á lo presente, hubiera puesto á vuestros pies riqueza y felicidad, dejando á Dios el cuidado del porvenir; pero en este crítico momento debo deciroslo; no, no os habíais engañado; entre hoy y mañana puede sobrevenir algún acontecimiento terrible: lo que puedo ofreceros, Elena, es, si mi empresa tiene buen éxito, una elevada posición tal vez; si malo, la fuga, el destierro y acaso la miseria. ¿ Me amáis bastante,

Elena, ó amáis bastante vuestro honor para arros-  
trar este peligro ?

— Estoy pronta, Gastón : decidme que os siga, y os seguiré.

— Pues bien, Elena; no burlaré vuestra confianza, tranquilizaos; no es á mi casa donde ireis, sino á la de una persona que os protegerá si es necesario, y que en mi ausencia reemplazará al padre que creíais haber hallado, y á quien por el contrario habéis perdido por segunda vez.

— ¿ Quién es esa persona, Gastón ? No es desconfianza, añadió con encantadora sonrisa, sino curiosidad.

— Una que no puede negarme nada, Elena, cuya vida depende de la mía, y que no creará que me hago pagar muy caro exigiendo vuestro reposo y seguridad.

— ¡ Todavía más misterios ! Gastón, en verdad me hacéis temblar por el porvenir.

— Este secreto es el último, Elena; desde este momento sabréis todos los sucesos de mi vida.

— Gracias, Gastón.

— Ahora podemos marchar.

— Vamos...

Elena tomó el brazo del caballero y atravesó el salón en que se hallaba la señora Desroches en extremo indignada escribiendo una carta, cuyo destino se deja conocer.

— ¡ Dios mío ! ¡ señorita ! exclamó : ¿ adónde vais ? ¿ qué hacéis ?

— ¿ Dónde voy ? huyo de aquí : ¿ qué hago ? salir de una casa en que pelagra mi honor.

— ¡ Como ! exclamó la dueña levantándose como si hubiera tenido un resorte en las piernas que le hubiese obligado á ello ; ¡ cómo ! ¿ os vais con vuestro amante ?

— Os engañáis, señora, respondió Elena con acento de dignidad ; me voy con mi esposo.

La señora Desroches, asombrada, dejó caer sus descarnados brazos á lo largo de sus secas caderas.

— Y ahora, continuó Elena, si la persona á quien conocéis pregunta por mí para verme, le diréis que aunque soy provinciana y colegiala, he adivinado el lazo que me tendía ; que huyo, y que si me encuentran, hallarán á mi lado quien me defienda.

— ¡ No saldréis de aquí, señorita ! exclamó la señora Desroches, aun cuando debiera emplear la violencia.

— Veamos cómo la empleáis, señora, dijo Elena con el tono majestuoso que le era natural.

— ¡ Hola ! ¡ Picard, Couturier, Blanchot !

Los criados á quienes llamaba acudieron.

— Al primero que se me ponga delante le mato, dijo friamente Gastón desenvainando su espada bretona.

— ¡ Qué cabeza ! ¡ Dios mío ! ¡ qué cabeza ! exclamó la señora Desroches. ¡ Ah ! señoritas de Chartres y de Valois, ¡ y cómo se os parece !

Los dos jóvenes oyeron esta exclamación, pero no la comprendieron.

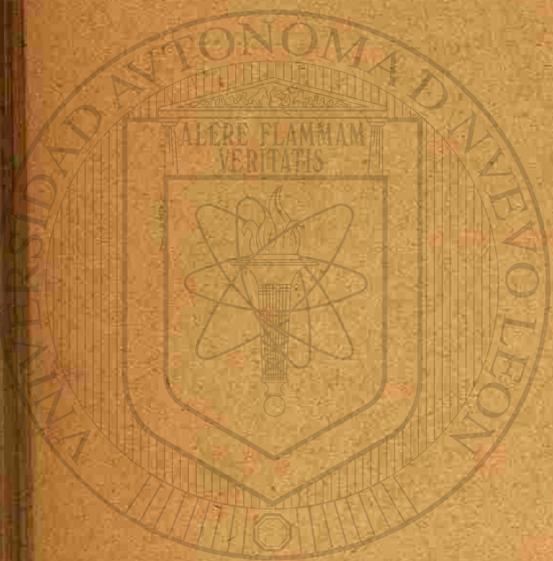
— Marchemos, dijo Elena, y no olvidéis, señora, el repetir palabra por palabra todo lo que os he dicho.

Y tomando de nuevo el brazo de Gastón, mostrando en su rostro la expresión del placer y del orgullo, valiente como una amazona de la antigüedad, mandó que se le abriera la puerta, cuyo mandato no se atrevió á desobedecer el portero. Entonces Gastón dió á Elena la mano, hizo que se acercara el carruaje en que había venido, y al ver que los criados se disponían á seguirle, se volvió hacia ellos y dijo en alta voz :

— Si dais dos pasos más publicaré este suceso, y la señorita y yo nos pondremos bajo la protección del honor público.

La Desroches creyó que Gastón estaba enterado del secreto, y temiendo que lo descubriese, se entró en la casa precipitadamente seguida de toda la servidumbre.

El coche partió al galope.



## INDICE

	Pág.
Introducción. — I. Una abadesa en el siglo xviii. . . . .	5
II. En que decididamente vamos viendo el arreglo de la familia . . . . .	24
III. El ratón y la rata . . . . .	42
I. — De lo que pasaba tres noches después a cien leguas del Palacio Real . . . . .	65
II. — De como la casualidad coordina algunas veces las cosas de modo que parecen providenciales. . . . .	83
III. — El viaje . . . . .	95
IV. — Un cuarto en la fonda del Tigre Real en Rambouillet. . . . .	118
V. — Un montero con la librea de S. A. R. Monseñor el duque de Orleans. . . . .	127
VI. — De lo útiles que son los sellos . . . . .	140
VII. — La visita . . . . .	155
VIII. — En que prueba Dubois que su policia secreta era mucho mejor por quinientas mil libras, que la general del Estado costando tres millones . . . . .	167

IX. — Otra vez en Rambouillet . . . . .	179
X. — El capitán la Jonquiere . . . . .	188
XI. — El señor Moutonnet, mercader de paños en San Germán en Laye. . . . .	200
XII. — De como algunas veces no puede uno fiarse de ciertas señas que parecen seguras . . . . .	212
XIII. — Su excelencia el duque de Olivares . . . . .	227
XIV. — Monseñor, somos Bretones. . . . .	239
XV. — Maese Andrés . . . . .	246
XVI. — La casita del arrabal de San Antonio . . . . .	260
XVII. — El artista y el político. . . . .	270
XVIII. — En que se dan a conocer los instintos de la raza. . . . .	282

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.



B

